

NOE CASADO

LOS RECUERDOS SON MENTIRA



zafiro[♥]

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

BIOGRAFÍA

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Ignacio ha pedido una excedencia como profesor universitario para dedicarse en exclusiva a su gran pasión: escribir novelas de intriga.

A pesar de que su esposa no está muy de acuerdo con la decisión, pues renunciar a unos ingresos fijos cada mes implica un gran riesgo, él decide no seguir los consejos de su mujer.

Nunca se ha arriesgado, siempre ha seguido un guion más o menos establecido, excepto una sola vez, en la que se dejó llevar por sus instintos e hizo lo que menos se esperaba.

Después de ocho largos años sigue recordando ese encuentro tan fortuito como intenso, muy consciente de que no volverá a repetirse y que, a medida que pasa el tiempo, incluso llega a pensar que tal vez sólo fue un sueño.

Los recuerdos son mentira

Noe Casado

Capítulo 1

—La presentación ha sido todo un éxito —comenta Vicente, mi editor, dándome una de esas palmadas en la espalda que sólo los años de confianza y muchos ejemplares vendidos pueden permitir.

Yo no soy muy partidario de semejante contacto físico, incluso a veces, cuando alguien se acerca demasiado invadiendo mi espacio personal, me siento incómodo. No sabría explicar el motivo, sólo es una sensación. Quizá me he acostumbrado y únicamente dejo que se acerque mi círculo de confianza.

Vicente se pasa cada acto controlándolo todo, no se le escapa nada. Al principio yo me agobiaba, pero para eso estaba él y creo que, a pesar de sus protestas cuando algo falla o no sale como había previsto, disfruta ejerciendo una especie de tiranía sobre quienes participan en la organización de los eventos a los que acudo. Supongo que es su cometido, pues yo estoy más pendiente de atender a público y de responder a las preguntas de los lectores.

—Lo sé —murmuro sonriendo, pese a que la gira de presentación de mi última novela está siendo agotadora; no obstante, me encanta el contacto directo con los lectores.

Conozco a personas que odian la idea de hablar en público sobre su trabajo, incluso me han llegado a decir que es una forma de prostituirse para vender más ejemplares, pues el lector sólo ha de valorar la calidad del libro, no si el autor es guapo o simpático.

Yo siempre respondo del mismo modo, aparte de no darme por aludido:

me parece una solemne tontería encerrarse en un lugar apartado, sin conexión con el mundo, para escribir y pretender crear un misterio, a mi juicio ridículo, y de ese modo seguir con el estereotipo de escritor atormentado, alérgico a las entrevistas. Bajo mi punto de vista eso sirve de bien poco, ya que, como en todo, modernizarse siempre viene bien.

Además, ahora, con las redes sociales y demás avances, no creo que nadie pueda llegar a desaparecer del todo y si lo consigue no será por mucho tiempo.

—¡Vamos a celebrarlo! —propone Vicente animado, pues siempre aprovecha cualquier evento para salir de fiesta.

Nos encontramos en el vestíbulo del hotel. La editorial me ha reservado una suite de lujo y lógicamente corre con todos los gastos, pero a mí no me apetece mucho deambular por ahí.

—No, mejor en otra ocasión. Quiero llamar a Marta y charlar tranquilamente con ella —me excuso.

Lo cierto es que a mi mujer la llamaré, por supuesto, aunque sé que la conversación será rápida, sólo para decirle que toda ha ido bien y que no se preocupe.

—Bah, no seas tonto, para una vez que tu mujer te deja libre en Madrid, lo menos que puedes hacer es salir un poco y divertirte —me dice él en tono cómplice, dándome otra vez unas palmadas en la espalda a modo de estímulo.

Niego con la cabeza.

—No me extraña que te hayas divorciado ya dos veces —le recuerdo y Vicente se echa a reír.

—Anímate, hombre, conozco un par de locales muy interesantes —añade tentándome—. Y respira tranquilo, Marta no se enterará.

Le creo, pues es un experto a la hora de salir por ahí y ser discreto, supongo que es fundamental para poder seguir haciéndolo.

—No me convences —digo riéndome sin muchas ganas, pero tampoco es cuestión de enfadarse, ni mucho menos de que se sienta ofendido.

—Te estás haciendo mayor, Ignacio —se burla y me encojo de hombros.

Ésa podría ser la razón, no lo niego, no obstante, creo que más bien es mi falta de interés por la vida nocturna tal como él la entiende. Para mí la noche

representa la tranquilidad, la oportunidad de disfrutar del silencio y la soledad. Sin interrupciones.

Para Vicente puede ser difícil de entender, ya que él, pese a haber estado casado, no ha tenido hijos y por lo tanto no conoce los agobios domésticos, que cuando llegan determinadas horas, lo único que uno quiere es disfrutar a solas de algo tan simple como tumbarse, estirar las piernas y reflexionar sobre nada en particular. Dedicarse tiempo a sí mismo.

—No me avergüenzo de mi edad —respondo sin ofenderme.

Y no miento. Soy lo que algunos llamarían un cuarentón, aunque estoy más cerca de los cincuenta. Cumplí cuarenta y ocho hace un par de meses y no me importa admitirlo en voz alta. Me cuido lo justo y supongo que mi herencia genética ha hecho el resto.

Conozco a gente que ha intentado evitar el paso del tiempo de maneras más o menos estafalarias, empezando por cambiar su vestuario. Nunca me he probado unos vaqueros de cintura baja para ir enseñando la ropa interior, pero dudo que sean apropiados para mí. O lo que es peor, unos pantalones rasgados... Cielo santo, como diría mi madre; antiguamente, si alguien salía a la calle con las costuras deshilachadas o las rodilleras rotas, lo consideraban un desgraciado y ahora es tendencia.

Cierto, muy cierto.

Hoy, para la presentación, he elegido (bueno, lo ha elegido Marta) un traje gris oscuro (no sé de qué diseñador, nunca miro las etiquetas) con camisa y corbata negra. Corbata que, por supuesto, estoy deseando quitarme en cuanto llegue a la habitación.

En cambio mi editor, diez años más joven que yo, va mucho más atrevido. Empezando por el peinado (imitación del que luce no sé qué famoso jugador de fútbol). Yo sé, porque me lo ha contado y porque lo he visto, que a la menor oportunidad sale de copas y encuentra compañía femenina. Tiene don de gentes, eso es innegable; cae bien, sabe adular lo justo y dispone de fondos. Lo que no tengo muy claro es cómo utiliza la tarjeta de empresa y es algo que prefiero seguir ignorando.

Ha estado casado dos veces y ahora se encuentra en pleno proceso de divorcio, porque ninguna mujer aguanta a un tipo que a la menor oportunidad

se va de picos pardos, aunque supongo que él ya lo tiene asumido y no va a hacer propósito de enmienda. Al contrario, por lo poco que a veces le he preguntado, sé que disfruta con esa etiqueta de donjuán de la que alardea cuando le conviene y se esfuerza por conservarla. También sé que eso le ha causado problemas con algunas compañeras de trabajo, pese a que de un tiempo a esta parte ha logrado separar los asuntos personales de los profesionales.

—¿De verdad no te animas? —insiste y yo niego con la cabeza—. Bueno, pues tú te lo pierdes. Hasta dentro de dos días no tienes ninguna cita ni entrevista, te daba tiempo a recuperarte de sobra.

—Parece mentira que seas mi editor. Lo más lógico sería que estuvieras vigilándome para que no hiciera ninguna estupidez —lo reprendo medio en broma.

—Eres demasiado formal, Ignacio —se guasea.

—Puede que sí.

—En fin, no insisto más. Por lo menos tómate una copa del minibar a mi salud, ya sabes que está todo pagado.

—Me tomaré una copa a tu salud —asiento y lo haré, pero con tranquilidad, no escuchando música atronadora, soportando empujones y sin poder sentarme. Odio los lugares masificados en los que conversar es imposible.

—Mañana te llamo —añade antes de despedirse.

Vicente se marcha. Por fin, pienso, porque a veces me cansa su insistencia. No sé por qué mucha gente no entiende que si digo que no la primera vez, a la décima va a seguir siendo no.

Tiro de mi maleta para acercarme al mostrador de recepción y recoger la tarjeta para acceder a la habitación. Aún es pronto. Cenaré solo, aunque no me importa, es más, me apetece, pues, por lo general, en mi casa suele ser la hora en que Marta me cuenta todos sus agobios, a la par que las soluciones que ha ideado. O, lo que también es desquiciante, cuando mantenemos una conversación sin apenas mirarnos, sólo siendo educados.

Delante de mí hay una pareja de japoneses que no terminan de explicarse, así que como tampoco tengo mucha prisa, le hago una seña a la recepcionista

y le dejo la maleta. Dudo que en un hotel de cinco estrellas desaparezca, aunque nunca se sabe.

Aprovecho para salir fuera y fumar. Sí, es un vicio horrible. Las cajetillas se encargan de amargarte el día con sus mensajes y fotografías, sin embargo, es uno de los pocos placeres que me permito con la ropa puesta: fumar y leer. Los considero imprescindibles e inseparables.

Ya ni me acuerdo de las veces que he intentado dejar de fumar y del dineral invertido en tan difícil empresa.

Parches, chicles, hipnosis y hasta acupuntura, nada ha sido efectivo. El récord son tres meses y medio sin dar una calada, pero con una mala leche del demonio. Marta ha intentado chantajearme incluso recurriendo al sexo (menos cigarros, más polvos). ¿Cómo va a funcionar si después de follar no puedo echarme un pitillo?

Es una propuesta incongruente, cualquier fumador me entenderá sin dudar.

Aún recuerdo aquellos años en los que fumar era símbolo de elegancia, de sofisticación... Y ahora somos unos apestados que acabamos en la calle, dispuestos a lo que sea para poder inhalar un poco de humo.

En más de un establecimiento incluso te ofrecían un cigarrillo mientras considerabas realizar la compra, a modo de gesto educado. Si ahora a algún comercial se le ocurre semejante «barbaridad» lo despiden sin indemnización.

Una vez fuera, enciendo un cigarro, agradeciendo que la noche primaveral sea benevolente y no me muera de frío mientras disfruto del humo. Admito que aunque cayeran chuzos de punta también saldría. Ya lo dijo Sara Montiel hace una eternidad: «Fumar es un placer...». No recuerdo cómo seguía el cuplé, simplemente disfruto del tabaco pensando en cómo cambian las modas.

Soy muy consciente del riesgo para mi salud y más en una edad en la que, según las estadísticas, soy carne de infarto; sin embargo, continúo con este vicio y no permito que ninguna campaña antitabaco me estropee momentos de relax como éste. Sólo tengo un vicio y voy a disfrutarlo.

Una limusina llama mi atención y lo más seguro que también la de todo transeúnte. Son lujos que a mí siempre me han parecido excesivos, pero

supongo que hay gustos para todo. Se detiene justo a la entrada del hotel. Es lógico, aquí se hospeda gente de postín, aun así, no deja de impresionar. Un empleado del hotel se apresura a recibir al visitante, aunque se le adelanta el chófer, que, con la gorra en la mano, abre la puerta de atrás.

Semejante despliegue de servilismo me mosquea un poco.

Se vislumbra un zapato de tacón, así que puede tratarse de alguna actriz famosa, o lo que es peor, de alguna celebridad, y no digamos ya si está relacionada con la política, entonces la seguridad en el hotel se incrementará, fastidiando a los huéspedes.

No hay fotógrafos de prensa en las inmediaciones, por lo que me aventuro a pensar que se trata de alguien adinerado.

Siempre que voy de viaje, además de visitar los obligados monumentos y recomendaciones, opto por ver la vida en las calles, aunque no me siento un mirón ni mucho menos.

Doy otra calada al cigarrillo, no tengo otra cosa mejor que hacer. Cuando dispongo de tiempo para ello, me gusta ver pasar gente, observar cómo realizan sus actividades cotidianas, en definitiva, cómo viven. Se podría decir que lo hago de manera indiferente, igual que en ese momento.

Hasta que la mujer entra en mi campo de visión.

Mi actitud pasa de indiferente a interesada en medio segundo.

Me pongo alerta.

Lleva el pelo más corto...

Pero es ella.

Una obsesión que ha estado yendo y viniendo durante ocho años.

Ocho jodidos y largos años en los que he pensado en ella, en lo que ocurrió y cómo ocurrió. En la despedida amarga y sin esperanzas. En definitiva, me he vuelto loco.

Luego se apea un hombre, da la sensación de ser más joven. Se muestra atento, pese a que ella no parece tenerlo en cuenta. No mira a nadie en particular, ni siquiera a mí, que permanezco junto a la puerta giratoria como si fuera un elemento más de la fachada. Sigo siendo un observador anónimo, lo que de momento me conviene. Mantiene una actitud distante, como si todos cuantos se cruzan en su camino debieran rendirle pleitesía. Sujeta el

bolso de una forma un tanto estudiada, pero que resulta sencilla a ojos de los menos detallistas. Camina con la barbilla bien alta, el sonido de sus tacones se acerca, está a medio metro, sigue sin reparar en mi presencia.

Tiro la colilla al suelo, un acto incívico donde los haya y ni siquiera me molesto en pisarla para apagarla. Contengo la respiración cuando ella pasa a mi lado. No me ha reconocido.

Inspiro, reconozco que estoy siendo un iluso. Ese tipo de mujeres tienen a su alrededor demasiada gente pendiente de sus movimientos como para fijarse en personas como yo.

Ocurrió sólo una vez.

Dudo mucho que se repita.

—Entra y encárgate de que lleven mi equipaje a la suite —le ordena al tipo que la acompaña, y él, con una sonrisa un tanto ensayada, asiente y le da un beso en la comisura de los labios, lo cual me sorprende, porque lo había tomado por un empleado.

Ella sigue con la vista al frente.

Se detiene un instante para mirar en el interior de su bolso.

Es entonces cuando por fin se digna posar sus ojos en mí.

No parpadea ni hace un solo gesto de sorpresa.

Noto el corazón acelerado; me resulta más cruel tenerla frente a mí, mirándome, que si hubiera pasado de largo.

—Ignacio...

Se acuerda de mí. Sonreír es de idiotas y esbozo sólo media sonrisa.

—Victoria...

No hay palabras para describir esta situación y el asunto tiene bemoles, pues soy escritor. Así que termino diciendo en voz baja lo más estúpido:

—Nunca pensé que volvería a verte.

—Yo tampoco —admite y me sonrío con moderación, pero teniendo en cuenta la indiferencia con la que ha mirado al resto, me puedo considerar un afortunado—. ¿Entramos?

Asiento, pese a que no sé interpretar ese «entramos». Me comporto con educación, le cedo el paso y le sujeto la puerta. De esa forma puedo observarla. Va imponente, con un vestido de corte clásico, azul y negro; sin

embargo, es la forma de moverse y sobre todo su actitud lo que marca la diferencia.

Ella es muy consciente de su aspecto. Cuidado. Refinado. Profesional. Nada fuera de su sitio. Todo estudiado al detalle.

En el vestíbulo del hotel más de una cabeza se vuelve a su paso. No pasa desapercibida, estoy seguro de que muchas veinteañeras con un cuerpo mucho más espectacular que el suyo no levantarían tanta expectación. Quizá estoy exagerando, me estoy dejando llevar por todos estos años en los que, si bien no he pensado en ella cada día, de vez en cuando la he recordado. Puede ser una obsesión o una estupidez, máxime cuando sólo me dijo su nombre.

Aunque sé cómo suspira y gime cuando está excitada. O cómo camina, sin una sola prenda encima, como si llevara la creación más exclusiva sobre su cuerpo.

Se detiene junto al mostrador y yo junto a ella.

—Que tenga una agradable estancia, señor —dice amable la recepcionista y después se dirige a ella—. Señora, su suite ya está lista.

Un empleado acerca mi maleta y por lo visto ya sabe quién soy, pues me entrega la tarjeta magnética y me señala dónde se encuentran los ascensores.

Victoria ha permanecido a mi lado, en silencio, sólo cuando nos apartamos del mostrador se dirige a mí.

—Si me invitas a una copa, acepto —afirma y yo me aferro al tirador de la maleta.

—Desde luego, es la forma más retorcida que he escuchado nunca para beber gratis —respondo y le señalo el bar del hotel.

Ella niega con la cabeza.

—Prefiero comprobar si el minibar de tu habitación está en consonancia con el precio —dice sin apenas inflexión en la voz.

Disimulo un respingo. Continuamos mirándonos a los ojos, soy incapaz de apartar la vista, me tiene hipnotizado, igual que la primera vez que la vi.

Me aclaro la garganta antes de preguntar:

—¿Y tu acompañante?

Que conste que es una forma un tanto capciosa de sonsacarle información.

—Tranquilo, no diré nada. Para eso le pago —aduce con aplomo.

No sé muy bien qué significa eso.

—De acuerdo entonces.

Camina a mi lado hasta los ascensores. Aún no la he tocado y podría hacerlo colocando la mano en la parte baja de su espalda. Se interpretaría como un gesto educado, aunque me contengo. Necesito respirar, porque me esperan unos segundos de tortura dentro del ascensor.

Seguimos sin tocarnos, ni siquiera nos hemos rozado. Sé que es deliberado. Ella mira al frente, como si me ignorase, aunque soy consciente de que no es así. No tengo ni la más remota idea de lo que va a suceder, quizá por ello me siento expectante y sobre todo ansioso por descubrirlo.

La moqueta del hotel amortigua el sonido de sus tacones y el de las ruedas de la maleta. Nuestros pasos son relajados, no así mi estado de ánimo, que es un hervidero de contradicciones. Cuando me detengo frente a la puerta de la suite, me tiembla ligeramente el pulso, sin embargo, logro insertar la tarjeta en la ranura y desbloquear la cerradura.

Pasamos al interior. A mí tanto lujo me descoloca un poco. No crecí en un ambiente pobre, aunque sí modesto. No pasé necesidades, pero tampoco disfruté de lujos. Mis primeras vacaciones con amigos las pasé en un camping de tercera categoría, en una tienda de campaña cochambrosa de segunda (o tercera) mano y con el dinero justo para comer. Así que ahora, cada vez que piso un establecimiento de cinco estrellas sigo sintiéndome un poco fuera de lugar. Se supone que uno se acostumbra a lo bueno, pero eso no significa que no me fije en ello. En cambio Victoria parece inmune a todo, ha dejado su bolso sobre una mesa y ha tardado apenas medio minuto en, supongo, enviar un mensaje, pues guarda su móvil.

—¿Qué quieres tomar? —pregunto, acercándome al mueble bar.

—Cualquier cosa —murmura.

Me aflojo la corbata para estar más cómodo y termino quitándomela para dejarla de cualquier manera sobre el aparador. Hago lo mismo con la americana del traje. Necesito sentirme libre. Me inclino para examinar el contenido y elijo un brandy añejo. Preparo las copas y justo cuando he terminado de servir las siento su mano en la espalda.

Es el primer contacto y, a pesar de ser una estupidez, me revoluciona de la misma forma que lo hizo cuando me tocó hace ocho años. Me vuelvo con las bebidas en la mano y ella se pega a mí, acerca los labios a mi cuello. Inspira.

Yo me siento gilipollas sujetando las copas, pues eso me impide incluso rozarla.

—Sigues usando la misma colonia —musita sin apartarse.

Joder, no soy un hombre joven que se empalma en cinco segundos, pero dadme diez y lo consigo con ella tan cerca.

—Sí, supongo —respondo y me abstengo de mencionar que no tengo ni idea de qué marca es, sólo sé que Marta es quien me la compra.

Por extraño que parezca, no siento ni un solo remordimiento al estar con Victoria en esta suite. Me da igual el resto.

—Lo primero que hice al día siguiente de nuestra despedida fue ir a una perfumería —comenta, dando un paso atrás y, sin esperar a que se la ofrezca, coge su copa. Da un sorbo, me mira y prosigue—: Quería averiguar qué perfume usabas y cuando supe el nombre, adquirí un frasco para tenerlo en mi neceser.

¿Cómo interpreto yo tal revelación?

—Yo me pasé las siguientes cuarenta y ocho horas fumando como un carretero —confieso, y es bien cierto. Me sentía tan confuso y extraño que no fui capaz de mirar a la cara a mi mujer, pues no apareció el sentimiento de culpabilidad por haberla engañado.

También tardé más de un mes en ser capaz de acostarme con ella; por alguna razón inexplicable, no quería ni tocarla. Marta no se quejó, pues tampoco es muy dada a disfrutar entre las sábanas.

—Y he comprobado que mantienes ese vicio —añade Victoria sonriendo.

Sus palabras me indican que, a pesar de mis conjeturas, sí era consciente de mi presencia nada más detenerse la limusina. Bueno, nunca viene mal una pequeña dosis de autoestima.

—Un vicio como otro cualquiera —comento, encogiéndome de hombros.

Una extraña conversación, en un no menos extraño ambiente con una muy extraña pareja. Mi creativa imaginación no es capaz de hilar un

argumento coherente, sin embargo, quiero explorar todas las posibilidades.

Ella deja la bebida sobre la mesa y cuando alza la mano y me acaricia la mejilla, cierro los ojos. Fue lo mismo que ocurrió la primera vez.

Todos estos años me he preguntado si fue producto de mi imaginación o, ya puestos, de mi frustración.

Al principio mantuve la esperanza de volver a encontrarla, de saber algo más de ella, sin embargo, día a día se iba diluyendo esa ilusión, a la par que mi vida se convertía en rutina. Una rutina no necesariamente mala, pero a veces asfixiante.

Confieso que al principio su recuerdo fue recurrente, aun así, en los últimos tiempos apenas ha aparecido en mi cabeza; aprendí, por necesidad o comodidad, a bloquearlo. Mi carrera como escritor ha despegado y me exige demasiada dedicación como para perderme en recuerdos.

—Ignacio...

Capítulo 2

El violento pero amortiguado golpe del cristal chocando contra la moqueta no me preocupa, como tampoco la más que probable mancha que quedará en ella, lo único relevante ahora es poder abrazarla. La necesidad de tocarla, de comprobar bajo el tacto de mi mano cómo sus pulsaciones, igual que las mías, se han revolucionado.

Ha suspirado mi nombre y eso resulta definitivo.

Antes de que las emociones se apoderen por completo de mí y sea incapaz de reaccionar, entierro la cara en su cuello, aspiro, la abrazo. Yo no tengo pajolera idea de perfumes, sólo sé cómo me hace sentir tenerla tan cerca. Necesito aferrarme a algo tangible para no pensar que se trata de un sueño más, uno de los muchos que he tenido, hasta despierto, pensando en ella. Recordando lo que ocurrió, incluso dudando a veces de si llegó a suceder.

Vuelvo a inhalar. Intuyo que usará una fragancia de precio desorbitado, pero aunque se hubiera echado una colonia de supermercado, el efecto sobre mi cuerpo y mi mente sería el mismo. Es ella, no los accesorios, lo que me revoluciona.

Inspiro hondo. Ya ni me acuerdo de las veces que he llegado a imaginar que esto volvía a suceder. Tantas, que las expectativas pueden ser excesivas, por lo que estoy dispuesto a llegar al final. Puede que ella sólo quiera un abrazo, una breve charla y adiós. Ya veremos qué nos depara la noche.

Noto sus manos metiéndose por debajo de mi camisa hasta quedar a la altura de mi corazón, que por cierto me va a mil por hora. Sé que a ella le

ocurre lo mismo y también sé que, a pesar de mi edad, voy a comportarme como el más bestia y acabaré follándomela contra la pared; siempre y cuando Victoria decida que así sea, pues soy muy consciente de quién tiene el mando.

Me desabotona la camisa mirándome a los ojos. No pestañea, no sonrío, intenta mantener el control de sus emociones, algo que yo debería hacer también, pues, aunque he dejado caer los brazos a los costados, no pienso en otra cosa que no sea arrancarle la ropa. Sube las manos despacio por mi torso. Noto su respiración agitada. Cierro los ojos un instante y echo la cabeza hacia atrás, disfrutando de sus caricias. Sé que podrían ser más contundentes, sin embargo, me encanta que sea, de momento, tan sutil. Siguen subiendo las manos hasta sujetarme el pelo y tirarme de él... Me muerde en el cuello. Es como si no hubieran transcurrido ocho años. Experimento de nuevo la misma sensación, la que hasta ahora nunca pensé volver a disfrutar. Un escalofrío me recorre el cuerpo, me tensó y noto cómo se me pone dura, por lo que, sin mucho disimulo, adelanto un poco las caderas para obtener un mísero roce por encima del pantalón.

No puedo aguantar más estar inmóvil. Reacciono y la sujeto del culo, primero la acerco a mí, pego mi pelvis a la suya. Suspira con elegancia, la misma que perderá más tarde cuando la desnude. Busco su boca y comienzo a besarla, a morderle los labios y a jadear, porque soy incapaz de saciarme. Necesito un punto de apoyo y me aparto lo imprescindible para después empujarla contra la pared más próxima. Victoria jadea y, en cuando me pego a ella, me tira del pelo con más fuerza. Me duele y es un dolor bien recibido, hace que despierte mi lado más primitivo, el mismo que ha permanecido apagado, que no extinguido, durante muchos años.

No por gusto, sino por obligación, pues he debido reprimir ciertos impulsos para no herir sensibilidades. Pero ésa es otra historia.

Ya ni recuerdo la última vez que eché un polvo de pie, sólo sé que conlleva un gran esfuerzo y concentración. También sé que no soy un veinteañero capaz de hacer malabarismos; no obstante, es tal la excitación que estoy experimentando que me veo capaz de muchas cosas.

Y a juzgar por la respuesta de ella, intuyo que Victoria está encantada con

mis iniciativas.

—Ignacio, fóllame —exige, antes de morderme el labio con saña, para después lamerlo, consciente de cuánto deseo obedecer.

—No tienes la menor idea de cuánto me excita oírte hablar así — respondo entre gruñidos producto del esfuerzo y de, por supuesto, lo cachondo que me pone.

—Y tú no tienes la menor idea de lo mucho que necesito algo así...

«De acuerdo, puedo hacerlo», me digo. Así que meto las manos por debajo de su vestido y de forma apresurada (si dispongo de la oportunidad ya rendiré culto a sus piernas más tarde) asciendo hasta llegar a su ropa interior. Aquí es donde debería mostrarme más sofisticado, incluso detallista y quitárselas con un mínimo de gracia, pero la impaciencia y la falta de práctica me pueden. No estoy acostumbrado a desnudar a una mujer, no me es necesario. Cuando me acuesto con Marta, ella se arrima, yo me arrimo y listo, sabemos a lo que vamos, no hay improvisación, no la asalto en el comedor para echarle un polvo. Ella nunca ha sido muy proclive a ello, aunque he logrado engatusarla en alguna que otra ocasión, circunstancia que dejó de ocurrir hace mucho, en concreto desde que nació nuestro hijo mayor.

Mejor me olvido de mi estado civil y de lo anodino de mi vida sexual en los últimos tiempos, en los que me he conformado con cualquier cosa.

De ahí que esta situación me pille con el pie cambiado. Deseo tocarla, acariciar su sexo, lamerlo incluso y mil perversiones más, a las cuales Victoria no creo que se oponga, todo lo contrario, me animará y me provocará para que las lleve a cabo, no obstante, intuyo que yo ahora sólo voy a ir a lo básico. Metérsela y listo.

La mano que he colado por debajo de su ropa va directa al grano. Bajo las yemas de los dedos percibo la suavidad del tejido, sin embargo, yo quiero sentir lo que hay debajo, así que agarro las bragas sin contemplaciones. Cierro el puño, tenso la tela, me detengo un último segundo, si ella no me detiene ahora...

—Lo siento —mascullo cuando se rompe la delicada tela. Ni siquiera me fijo en el color.

—Olvídate de eso ahora —replica jadeante, mientras se pelea con mi

cinturón.

Le levanto la parte inferior del vestido hasta la cintura, mientras ella me baja los pantalones por debajo del trasero, alza una pierna y me rodea la cadera. Adelanto la pelvis, la beso y me froto entre sus muslos. Victoria me clava las uñas en el hombro y gime sin apartarse de mi boca. Me agarro la polla con una mano para atinar a la primera. Entonces me doy cuenta de que antes debo comprobar si está lista y meto una mano hasta poder rozarle el coño.

—Hazlo —me ordena—. Hazlo ya.

Doblo las rodillas sólo lo imprescindible para ajustar mi posición y embisto hasta clavársela.

Victoria vuelve a morderme el labio. Respira de forma agitada. Yo resoplo debido al esfuerzo. No soy un chaval, pero tengo la suficiente capacidad como para empotrarla contra la pared. Es tal mi excitación que se asemeja mucho al estado que algunos consumidores de droga declaran sentir. Un subidón en toda regla.

—Así... —me anima—, con contundencia. Hazme daño incluso. Hazme sentir viva.

Sus palabras me resultan un tanto extrañas; después, cuando recupere el sentido común, las analizaré. Ahora me es imposible, sólo tengo un objetivo en mente.

Gruño y sigo empujando como un campeón. Noto el sudor en la espalda y los constantes tirones de pelo que Victoria me da, así como sus gemidos, mitad suspiros, mitad lamentos.

No me detengo, no pregunto. Por cómo me aprieta, salta a la vista que disfruta.

Mis movimientos cada vez son más descoordinados, las fuerzas empiezan a fallarme. Aprieto los dientes y la sujeto del culo, aferrando sus nalgas, clavándole incluso los dedos para que no se pierda el contacto. Victoria pega la espalda a la pared, manteniendo una pierna alzada y consigue aligerar un poco la carga que debo soportar, lo que me permite embestir con más brío.

—Ignacio... —susurra de nuevo con ese timbre de voz tan erótico, que me volvió loco una vez y que durante muchas noches de insomnio llegué a creer

que era producto de mi imaginación—. ¿Lo sientes?

—Sí, joder, sí...

—Está ocurriendo de nuevo —jadea y cuando me muerde el hombro sé que se ha corrido.

Permanece quieta y yo cierro los ojos antes de unirme a su orgasmo de una forma tan primitiva que hasta yo me preocupo, sin embargo, sé que con ella no valen los fingimientos ni las contenciones. Si algo no le gusta me lo hará saber, por eso todo es tan diferente.

—Victoria... —mascullo su nombre al alcanzar el clímax.

Ella me abraza y nos quedamos así, unidos en más de un sentido. Sigo sintiéndome eufórico y confuso. ¿Cómo puede una mujer, de la que sólo sé su nombre, conducirme a semejante estado?

Inspiro hondo y la aprieto con más fuerza. Siento ganas de gritar, llorar o romper algo, debido a la intensidad, no sólo por el polvo que acabo de echar, sino porque hacía mucho, demasiado tiempo si lo pienso, que no lograba desfogarme de esta manera.

—Lo siento —musito, intentando que la vergüenza por mi comportamiento no haga acto de presencia y lo arruine todo.

—¿Por qué? —pregunta ella también con un susurro, revolviéndome el pelo.

Poco a poco recuperamos la normalidad, la beso una última vez, con más calma ahora que ya se me ha pasado la euforia sexual, aunque teniéndola cerca y a poco que se insinúe o me hable con esa voz tan sensual que posee, volveré a sentir esa extraña necesidad de tocarla de nuevo. De tocarla, desnudarla y acariciarla por todas partes, sin medida.

—Creo que ya es hora de presentarnos, ¿no crees? —bromeo cuando me separo de ella.

Victoria esboza una sonrisa un tanto irónica mientras se alisa la parte inferior del vestido. Ninguno de los dos menciona que sus bragas están en el suelo, lo más seguro que desgarradas. Yo aprovecho para abrocharme el pantalón.

—Victoria De Usabel y Mateu —dice, tendiendo la mano como si de una presentación formal se tratase.

Se la estrecho, por supuesto, mientras disimulo una sonrisa ante la originalidad de sus apellidos.

—Ignacio...

—García Estévez —remata ella por mí.

—Vaya...

—Eres un escritor famoso —señala sin el más mínimo remordimiento, pues yo nunca le dije mi apellido, y camina despacio hasta donde ha dejado su copa para dar un trago.

—Veo que juegas con ventaja —le digo sin estar molesto por ello.

—Siempre lo intento —añade con aire burlón.

Me acerco y, puesto que con la impaciencia he dejado caer mi bebida, le cojo la mano y bebo por el mismo lado que lo ha hecho ella.

—Tengo todos tus libros —murmura y se apoya en mi hombro para descalzarse.

No sé si debo hacerme ilusiones al pensar que quizá ese gesto significa que se queda un rato más. O, ya puestos a ser optimistas, toda la noche. Nada me gustaría más, sin embargo, no lo pregunto. Quiero ahorrarme la desilusión ante una negativa directa.

—Sólo he publicado tres —contesto, poniéndola a prueba.

—Y no he sido capaz de leer ninguno —confiesa y se vuelve, dándome la espalda—. Era complicado, pues te conocía y al mismo tiempo no sabía nada de ti, no quería arriesgarme a leer condicionada por el recuerdo.

Con rapidez me pego a su cuerpo y la abrazo desde atrás, colocando las manos sobre su estómago y ella se recuesta en mi pecho.

—Ocho años —musita.

—Lo sé... —suspiro, porque me da la sensación de que ha pasado por algo similar a lo mío, o quizá quiera creerlo así para sentirme mejor.

Victoria entrelaza sus dedos con los míos y de esa forma permanecemos un buen rato. Por el momento no hace falta decir nada más. Con respirar es suficiente. Pese a todo, aparecen los recuerdos del día en que la conocí. Un aeropuerto abarrotado de viajeros enfadados por la huelga. Yo haciendo cola en el mostrador de información para presentar una reclamación que no sirvió para nada. Unas llamadas a casa para informar a mi esposa, primero mi

enfado por no llegar a tiempo para no sé qué compromiso y después la resignación al ver que cualquier alternativa era inviable.

Cuando me di por vencido, pues seguir torturando a la empleada de la aerolínea no servía para nada, acepté lo único que me ofrecieron: una noche de hotel gratis. Agarré de malos modos mi bolsa de viaje y me fui en busca de un asiento donde esperar a que nos llamaran.

Victoria pasó delante de mí, fue inevitable que me fijase en aquella mujer que a pesar de encontrarse en un espacio cerrado llevaba gafas oscuras y un maletín de piel rojo, a juego con sus zapatos de tacón. Me llamó la atención, no sólo por el hecho de que fuera conjuntada, sino por la imagen que proyectaba: seguridad absoluta.

Por una de esas casualidades del destino, se sentó a mi lado. A diferencia del resto de los pasajeros que por obligación nos quedábamos en tierra, ella no mostraba cara de enfado, sino de indiferencia.

Yo aproveché para enviarle un mensaje a Marta y explicarle cómo iba a pasar la noche para que no se preocupara, la respuesta fue rápida y previsible. Victoria cruzó las piernas de forma elegante y sofisticada y permaneció tras sus gafas de sol.

Cuando las azafatas de la compañía aérea se acercaron para conducirnos hasta los autobuses, todo el mundo empezó a alborotarse y a correr, como si se fueran a quedar sin asiento y yo, enemigo de las aglomeraciones, me quedé sentado porque tenía una reserva y, por lo tanto, lo mismo me daba apelotonarme como el resto que no.

Ella, marcando una vez más la diferencia con el resto del pasaje, mantuvo la serenidad: se puso en pie, agarró su maletín y aguardó a que el primer grupo se marchara. Yo hice lo mismo y me quedé de pie, junto a ella, en silencio, sin intentar buscar una frase estúpida con la que entablar conversación.

Siempre he sido observador y me llamó la atención. De no haber estado ella, quizá yo me hubiera comportado como un borrego más; sin embargo, permanecí inmóvil y me di cuenta de que en el segundo grupo apenas habíamos quedado diez personas, por lo que íbamos a estar mucho más cómodos durante el traslado al hotel.

Además de mis dotes de observador en general, también le dediqué unos instantes como hombre; no podía pasar por alto su cuidado aspecto y, por supuesto, su físico más que apetecible. No era una mujer joven, tampoco mayor. Supuse que estaba en la edad justa para no comportarse como una veinteañera alocada ni como una maruja aburrida.

Nunca he sido dado a fantasear con otras mujeres, más allá de algún que otro mito erótico de rigor. En mi trabajo como profesor universitario tenía todos los días ante mis ojos multitud de ejemplares femeninos sexualmente muy apetecibles y, si bien lo apreciaba, no le dedicaba mayor atención. Había tenido mi cupo de relaciones locas antes de casarme, así que ya me había tranquilizado. Puede que suene extraño, pero mis prioridades, o quizá mi rutina, hicieron que el sexo o las fantasías pasaran a un segundo plano.

Por ese motivo me sorprendió verme prestar atención a aquella desconocida. La verdad es que me fascinó y, como un idiota, me las arreglé para estar a su lado todo el tiempo posible. No había dicho ni una sola palabra y deseaba oír su voz. Quizá ella terminaría dándose cuenta y pidiéndome que me apartara, por suerte eso no ocurrió.

Durante el trayecto en autobús me senté tras ella, hubiera sido ridículo hacerlo a su lado al haber asientos disponibles. No entendía qué me ocurría, estaba casado, se suponía que mi estado civil era un potente freno para aquellos menesteres, sin embargo, no fue así.

Desde el asiento de atrás vi cómo se quitaba las gafas de sol y lamenté no poder verle la cara; tuve que esperar al final del trayecto para ponerle rostro a aquella mujer que de manera inexplicable me estaba cautivando y todo sin cruzar una palabra ni una mirada.

En el hotel al que nos llevaron pude por fin oír su voz cuando murmuró un «gracias», distante y educado, al recepcionista que le entregó la tarjeta de su habitación. Justo la contigua a la mía. ¿Fue casualidad o un golpe de suerte? Entonces se fijó en mí. Un hecho que yo había considerado muy improbable, dado el distanciamiento que había manifestado con el resto del pasaje.

—Tienen a su disposición el bufet del hotel para la cena —nos indicó el empleado.

—Detesto los bufets —comentó ella—. ¿Nos puede recomendar un restaurante decente por aquí cerca?

—Lo siento, señores, a estas horas... —se disculpó el empleado, dando por hecho que teníamos algún tipo de vínculo.

—Muchas gracias —respondió la mujer con cierta indolencia o al menos fue lo que me pareció.

Lo cierto es que a mí me traía sin cuidado si se trataba de un restaurante de cinco tenedores o de un bufet, el asunto era picar algo, de ahí que dijera:

—Nos apañaremos.

En ese instante ella me miró fijamente y dijo con desdén:

—Podría ser peor.

Por una especie de acuerdo tácito, caminamos juntos y sin que ninguno de los dos lo mencionáramos, acabamos ocupando la misma mesa. Vimos al resto de los viajeros atiborrándose, como todo aquel que sabe que es gratis.

Ella se sirvió lo mínimo y yo, algo cohibido, hice lo mismo. No deseaba dar una impresión equivocada. Por fortuna, había a nuestra disposición un vino aceptable, otro de los placeres que puedo disfrutar con la ropa puesta, y me ocupé de servir las copas.

—Por lo menos es decente —comentó tras beber un sorbo.

Comimos en silencio. Podría haberle preguntado cuál era su destino o el motivo de su viaje, para llenar el silencio. No lo hice, pues me dio la impresión de que era una mujer poco o nada dada a las conversaciones insustanciales entre desconocidos.

El salón se fue despejando y eso permitió que la comodidad, por no tener que soportar el barullo de voces, aumentara. Yo seguía impresionado por mi improvisada compañera de mesa. Nos habíamos tomado, en silencio, toda la botella de vino y no sé bien si por ese motivo empecé a sentir cierta excitación. Resultó extraño, pues nunca antes había contemplado siquiera engañar a Marta. Por supuesto, era consciente de las escasas, por no decir nulas, posibilidades de que eso se materializara.

—Una cena mediocre, pero en buena compañía —dijo ella, sacándome de mis pensamientos.

—Gracias —respondí con una sonrisa amable, alzando mi copa—.

Completamente de acuerdo.

Vi un esbozo de sonrisa, tan fugaz que dudé.

—¿Cree que podríamos conseguir una copa para pasar el mal trago?

Y yo, inconsciente, osado e imprudente, dije:

—Supongo que sólo nos queda el minibar.

No sé muy bien qué ocurrió a partir de aquel instante, pues en vez de mandarme a paseo, dado que mis palabras podían interpretarse como una estupidez, una ordinariez o como una invitación, ella sonrió, se puso en pie y acabé siguiéndola hasta su habitación.

Debí haber sido más cauteloso, dar media vuelta, pensar en Marta o buscar motivos para despedirme como un caballero, sin embargo, mi lado más visceral tomó el control. Sólo un pequeño conato de sensatez hizo aparición cuando me excusé para ir al cuarto de baño.

—¿En qué piensas? —me pregunta Victoria devolviéndome al presente.

—En la noche en que te conocí, cuando me encerré en el baño para quitarme la alianza —confieso, sabiendo que nunca le había hablado de mi estado civil, ni ella a mí.

No nos hicimos preguntas personales.

Yo me encontraba tan confuso, pero a la vez tan excitado, que al mirarme en aquel espejo ni me reconocí. Cuando me lavé la cara con agua fría para intentar despejarme, me di cuenta de que llevaba la alianza de oro y, en vez de recuperar el sentido común, intenté quitármela, con tan mala suerte que me costó bastante. Otra señal que pasé por alto y terminé utilizando el jabón para librarme de ella.

—¿Estabas casado?

—Y sigo estándolo —admito.

—Yo también —añade y noto cierto desdén en su voz o incluso desagrado al admitirlo.

Victoria se vuelve y me mira. Parece no importarle que sea un hombre casado, a mí tampoco que ella también lo esté. Sólo me extraña, nada más.

—No nos hicimos preguntas en su momento —comento—. Y creo que ya es tarde para dar respuestas.

—Sí, así es. No sé cuál es tu caso, pero mi matrimonio es como una

enfermedad crónica. Debo convivir con ello, tomar precauciones y hasta me cuesta una fortuna.

No esperaba que hablara de sí misma, por lo que agradezco sus palabras.

Vislumbro sus bragas rotas y arrugadas en el suelo, junto a la pared donde hemos follado y me apartó de ella para agacharme y recogerlas. Como un tonto se las entrego.

—Lo siento —me disculpo.

—Ignacio... ¿crees que a estas alturas me importan unas bragas rotas, después de todo lo que ha ocurrido?

—Bueno, deben de costar una fortuna, pues no creo que utilices ropa y complementos fabricados en serie a bajo coste.

—Tampoco es barato el Hugo Boss que llevas y si pudiera te lo hacía trizas —replica con aire perverso, refiriéndose a mi traje.

—No sabría decirte —comento encogiéndome de hombros, pues por norma general no me compro la ropa.

Por mi gesto, Victoria ha adivinado que es mi mujer, como supongo que ocurre en cientos de casos, quien se ocupa de mi indumentaria. No lo menciona, pero yo sé lo intuitiva que es.

Capítulo 3

—¿Te quedas a cenar? —pregunto esperanzado, cuando ella sale del cuarto de baño. Se ha retocado el maquillaje, pero no mucho.

No sonrío.

Se pasea por la suite, quizá espera que yo tome la iniciativa, aunque Victoria no parece una de esas personas indecisas.

—Sí —contesta, antes de añadir con su tono más refinado—: Siempre y cuando tú quieras, por supuesto

Sonrío y va en busca de su móvil. La observo encargar la cena al servicio de habitaciones. Lo hace de forma práctica, quizá algo exigente y, sobre todo, diferente a cómo se dirige a mí. Parece otra. Da por hecho que sus indicaciones se van a cumplir al pie de la letra. Cuando acaba me mira. Ni siquiera me ha pedido opinión.

—Desde luego, nadie puede poner en duda tus dotes de mando —digo y arquea una ceja.

Coge sus bragas y camina hasta donde estoy para metérmelas en el bolsillo del pantalón.

—Quédatelas en prenda, ahora vuelvo —me indica en un tono prometedor que me eriza hasta el último pelo del cuerpo.

Camina descalza y se agacha para recoger sus más que probable carísimos zapatos del suelo y abandona la habitación. Su bolso sigue ahí, yo sé que no lo ha olvidado. La tentación de curiosear resulta muy poderosa, tanto que, para no caer en ella, busco algo para recoger el cristal roto. Podría llamar para que lo limpiaran, pero veo más prudente encargarme yo del

asunto.

También me ocupo de abrir la maleta y sacar ropa para que mañana no esté arrugada y sopeso la idea de darme una ducha, no obstante, descarto esto último al entrar en el cuarto de baño y ver la excelente bañera. De hacerlo, me gustaría que Victoria estuviera conmigo.

¿Y si no vuelve?

Que haya dejado el bolso no significa que vaya a volver. Podría desaparecer. Ya lo hizo una vez. Hace ocho años. Tras las cuarenta y ocho horas más intensas de mi vida, se despidió sin mirar atrás, sin titubear. Su bolso no es ninguna garantía.

Relleno la copa que ella ha utilizado y me quedo como un pasmarote sentado en uno de los sillones. Enciendo un cigarrillo. Es curioso, pero no he sentido la necesidad de fumar hasta que ella se ha marchado.

Cuando oigo unos suaves golpes en la puerta me apresuro a apagar el pitillo antes de abrir. No he querido mirar el reloj ni una sola vez.

—¿Aún no han traído la cena? —pregunta y yo me aparto para dejarla pasar.

—No, aún no —le confirmo y cierro con suavidad tras ella. Eso me permite observar su espalda.

Arrastra una pequeña maleta que deja junto a la pared. Una buena señal.

No se ha cambiado de vestido, espero que tampoco se haya puesto ropa interior, me gusta disfrutar de la perversa idea de que su sexo, aún húmedo tras empotrarla contra la pared, continúa desnudo. En ese momento caigo en la cuenta de un detalle de vital importancia.

—Victoria, sé que puede parecerme del todo inapropiado, pero... —Me detengo en busca de las palabras precisas—. Bueno, me refiero a que no hemos utilizado nada...

Ella se mantiene inexpresiva, se acerca y me susurra al oído:

—Hace tiempo que me ocupé de ese asunto, no te preocupes —afirma con seguridad.

Me tranquiliza, desde luego.

—Aún recuerdo el periplo por los baños de aquel hotel en busca de preservativos —comento, recordando la situación.

Cuando me tocó, no sé si fue el instinto, el deseo o un trastorno temporal, pero supe que acabaría acostándome con ella. Fue una especie de calambrazo en toda regla, algo que nunca había sentido y así lo confirmé al día siguiente, cuando me desperté en la cama a su lado y follamos por enésima vez.

Yo entonces era más joven, o menos viejo, según se mire, pero fue bastante complicado y algo humillante ir en busca de condones. Ya había cumplido los cuarenta y hacía tiempo que el tema de la contracepción había quedado en manos de Marta. Yo nunca tuve que hacer nada, ella fue quien decidió cuándo tener hijos y, en ese aspecto, yo sólo fui un cooperante necesario, aunque sin voz ni voto. Admito que me comporté de forma cómoda, ahorrándome preocupaciones, porque en el fondo me importaba poco; en ese aspecto y en otros, mi matrimonio ha funcionado más por inercia que por interés.

—Tardaste una eternidad —dice sonriéndome; le devuelvo el gesto.

—Ni te imaginas lo complicado que fue —añado risueño—. Admito que hasta pasé vergüenza cuando tuve que preguntar por la máquina expendedora de profilácticos.

Ahora me hace gracia, pese a que en su momento fue un periplo agotador, pues nos alojaron en un hotel de las afueras, donde la posibilidad de encontrar una farmacia de guardia cercana o un bar con máquina de preservativos era misión imposible.

Victoria se echa a reír, un sonido agradable que termina contagiándome.

—Por muy tentador que resulte enviarte de nuevo a tan azarosa misión... creo que mejor nos olvidaremos del asunto.

Estoy tentado de decir que por pasar otra noche como aquélla no dudaría en salir ahora mismo y hacer el mismo recorrido, sin embargo, prefiero no mostrarme tan ansioso.

Le cojo una mano y me la llevo a los labios para depositar un beso. Un gesto que muchos tildarían de anticuado, aunque creo que Victoria lo sabrá apreciar, y así es, pues me acaricia la mejilla y me dedica una mirada tierna. No es para darle coba ni mucho menos, no es más que un sencillo detalle.

Justo en ese instante llaman a la puerta y ella, de nuevo al mando de la situación, se encarga de abrir y de indicarle al camarero dónde ha de servir la

cena. Todo lo hace de manera distante, se podría decir que altanera. Victoria es sin duda la mujer más contradictoria del planeta. Yo la observo con las manos en los bolsillos. Puede parecer una estupidez, pero me siento atraído por cualquiera de sus movimientos.

—Gracias, eso es todo —le dice al empleado y me doy cuenta de que no le da propina. Una vez a solas, pregunta—: ¿Cenamos?

—Faltaría más.

Me acerco a su lado y le aparto la silla, un gesto galante que me agradece con una sonrisa. Cuando me acomodo en la mesa frente a ella, creo haber retrocedido en el tiempo. Ocho años para ser exactos. Todo se repite, incluida la excitación constante que experimento. Es una especie de hormigueo que me recorre el cuerpo y que me impide serenarme.

A mi edad, echar un buen polvo es sinónimo de un par de días o incluso más de relativa calma. En mi caso bastantes más, pues tras más de dieciocho años de matrimonio paso bastante tiempo en el dique seco. No es algo para preocuparse, porque terminas acostumbrándote. También se pierde la emoción, la chispa, porque con niños en casa se acaba el aquí te pillo aquí te mato, y porque además todo se reduce a la comodidad. No lo niego, ni yo me he preocupado de incentivar la relación con Marta ni ella me lo ha pedido. Supongo que nos hemos habituado a una rutina, sin grandes sobresaltos.

—Tengo la sensación de que tú sabes más de mí que yo de ti —digo rellenando las copas.

Conversar teniendo delante un buen vino siempre ayuda.

—*In vino veritas?*

—¿Funciona?

Antes de hablar saborea el vino, me mira, no sé si está pensando una respuesta correcta o se decantará por la verdad.

—No es una sensación, es real. Como te he dicho, me gusta jugar con ventaja —se justifica sin perder el buen humor ni ofenderme.

Posee ese inusual poder sobre mí, me cautiva, y yo, lejos de molestarme, me siento hasta halagado. Pocas personas poseen tal habilidad, sólo alguien como ella, que me fascina, pero también sé que es recíproco, si no ¿cómo explicar que una mujer del calibre de Victoria esté aquí conmigo?

—¿Ha llegado el temido, aunque por otro lado necesario, momento de las preguntas? —inquiero con cautela.

Tanto ella como yo somos incapaces de desviar la mirada. Ni siquiera me he molestado en fijarme en lo que estamos comiendo; está bueno, alimenta, con eso es suficiente. Me daría igual tener delante un bocadillo de calamares grasientos o un manjar exclusivo, Victoria es la única que acapara mi atención.

—Pregunta cuanto quieras —apostilla con aire pícaro.

—¿Serás sincera? —la provoco, recostándome en la silla.

Levanta la copa. Hace un brindis silencioso. Sonríe de medio lado.

—Lo intentaré...

—Por cómo lo has dicho tengo la terrible sensación de que podrías mentirme una y mil veces y aun así no me daría ni cuenta —comento y ella asiente.

—Me paso el día fingiendo —alega con un suspiro.

—¿Necesitas fingir conmigo?

—No quiero hacerlo contigo. ¿Qué quieres saber?

Desde luego, sabe jugar muy bien con los tiempos. Responde con tono modulado, no se compromete en exceso. Quiero creerla y sé que de momento no debo arriesgarme y entrar en temas demasiado personales, pese a que me gustaría saberlo todo de ella, incluso la parte desagradable, que, como cualquier persona, quizá oculte. Todos lo hacemos.

—Ahora que ya sé tu nombre y apellidos...

—Atrévete —me provoca.

—Empecemos por algo sencillo... ¿Cómo te ganas la vida?

Puede que no sea lo que más me interesa de ella, pues podría trabajar como cajera de supermercado y su efecto sobre mí sería idéntico, aunque me temo que su poder adquisitivo está muy por encima del mío. No me importa, por supuesto, pero no puedo obviarlo.

—Fingiendo que me interesan algunas cosas, adulando a gente a la que considero oportunista, asistiendo a eventos que me aburren sobremanera, sonriendo a personas insufribles y anodinas...

—Lo pintas muy interesante —bromeo.

—Dirijo la empresa familiar —me aclara ante mi desconcierto—. Joyerías exclusivas, en las principales ciudades del mundo. No atendemos al público en general, sólo a grandes fortunas y con cita previa. Diseñamos según el deseo y la cartera del cliente. Y mi cometido es ir a eventos, fiestas y reuniones a los que sólo se invita a personas de muy alto poder adquisitivo, deseosas de gastar una fortuna en productos exclusivos, entre ellos joyas.

Parpadeo. Victoria da un sorbo. Su tono ha sido monocorde.

—Vaya... entonces tu cartera de clientes está formada por personalidades influyentes.

—Sí, pero por desgracia también incluye a nuevos ricos, con gustos deplorables y con mucho dinero, demasiado —explica y percibo que le disgusta ese tipo de gente.

—No hay nada más chabacano que la ostentación de los nuevos ricos —murmuro asintiendo.

—Y yo tengo que alabar su cuestionable buen gusto, aguantar sus berrinches, intentar aconsejarles y, sobre todo, sonreír cuando me entregan el cheque —añade.

—Entonces, ¿nada de vender medallitas de comunión? —preguntó irónico.

—Si uno de mis clientes me encargara una, la tendría, pero a un precio desorbitante, créeme —dice de buen humor—. Ahora me toca a mí.

—No hay mucho que contar... —alego, poniéndome un poco a la defensiva—. Soy profesor universitario, ahora en excedencia, pues quiero dedicarme a la literatura por completo.

—¿Qué clases impartías?

—Filosofía —respondo inspirando—. No es una rama muy popular ni muy solicitada en la universidad.

—Lo sé, por desgracia las carreras más demandadas son las de borregos obedientes, bien formados y muy productivos, incapaces de pensar por sí mismos.

—Yo no lo hubiera expresado mejor —admito.

—¿Pediste entonces una excedencia?

—Tuve que apostar por una de las dos opciones. Seguir siendo un

respetado profesor universitario con ingresos fijos o intentar vender libros de misterio —explico.

—Te arriesgaste.

Me encojo de hombros.

—No tanto como puede parecer —admito—. Pues en caso de que me vaya mal, siempre puedo regresar a mi puesto.

—Antes has dicho que ya estabas casado la primera vez que nos vimos —dice, cambiando por completo de tema.

—Sí.

—¿Y tú?

—También —contesta y se pone en pie—. Creo que esta conversación va a derivar en asuntos muy personales.

—Eso parece —convengo, ligeramente alarmado por si ella decide marcharse.

—Pongámonos más cómodos entonces...

No sé cómo interpretar estas últimas palabras.

Victoria camina descalza hasta situarse a los pies de la cama. Me da la espalda. Me está esperando. No la defraudo y enseguida estoy tras ella, bajándole la cremallera del vestido. Su corte de pelo me permite besarle la nuca al tiempo que voy descubriendo piel. Recorro con la yema del dedo la porción de columna vertebral que queda a la vista. No me apresuro, no es sólo una maniobra de seducción. No quiero desnudarla con prisas, deseo disfrutar de los pequeños detalles.

Aparto con delicadeza la tela del vestido para descubrirle los hombros. Beso primero uno y luego el otro. Victoria inspira hondo. Después arrastro las mangas para dejar que el propio peso de la prenda haga el resto y quede a sus pies. Sólo lleva medias, zapatos y sujetador.

Meto el dedo por debajo del elástico del sostén y lo aparto de su piel. Observo la marca y me pregunto, no por primera vez, por qué las mujeres aguantan esta tortura. Cómo soportan todo el día tener las tetas confinadas en dos piezas de tela y, por si fuera poco, con aros metálicos. Se supone que dejaron de usar el corsé hace un siglo para liberarse.

Si a mí alguien me sugiriese, aunque sólo fuera hipotéticamente, que

debería colocarme una especie de caperuza con tiras elásticas para tensar mi polla durante la mayor parte de la jornada, acabaría denunciándolo.

Cuando me deshago del maldito sujetador, recorro las tenues marcas sobre su piel, en un intento de aliviarla. Victoria suspira agradecida. No sé si tiene los ojos abiertos, sólo sé que sus manos se aferran a mis muslos, clavándome las uñas por encima del pantalón y que a mí me excita que lo haga, pese a que me incite a dejarme de lentas maniobras e ir al grano.

—Nunca he tenido claro qué resulta más excitante... —musito junto a su oreja.

—¿Hummm?

—Si observar a una mujer desnudarse o, por el contrario, vestirse — explico, acariciándole la espalda.

—Ambas cosas son un arte, desde luego.

—El día que te fuiste, no me perdí detalle de cómo te arreglabas.

—Me di cuenta —suspira y se vuelve despacio hasta quedar frente a mí —. Me hiciste dudar, Ignacio.

—No me dio la impresión de que lo hicieras —murmuro y no es un reproche.

—Y pocos lo han logrado —apostilla y lo considero todo un halago.

Empieza a desabotonarme la camisa, con habilidad, mirándome a los ojos. Mantiene una expresión serena, aunque se nota que está excitada. Sus pezones están duros. No es de frío, pues la temperatura de la suite es agradable.

Le rozo un pecho y ella sonrío un tanto maliciosa. Joder, no sé qué se le estará pasando por la cabeza, pero sea lo que sea lo aceptaré.

—A mí también me resulta tremendamente erótico ocuparme de un hombre. Pensar que durante unos minutos está en mis manos, que se muestre maleable —explica y antes de que quiera darme cuenta estoy tan desnudo como ella—. Ahora, sirve un buen licor y continuemos hablando.

—De acuerdo —acepto, un tanto confuso por este parón en seco.

—Puede que ya no sean necesarias las confianzas, sin embargo, me gusta escucharte.

Obedezco y me muevo hasta el mueble bar sin ningún tipo de pudor.

Miro por encima del hombro, Victoria aguarda recostada en la cama, tumbada paralela a la almohada. Después la miraré a placer. No sé cuántos años tiene, aunque sé que no es una mujer joven. Por prudencia no he querido preguntarle la edad. Y, según mi modesta opinión, no tiene nada que envidiarle a una veinteañera curvilínea. Además de poseer un buen cuerpo tiene eso que algunos llaman aura, magnetismo o como diantres quieran denominarlo.

Regreso con las copas en la mano y le entrego una. Me acomodo en la cama, aunque no junto a ella, pese a que deseo tocarla. Me quedo a los pies y en sentido opuesto. Eso me da una mejor perspectiva de su cuerpo.

—¿Por dónde íbamos? —pregunta sugerente, metiendo el dedo en el licor para después chupárselo.

Podría parecer un gesto vulgar, sin embargo sabe hacerlo de tal forma que ruego en silencio para que lo repita.

—Ibas a decirme cuántos años tienes —miento y ella se echa a reír.

—Buen intento, pero no, hablábamos de tu estado civil y del mío.

—Tenía que intentarlo —me disculpo sin sentirlo en absoluto.

Bebe despacio, saborea el licor. A mí me gustaría saborearla a ella, se ha tenido que dar cuenta de lo excitado que estoy, no puedo mentir al respecto.

La miro fijamente y me aguanta la mirada sin parpadear. Es placentero hasta el simple hecho de estar de esta forma con ella.

—Cumpliré cuarenta y seis dentro de dos meses —dice sin titubear.

Si espera que diga algo como «estás estupenda» o peor aún, «no los aparentas», la voy a decepcionar. Es cierto que lo está y que parece como mínimo diez años más joven, sin embargo, intuyo que no busca halagos y sé casi con seguridad que estará hastiada de ellos.

—Háblame de tu matrimonio.

Capítulo 4

Victoria me mira en silencio.

La he jodido, es lo que pienso. Acabo de estropear una noche prometedora sólo por saber más de ella. Pero tiene que entenderlo, han sido ocho años especulando sobre su vida, como espero que ella haya hecho con la mía.

—Lo siento —me disculpo, confiando en que lo deje pasar—. No es de mi incumbencia.

Se humedece los labios, no muestra enfado, lo cual no sé si es buena señal.

A veces la indiferencia es mucho peor.

—Me casé con Andreu por inercia —comenta con despreocupación.

—¿Por inercia? —pregunto, pues no llego a comprender a qué se refiere y eso que creo haber visto de todo.

Continuamos desnudos, frente a frente. Sigo sin tocarla, aunque lo deseo, vaya que sí. La erección que ella mira de reojo y a la que de momento finge no prestar atención es prueba fehaciente de ello. Hasta estoy tentado de acariciarme, desde luego la conversación se tornaría más surrealista si cabe.

Me doy cuenta de cómo cambian las prioridades con la edad. A los veinte, si me ponían delante un buen par de tetas, me revolucionaba y no paraba hasta follar o lo que fuera necesario (incluida mi propia mano), en cambio, ahora, si bien no descarto echar un buen polvo o cualquier otra actividad sexual, disfruto de la extraña perversión que resulta conversar en pelotas, con un buen licor y además de un tema tan enrevesado.

—Nos conocíamos desde siempre, ambas familias mantenían una buena relación y también lazos comerciales. A nadie le sorprendió nuestro compromiso. Es más, creo que tanto su familia como la mía nos alentaron. «La pareja perfecta», decían muchos. Al fin y al cabo éramos amigos, el paso siguiente era casarse —relata y creo que la afecta más de lo que deja entrever.

No sé si es consciente del primer plano de su sexo rasurado que me está ofreciendo. Un tanto perturbador. Yo no tengo tanta fuerza de voluntad como para pasarlo por alto, por no mencionar que cuando lo vi por primera vez, me quedé anonadado. Sólo pienso en tirármela otra vez. A la mierda las confidencias. No quiero, no necesito saber nada más...

Ella varía ligeramente de postura, haciendo que cambie de idea; no quiero follármela, quiero meter la cabeza entre sus piernas y lamer cada recoveco. Sin prisa.

Victoria debe de leerme el pensamiento, pues repite el gesto, morboso y tentador, de meter el dedo en la copa y humedecérselo para después chuparlo. Sus labios forman una «O» perfecta y, joder, un escalofrío me recorre todo el cuerpo. No me tengo que esforzar demasiado para saber lo hábiles que son sus labios.

—Me casé porque era lo que todos esperaban —prosigue después de jugar conmigo y mi libido—. Pude haberme negado, en efecto; sin embargo, no me pareció tan mala idea, al fin y al cabo, con Andreu me divertía y él nunca se mostraba disconforme con mi trabajo ni con mi estilo de vida. Incluso pensé que estar casada me favorecería a la hora de hacer negocios. Una ingenuidad como otra cualquiera, ¿no te parece?

Otra pausa, otro silencio, otro sorbo.

—¿Qué falló?

—Todo, supongo —admite.

—Quizá...

—A los seis meses no le soportaba —me interrumpe—. Se volvió un cabrón amargado y vengativo, cuando la empresa familiar que había heredado junto a su hermano empezó a ir mal y yo me negué a inyectar capital para salvarla. El problema no era prestarle dinero, el problema era él, pues aparte de ser un inepto, pretendía dejarme al margen. Y no cedí —

explica seria, aunque tampoco muy dramática; salta a la vista que es una losa que soporta con dignidad—. Después intentó convencerme para que lo colocara en mi empresa, incluso acudió a mi familia para lograrlo.

—Te mantuviste firme —digo y no es una pregunta.

—Por supuesto —confirma, alzando su copa antes de apurarla y dejarla sobre la mesilla. Al hacerlo, observo a placer su trasero—. Y la situación derivó en recriminaciones, peleas, discusiones, hasta que dejé de hacerle caso y seguí mi camino. Entonces Andreu pensó que lo mejor era ponerme en la picota, ofenderme con sus acciones, empezando por putas y drogas. Un clásico y no siempre en ese orden. Nunca fue muy bueno en la cama — murmura con desdén.

En este momento podría estirar el brazo y darle uno de eso apretones, un tanto comprensivos, que a buen seguro Victoria detestaría, por lo que me limito a mirarla, con deseo más que evidente.

—Y continúas casada con él.

—Por desgracia —añade, poniendo cara de circunstancias.

—¿Te afecta?

—Como te dije, mi matrimonio puede definirse como una enfermedad crónica. Cada mes le pago una generosa asignación, aunque nada de hacerle un ingreso bancario —añade, ocultando una sonrisa—, le entrego un cheque por el puro y perverso placer de tirárselo a la cara y recordarle que, si no fuera por mí, se moriría de hambre. Sólo le puse una condición: que sea discreto.

Queda implícito que al tipo le conviene atenerse a las reglas para poder seguir viviendo del cuento y que ella habrá aprovechado para imponerle las más retorcidas. Está claro que Victoria no se deja pisotear por nadie, se amolda a las circunstancias si lo considera necesario y sólo en apariencia.

—Puede parecer una pregunta ridícula, pero... ¿por qué no te divorcias?

Victoria hace el primer movimiento, se acerca a mí y con el dedo recorre mi torso. Clava ligeramente la uña. Se detiene a la altura de mi ombligo. Sigo ese curioso dedo con la mirada. Su manicura es perfecta, como no podía ser de otro modo, y el rojo intenso del esmalte contrasta con la palidez de mi piel. Una imagen morbosa, un tanto estereotipada, que funciona sobre mi ya

de por sí revolucionada libido.

—Podría pedir el divorcio, sí —murmura, adoptando un tono sugerente—. No obstante, eso supondría una merma considerable de mi patrimonio. Sin olvidar... —otra pausa, su dedo ya roza mi vello púbico— las complicaciones sociales derivadas de una separación.

—Discúlpame, no lo entiendo —la interrumpo, conteniendo la respiración cuando comienza a rozar, con toda la intención del mundo, mi polla, que se muestra encantada.

—En nuestro círculo social no se acepta del todo que sea una mujer quien decida cortar por lo sano. Y Andreu se ha encargado de hacer correr los rumores suficientes como para que yo no me atreva a dar el paso. Se da por hecho que es gracias a él por lo que me van bien las cosas.

—No sé qué decir... —musito, cada vez menos interesado en sus cuitas matrimoniales, pues su mano continúa enredando entre mis piernas con extremada malicia.

—Nuestras familias mantienen un vínculo, no sólo social sino también empresarial, y romperlo acarrearía graves perjuicios económicos.

—No todo se reduce al dinero, Victoria.

—Andreu es un vago, un inútil y un imbécil, pero podría hacerme mucho daño con un buen abogado dispuesto a sangrarme, me sale más barato pagarle todos los meses.

—¿Y puedes vivir con semejante carga? —pregunto, porque yo no lo tengo tan claro.

—He aprendido a hacerlo, no he tenido otra opción. Me he acostumbrado a mirar hacia otro lado; mi marido es sólo una cifra en los libros de contabilidad —asevera y su boca se acerca a mi cuello.

Respiro hondo. Cada vez me es más complicado seguir la conversación.

—Entonces, si según tú es un inepto, ¿no sería más apropiado darle lo que pide y disfrutar viendo cómo se hunde, sabiendo que ya no podrá exigirte nada?

—No conocía esa faceta tuya tan retorcida —dice, negando con la cabeza—. Prefiero tenerlo atado corto. Si quiere recibir cada mes puntualmente su cheque, ha de comportarse.

—Le eres infiel hace mucho, supongo.

—Desde que tuve la primera oportunidad —corroborara.

—Haces bien —afirmo con convicción.

Me tumbo de espalda para quedar a su entera disposición. Ella se acerca a mi boca y me muerde el labio inferior con un poco de saña. Gimo entregado por completo, pues su mano, hábil como pocas, juega con mi polla logrando no sólo que se me ponga aún más dura (algo no tan sencillo si tenemos en cuenta que hemos follado nada más llegar a la habitación, pero aun con la extraña charla no se ha rendido). Lo más relevante es que me mantiene inquieto, deseoso de saber cuál será el siguiente paso.

—El concepto de infidelidad está muy sobrevalorado —musita sin apenas separar sus labios de los míos—. ¿No te parece?

—No sabría decirte —comento y me aclaro la garganta.

—Hazme caso, sé de qué hablo.

—Victoria... —gruño cuando cierra el puño alrededor de mi polla y aprieta hasta que contengo la respiración. Ella, lejos de aflojar, me besa, manteniendo la presión.

Muevo una mano y enredo los dedos en su pelo y luego tiro hasta que alza la cabeza y me mira.

Su excitación es evidente por cómo respira. No quiere sexo suave, quiere follar de forma agresiva y que yo responda de igual manera, de ahí que en cuanto le inmovilizo la cabeza con ambas manos jadee con mayor intensidad.

—Olvídate de ser un caballero —me pide sin soltar mi erección—. Quiero un hombre que me haga gritar, gemir, desear más. Que logre hacerme suplicar y ponerme de rodillas.

—Joder...

—Y que no dude en utilizar cualquier medio para ello...

—Victoria...

—Pero no porque le pague por ello, sino porque me desee.

Parpadeo. No estoy muy seguro de haber oído esto último.

—¿Qué has querido decir?

—Luego te lo explico...

Me resulta imposible analizar sus palabras, pues Victoria se encarama a

mi cuerpo y, con gracia, posa sus dientes sobre mis tetillas, mordisqueándolas. Algo de lo que nunca he disfrutado, ya que no lo consideraba un punto erógeno, al menos para mí. No obstante, voy a cambiar ahora mismo de parecer, pues estoy experimentando la más contradictoria de las sensaciones. Siento el dolor, la incomodidad, tenso la mandíbula, es extraño, porque en vez de apartarla quiero que continúe.

—Háblame de tu esposa... —me pide mientras me permite recuperar unos segundos el aliento.

—¿Ahora? —pregunto con un hilo de voz.

—Yo te he contado las miserias de mi matrimonio —me recuerda y alza el rostro para mirarme a los ojos. No sé qué pensar de su expresión.

Siseo cuando me propina una buena sacudida en la polla, lo cual interpreto como una advertencia.

—Soy un hombre, no puedo hacer dos cosas a la vez —jadeo, porque Victoria se ha deslizado hacia abajo hasta dejar que mi erección encaje entre sus tetas.

—Ignacio... ¡habla! —ordena, mordisqueándome alrededor del ombligo.

—De acuerdo —accedo no sin cierta dificultad.

Respiro. Dejo las manos a los costados. No la toco. Trago saliva. Hace demasiado tiempo que no me hacen una mamada y Victoria está a punto de metérsela en la boca, no sin antes desquiciarme con sonoros lametazos que me limitan, y mucho, la capacidad de pensar y de hablar.

—¡Joder! —gruño, cuando lo hace con más fuerza de la que esperaba.

—Eso no es lo que quiero oír —me reprende sugerente y con cierto aire burlón. Y por si no fuera suficiente sentir su lengua alrededor de toda la punta, con una mano me aprieta las pelotas.

«Puedo hacerlo —me digo—. Sólo tengo que respirar y procurar no gemir como un poseso.»

—Conocí a Marta en la universidad —comienzo y procuro que mi tono sea normal—. Ella trabajaba en administración y yo acababa de conseguir una plaza como profesor. Podríamos decir que fue lo típico. —Hago una pausa porque he de tragar saliva, la boca de Victoria me está chupando de una manera magistral—. Empezamos a salir... La cosa funcionó, la relación

parecía afianzarse...

—¿Y? —me apremia, apartándose sólo lo imprescindible.

—Dos años después nos casamos... Ella estaba embarazada...

Ha sonado a excusa, lo sé, pero ocurrió de ese modo.

—Continúa —ordena inflexible.

Arqueo la pelvis y se la meto hasta el fondo, ella no se retira. Con las manos hace algo muy perverso en mis pelotas. Jadeo y me concentro para seguir hablando, o al menos intentarlo. Trago saliva, inspiro y continúo:

—Todo ha sido más o menos rutinario, tópico. Nada de sorpresas. Tengo dos hijos. El mayor está a punto de cumplir dieciocho, la pequeña quince...

Me es imposible proseguir, no sólo por el hecho un tanto retorcido de estar hablando de mi familia mientras le soy infiel a mi mujer, sino por la habilidad manifiesta de Victoria para despojarme de cualquier inhibición y por la mamada que me está haciendo.

—Cuéntame el resto... —gime, antes de volver a metérsela en la boca.

—No... no puedo...

—Sí puedes.

—Victoria, joder, luego te lo cuento todo —protesto, apretando los puños —, pero ahora no puedo... Soy un tipo corriente, no soy capaz de explicártelo y correrme al mismo tiempo.

—Tú no eres un tipo corriente —me corrige mimosa.

Y bueno, un halago siempre funciona, hasta en las situaciones más extremas.

—Está bien —acepto de mala gana, aspirando igual que un pez fuera del agua—. En mi matrimonio no hay sobresaltos, todo funciona con normalidad, rutina y poco más...

—¿Nunca le has sido infiel?

—No —murmuro inspirando hondo.

—¿Nunca? —me provoca y me doy cuenta de un detalle.

—Sólo una... bueno, dos veces, contigo para ser exactos.

—Hummm —ronronea.

—Puedo sonar presuntuoso, pero no me han faltado oportunidades; rodeado como estoy en mi trabajo de veinteañeras jóvenes y algunas

dispuestas. Sin embargo, nunca he llegado a materializar ninguna fantasía. — Hago una pausa, inspiro de nuevo. Victoria sabe que estoy a punto y se recrea en ello. Me da la impresión de que hasta que no quede satisfecha con mi relato no me permitirá correrme—. Nunca le he puesto los cuernos a Marta. Contigo es diferente...

Mi tono se parece a una confesión. No sé qué habrá pensado ella.

—¿Y por qué no te has tirado a ninguna de tus alumnas?

—Vaya pregunta... —gimo, tensando todo el cuerpo para resistir.

—¿Por qué no? —insiste.

—Dejando a un lado las consideraciones éticas —acuerdo a decir entre gemidos—, siempre me he conformado con lo que tenía en casa. Otros compañeros de docencia sé que no son tan escrupulosos, te lo puedo asegurar.

—¿Quieres correrme en mi boca?

—Maldita sea, Victoria, ¿tú qué crees? —replico, perplejo ante su radical cambio de conversación.

—¿Y a qué esperas?

Ella mantiene la presión, chupa no sé si exagerando el ruido, pero es del todo efectivo. Su mano no deja de apretar y soltar mis testículos. Jadeo, me retuerzo, inspiro, aguanto como puedo, aunque mi cuerpo no atiende a razones, está descontrolado.

—Victoria... —exclamo y me arqueo.

Tenso cada músculo. La sensación de que llego al final es acuciante. Creo que hasta se me ha saltado una lágrima debido a la intensidad que experimento al correrme. Debería sentirme avergonzado por mi reacción, tan poco adulta, más propia de un adolescente cachondo, en cambio no ocurre.

Abro los ojos, Victoria no se aparta, sigue acariciándome entre las piernas. Observa mis reacciones y sólo cuando se asegura de haberme dejado satisfecho y extenuado me doy cuenta de lo bruto que he sido, pues debido a la tensión he levantado las caderas de tal forma que casi la ahogo.

—Lo siento —balbuceo, acariciándole el pelo.

—¿Por qué? —replica, gateando por mi cuerpo hasta quedar frente a mí.

—Por ser tan... brusco.

—Prefiero que seas tú mismo.

—Hace siglos que nadie me la chupa —confieso sin rastro de pudor.

—Un error imperdonable —aduce con aire divertido y me besa.

Es ella quien vuelve a marcar el ritmo, yo la abrazo, apretándola contra mi cuerpo.

Si tuviera unos años menos, ya me hubiera empalmado de nuevo y me la follaría sin contemplaciones. Pero necesito unos minutos para recuperarme; no obstante, y tal como estamos ahora, tardaré más bien poco.

Capítulo 5

Sé que en algún momento hemos caído dormidos, agotados y hasta saciados (esto último no me queda claro), pues cuando sugerí una ducha rápida antes de acostarnos, por aquello de refrescarnos, ella se apuntó sin dudar y acabamos jugando en el cuarto de baño.

Fueron toques, roces, miradas. No tenían por objeto una relación sexual completa. A diferencia de cuando uno es joven, que cualquier insinuación se interpreta como preliminares y siempre se tiende a terminar follando. Pues no, no ocurrió de ese modo. Victoria y yo disfrutamos del simple placer de estar juntos. De murmullos, de miradas, de manos explorando. Y fue increíble poder pasar así el tiempo con ella y verla sin maquillaje, sin artificios, mostrando su rostro tal cual es, con cada uno de sus cuarenta y cinco estupendos años.

Todo esto pasa por mi cabeza cuando aún permanezco en la cama, solo, pues Victoria se ha levantado antes de que yo me despertara. Sé que está en el cuarto de baño y entiendo que necesite privacidad. Cierto que me hubiera gustado, nada más volver a ser consciente de mi persona, abrazarla y hasta hacerle mimitos, sin embargo, comprendo que a lo mejor es bueno tener momentos a solas.

No hemos hablado de qué ocurrirá hoy. Yo tengo el día libre, antes de la presentación de mañana, y desconozco qué planes tiene ella. Anoche no nos hicimos más confesiones, tras hablar de nuestros respectivos matrimonios. Creo que todo ello, además de extraño fue muy revelador, al menos para mí, pues no me sentí culpable por mencionarle a mi mujer y tampoco a Victoria

pareció molestarle el hecho de saber de la existencia de Marta.

Ni a mí tampoco saber de su marido. Entiendo que Victoria tenga una vida, lo único que me ha dejado un tanto perplejo es su situación. Rocambolés cuanto menos. Definir a un marido como enfermedad crónica debe de ser duro, por mucho que ella aparente tenerlo asumido.

Mientras espero a que salga del baño, me preparo para la despedida. No han sido ni veinticuatro horas, y pese a que no deseo otra cosa, no puedo pedirle más. Me quedo en la cama, descansando, a pesar de todo relajado. Repaso lo ocurrido, las palabras... los gestos... y entonces me vienen a la cabeza unas palabras tuyas: «Pero no porque pague por ello, sino porque me desee». No creo que se refiera a su marido, si no ya la situación dejaría de ser surrealista para pasar a ser un esperpento. ¿Qué demonios significa eso?

Se abre la puerta del baño y aparece envuelta en un albornoz del hotel. Yo me incorporo para verla bien. Lleva el pelo húmedo, camina descalza hasta su maleta y la abre para sacar ropa.

—¿Te marchas? —inquiero e intento disimular mi decepción.

Victoria se vuelve con parte de su lencería en la mano y me mira.

—Estoy invitada a participar en un congreso sobre la seguridad en las joyerías —responde de pie, en una actitud un tanto evasiva.

—Lo comprendo —miento, porque me hubiera gustado pasar el día con ella.

—Aunque... no tengo por qué asistir.

¿Está coqueteando conmigo?

Antes de que pueda decir algo coherente, tengo unas bragas azules en mi regazo y ella está con su móvil en la mano. Perplejo y entusiasmado, escucho cómo da instrucciones, a quienquiera que sea, para que disculpe su ausencia. También indica que nos sirvan el desayuno y que esté preparada la limusina, por si es necesaria.

—Ven aquí —le pido en cuando acaba su conversación telefónica y añado no muy amable—: Por favor.

Victoria, como suponía, niega con la cabeza y se aleja. Se sienta y cruza las piernas a la espera de que yo tome la iniciativa. Aún tengo sus bragas en la mano y no sé qué hacer con ellas. Podría abandonar la cama y

ocuparme de vestirla.

—Desayunemos primero —dice y noto un matiz juguetón en la voz.

—No —insisto, pues quiero averiguar más detalles sobre su vida, pese a que me disgusten o me dejen más confuso. Da igual, no quiero ser un ignorante feliz, pues soy muy consciente de que, cuando nos despedamos, no tendré oportunidad de verla.

Si la primera vez que estuvimos juntos fue imprevisible, dado que ninguno de los dos podíamos imaginar lo intenso que resultaría, en esta segunda ocasión no quiero desperdiciar la oportunidad de conocerla. Así, cuando vaya pasando el tiempo, no sólo recordaré lo que he sentido, sino que también tendré algo más en lo que apoyarme para no creer que fue un sueño.

Justo cuando hago amago de levantarme, pues Victoria jamás cedería así como así, llaman a la puerta. Tuerzo el gesto, qué jodida casualidad. De nuevo ella se encarga de supervisar todo. Nunca se relaja, sólo conmigo. Es exigente, me excita ese detalle, aunque ahora no me queda más remedio que, tras marcharse el camarero, salir de la cama y no para jugar.

Victoria sigue mis pasos hasta el cuarto de baño, no dice nada. Se queda examinando el carrito del desayuno. Me detengo junto a la puerta y sin mirarla digo:

—Tenemos una conversación pendiente.

—¿Sólo una? —replica altiva.

Me encierro en el aseo. No sé si estoy cabreado o no. Lo cierto es que me vienen bien estos minutos a solas. Necesito pensar en todo esto, pero por más que me esfuerzo no encuentro ningún motivo para sentirme culpable y mucho menos para largarme.

Quiero seguir adelante, vivir, aunque sea con la incertidumbre de no saber cuánto tiempo se quedará ella, porque ese punto lo tengo muy claro: Victoria es la que decide. Siempre es quien ostenta el poder; admitirlo puede que me ayude; no mucho, la verdad.

Cuando abandono el cuarto de baño, me la encuentro sentada, con tan sólo una taza de café en la mano, a pesar de haber pedido comida como para una boda, y leyendo el periódico. Una actitud un tanto estudiada, pero muy elegante. Victoria nunca podría ser vulgar ni aunque ensayara para ello.

Tomo asiento frente a ella y no soy tan exquisito, por lo que, aparte de servirme un buen café, me preparo un par de tostadas. Victoria continúa leyendo, eso sí, pendiente de mis movimientos. No se le escapa nada.

—¿Qué planes tienes para hoy? —me pregunta en tono casi indiferente.

—Pasar el día contigo —respondo, pues yo no sé fingir tanta normalidad.

Acabo de ducharme, anoche tuve sexo y bajo la toalla la cosa empieza a animarse otra vez. Una buena noticia, sin duda, aunque no la veo yo de humor como para follar por la mañana, aun así, nunca se sabe, pues no se ha cerrado por completo el albornoz, una de sus poses sugerentes y muy muy eficaces a la hora de tenerme como el burro ante la zanahoria.

—¿Salimos a pasear —dice con segundas—, o prefieres quedarte aquí todo el día?

Apura su café, dobla el diario y se pone en pie. Rodea la mesa y se queda frente a mí. Alzo las manos y las coloco en sus caderas para tirar de ella y de esa forma colocarla entre mis piernas. El nudo que mantiene el albornoz no tan cerrado es una poderosa tentación, pero me resisto, no quiero ir a lo evidente. Le acaricio el culo por encima del tejido y ella cierra los ojos, dejándome todo el control. Sólo se apoya en mis hombros.

Me inclino hacia delante y apoyo la cara en su estómago. Inhalo hondo y, pese a que el olor que primero me llega es el del suavizante de la lavandería, no me aparto. Separo un poco los bordes para llegar a su piel. Entonces me doy cuenta de que con las prisas, la excitación, mi mala cabeza, los recuerdos y las conversaciones hasta altas horas de la madrugada, no la he saboreado como quisiera. Alzo la mirada y veo que continúa con los ojos cerrados. Parece mucho más relajada. Lleva despeinado el pelo corto, todavía húmedo. Una imagen natural, fresca. Me excita tanto como la de mujer sofisticada y segura de sí misma.

Con lentitud, le abro el albornoz. Victoria inspira y echa ligeramente la cabeza hacia atrás. La acerco más a mi cuerpo y, con cierta reverencia, acaricio la separación de sus pechos con el dorso de la mano. Sin prisas. Repito el movimiento y voy describiendo círculos alrededor sin llegar a tocarle los pezones. Ella recoloca los hombros, yo continuo estimulándola. Ahora me entretengo con la porción de piel, muchas veces olvidada, que

queda bajo sus pechos, alzándoselos un poco y comprobando, para mi alegría, que no se ha operado esa parte de su anatomía.

—Me encanta cómo reaccionan tus tetas a la ley de la gravedad —musito y ella se echa a reír.

—Es quizá, con diferencia, el piropo más extraño y retorcido que me han dicho nunca —replica controlando un poco su risa.

—Pues es cierto. No tienes nada que envidiar a las veinteañeras, ya quisieran muchas.

—No hace falta que me halagues —contesta, mientras me acaricia la mejilla.

—No sé a qué tipo de hombres estás acostumbrada, pero yo no soy de los que dicen las cosas a la ligera, Victoria. Esto —aparto la toalla para que vea mi erección— no son invenciones, es cien por cien natural. Como tus tetas.

—Soy demasiado cínica y pragmática, Ignacio; no puedes culparme por ello.

—No lo hago —afirmo y me ocupo de que el albornoz caiga a sus pies.

—Por lo general, los hombres con los que me acuesto dicen y hacen aquello para lo que yo los he contratado —asevera.

Frunzo el cejo.

—Eso quiere decir...

—Eso quiere decir que pago por sexo, por buen sexo y por la compañía adecuada —admite sin ambages, sin medias tintas y sin parpadear.

—¡Joder! —exclamo sin poder contenerme ante la sorpresa. Ya no son conjeturas, lo ha admitido.

—¿Sorprendido? ¿Escandalizado?

—Lo que no entiendo es por qué.

—Entre otros motivos, por seguridad.

Su respuesta sigue confundiéndome.

—Explícamelo —exijo y comienzo a chuparle un pezón. Sé cuánto disfruta cuando soy agresivo, así que no me ando con zarandajas y utilizo los dientes.

—Hace mucho descubrí... —gime y yo prosigo mi ataque—, que una mujer como yo no podía permitirse el lujo de irse a la cama con cualquiera.

Me aparto un instante para mirarla a los ojos.

—Aunque podrías hacerlo si quisieras —apunto, porque a buen seguro son muchos los que estarían dispuestos a todo por conquistarla, entre los cuales me incluyo.

—Los hombres tienen tendencia a hablar más de la cuenta.

Por supuesto me abstengo de mencionar que no es mi caso. Ella lo sabe, no es necesario.

Mientras le succiono un pezón, el otro lo aprieto con los dedos. Me encanta hacer que disfrute, que gima y escucharla.

—En cuanto mi matrimonio se fue a pique, decidí que no iba a amargarme más de lo necesario, así que aproveché la primera oportunidad y me acosté con un amigo de toda la vida. Un error que jamás volveré a cometer, pues, aparte de vanagloriarse, le dio argumentos al imbécil de Andreu para sacarme más dinero —prosigue, al tiempo que yo meto una mano entre sus piernas y recorro con la yema del dedo su sexo. Por supuesto sigo con la boca bien pegada a su pezón.

—Mira que los hay idiotas —murmuro.

—Así que pensé, ¿para qué quiero el dinero? Puedo comprar los mejores diseños, los mejores vehículos, comer en los mejores restaurantes, tener la casa más grande... ¿Por qué no follar con los mejores hombres?

—Dicho así suena un poco prosaico.

—Pero es bien cierto. Soy exigente en todas las facetas de la vida, ¿por qué con los hombres habría de hacer una excepción?

—No sé si tomármelo como un cumplido —mascullo torciendo el gesto, sin dejar de saborearla.

—Pues deberías... —musita, revolviéndome el pelo como si fuera un niño pequeño.

Está excitada, de eso no me cabe duda y quiero que lo esté aún más y por ese motivo continuo despacio, no la penetro, tan sólo recorro sus pliegues con la yema del dedo, que su calor y su deseo aumente de forma paulatina.

—Victoria, sigo sin entenderlo. Estoy seguro de que chasqueas los dedos y tienes a tus pies a media docena de hombres dispuestos a todo por ti —afirmo, pese a que me gustaría ser yo el único que estuviera a sus pies.

—Ahí radica el problema, me respetan, pero no me tratan como una mujer de carne y hueso. Y no puedo aventurarme a que algún patán intente aprovecharse de mí —prosigue y percibo cierta amargura en su voz, es algo por lo que ha sufrido durante bastante tiempo—. No voy a arriesgarme, así que pago los servicios que necesito. No son baratos, como te habrás figurado.

—Si te soy sincero, nunca he pagado por follar —digo en voz baja.

Victoria gime cuando presiono, un poco nada más, sobre su clítoris.

—No sólo los contrato para follar, querido Ignacio; es mucho más complicado.

—Perdóname por no entender nada —me disculpo y ella me sonrío con ternura.

—Sólo elijo a los mejores, a los más preparados. Nada de aficionados. Tienen que estar a la altura, pues deben acompañarme a eventos donde la educación y el saber estar son primordiales.

—A ver si lo he entendido bien... —susurro, controlando la respiración cuando ella se sienta a horcajadas sobre mí y me atrapa la polla entre sus muslos—. Pagas, y por lo visto con generosidad, a tipos para que te acompañen y después se acuesten contigo.

—Y de esa manera me aseguro de no tener contratiempos. Esos hombres saben cuál es su sitio. Todo está milimetrado, hacen lo que se les pide. Sin replicar, sin cuestionar nada.

—De acuerdo, pero ¿no es lo mismo que un empleado fiel?

Niega con la cabeza y después se inclina para besarme. Su lengua se adueña de mi boca. En esta postura resultaría muy sencillo tirar de ella y metérsela, sin embargo, quiero alargar cuanto sea posible momentos como éste.

—No, tonto, no tiene nada que ver —me corrige, mientras me da un respiro antes de besarme de nuevo.

En esta ocasión no me muestro tan pasivo y respondo. Le meto dos dedos, de golpe. Ella se tensa y me muerde el labio inferior. Es tan agresiva que me vuelve loco y entonces un pensamiento un tanto inquietante se me pasa por la cabeza.

—Me siento en inferioridad de condiciones —susurro—. Estás

acostumbrada a lo mejor, puede que yo...

—Chist —me interrumpe mimosa—. Es cierto que me he acostado con hombres espectaculares, que dominaban técnicas sexuales increíbles, pero todo estaba pagado y pactado por adelantado. No quedaba espacio para los momentos como éste, entre tú y yo. No existía improvisación.

Ahora soy yo quien la avasalla. La agarro de las caderas y, sujetándola de la nuca, la inmovilizo para jugar con su boca y darle uno de esos besos que saben a poco y que repites una y otra vez, como si nunca fueras a saciarte.

Ella mete una mano entre ambos y se las ingenia para agarrar mi erección de tal forma que, antes de que yo pueda hacer otro movimiento, noto cómo me va acogiendo en su interior. Gemimos ambos con fuerza y nos miramos a los ojos.

—Lo que ocurre entre nosotros es tan imperfecto e imprevisible que ni el más caro y entrenado de los acompañantes puede superarlo —asevera y no me queda más remedio que abrazarla y jadear cuando ella comienza a montarme.

Me gustaría exigirle una respuesta más detallada. Saber cuánto tiempo va a permanecer esta vez junto a mí. Pero también sé que, de atreverme a preguntarlo, correré el riesgo de que se ponga a la defensiva. Puede que mi actitud sea de cobarde redomado, sin embargo, prefiero aprovechar cada minuto con ella. De ahí que olvide, mientras follamos sin habernos acabado el desayuno, que todo es efímero.

Capítulo 6

Victoria está ocupándose de sus negocios. Es lógico y lo entiendo. Que haga un alto en el camino para follar conmigo no significa que los descuide. Se ha instalado en la mesita con el iPad y su móvil y lleva un buen rato concentrada. No se ha arreglado aún, continúa desnuda, salvo por una de mis camisas que se ha puesto. Un detalle quizá anticuado, pero que me excita. Bueno, para ser sincero, todo en ella me produce la misma reacción.

Yo sigo en la cama, sin nada de ropa encima, en plan decadente. Puedo observarla a placer y sin molestarla. Sobre las rodillas sostengo mi «cuaderno infame» tal como lo definió un compañero de trabajo. Es la típica libreta desgastada, donde anoto cualquier cosa que se me pasa por la cabeza. Yo más bien lo llamaría «el trastero de las ideas», pues escribo en ella cualquier dato que me llama la atención. Todo me puede valer a la hora de escribir, desde una canción que oigo por casualidad en la radio y que me gusta o una anécdota que leo en el periódico. Aunque en estos momentos ése no es el caso, porque sólo he sido capaz de escribir la palabra «Victoria». No hace falta ser psicólogo para averiguar el motivo.

La cuestión es si todo esto que experimento puedo transmitirlo de algún modo. Siento cierto pudor en hablar de ello, lo reconozco, sin embargo, me parece tan intenso que de alguna forma tengo que sacarlo. Quizá escriba sobre ello, puede que sólo a modo de terapia, como un diario personal.

No lo hice la vez anterior por miedo a que me descubrieran y porque pensé que la mejor forma de guardar un secreto es no dejar pruebas. No obstante, ahora he cambiado de opinión. No sé si lograré encontrar las

palabras exactas, en el caso de que las haya, por supuesto. Me lo tomaré como un ejercicio de reflexión personal. Algo que por supuesto haré a solas, con ella delante me es imposible.

Tras nuestro apasionado interludio sexual junto a la mesa del desayuno, al fin hemos probado bocado y no me ha importado que Victoria se dedique a sus asuntos, algo lógico si queremos pasar el resto del día juntos. Ni se me ocurriría interferir en su trabajo.

Cuanto más la miro más me pregunto qué ve en mí. Sin rastro de arrepentimiento ni de vergüenza (es libre, no tendría por qué justificarse) me ha confesado que ha contratado los servicios de hombres para mantener relaciones sexuales, lo cual, aparte de dejarme perplejo, hace que mi orgullo masculino se pavonee como el de un adolescente al que le dejan meter por primera vez. Porque, seamos sinceros, su poder adquisitivo es muy elevado y por tanto tiene a su alcance lo más exclusivo.

La otra vez que estuvimos juntos fue todo tan acelerado, loco y sobre todo excitante que no me paré a pensar qué estaba sucediendo en realidad. Nunca había follado tanto y tan seguido, pero aparte de ese dato, una vez pasada la euforia sexual, la cuestión era por qué, y ahora que tengo más elementos para juzgar con más razón, dejó que yo me acercara y la tocara, algo que nunca se me hubiera pasado por la imaginación.

Me da cierto reparo preguntárselo, quizá sea mejor vivir en la ignorancia; no obstante, no soy de los que ignoran la realidad.

¿Era el único tipo disponible aquella noche y ella no quería pasarla a solas?

¿Atravesaba un momento de debilidad?

Yo disfruté como nunca, me porté de una forma atrevida, arriesgada, un comportamiento muy alejado del habitual en mí y fue increíble. Me dejó marcado y luego, tras regresar a mi rutina, ésta se me hacía más cuesta arriba, sin embargo, terminé por amoldarme. Pero volver a verla, a tocarla... Algo me dice que, cuando vuelva a casa, ya no podré fingir que no ha pasado nada.

Otra duda que me surge es si Victoria ha tenido algún contratiempo con alguno de esos tipos, porque, desde mi más absoluto desconocimiento del sexo de pago, no entiendo cómo se pueden realizar semejantes transacciones

sin riesgos. No hablamos de mercancía que, por muy valiosas que sea, siempre puede reemplazarse, hablamos de personas, con sentimientos. De acuerdo, éstos pueden ocultarse o disfrazarse, aunque siempre hay momentos en los que afloran y no todo el mundo tiene la capacidad de afrontarlos.

Ella es fuerte y sin duda con las ideas muy claras, pero alguna vez habrá tenido momentos de debilidad. Situaciones en las que el estado ánimo no ayuda y por muy acostumbra que esté y por muy buenos que sean esos hombres, me resulta un tanto extraño querer ser abrazado por un desconocido al que se le paga.

—Estás muy callado —murmura, sacándome de mis disquisiciones.

Victoria se reclina en la silla, deja su estilográfica sobre la mesa y me mira. Tiene las piernas cruzadas en una pose elegante y muy sugerente. Sólo se ha abrochado un botón de mi camisa y se le vislumbra una buena porción del pecho izquierdo.

—Estaba pensando —respondo un tanto evasivo.

—¿En tu nuevo libro? —pregunta, señalando la libreta.

Niego con la cabeza.

—En ti —admito, pues soy incapaz de contenerme.

—Por tu expresión deduzco que le estás dando vueltas a algo —comenta y yo asiento; no se le escapa nada.

—Es difícil no hacerlo.

—Sea lo que sea, dímelo.

Inspiro, no creo que haya una forma elegante de mencionarlo.

—Vas a pesar que soy un cotilla enfermizo —me disculpo de antemano. Dejo el «trastero de las ideas» a un lado y me paso las manos por la cara antes de continuar—. El tipo que te acompañaba ayer no es tu secretario.

—No —me confirma sin titubear.

—Mi intención no es avergonzarte —musito, mirándola a los ojos.

—Por el mensaje que me ha enviado, está claro que va a disfrutar de una estancia de lujo, con todos los gastos pagados y sin tener que trabajar. Y no, no me avergüenzas.

—Y... alguna vez... cuando has estado con uno de esos hombres, ¿te han surgido complicaciones? —continúo indagando.

Victoria ni parpadea. Quizá está buscando una respuesta que me contente. Cruza los brazos, lo que hace que sus tetas se junten y me distraigan por un momento.

—¿A qué te refieres? —inquire prudente.

—No lo sé —respondo, molesto conmigo mismo por entrar en ese terreno—. Has hablado de forma tan prosaica que...

—¿Sabes cuál es el primer consejo que le dan a una prostituta? —Niego con la cabeza—. No implicarse emocionalmente con un cliente.

—Ahora lo entiendo, y es lógico, alguno te ha propuesto algo más que sexo.

—¡No! —exclama y tuerce el gesto—. El consejo debe aplicarse en ambas direcciones.

—Joder... Perdona por la expresión.

—Perdonado —dice con cariño y su sonrisa me confirma que es sincera.

—Para mí sigue siendo algo muy confuso.

—Que conste que no me arrepiento, pero sí, hubo un hombre con el que me obsesioné y por el que he hecho estupideces, como exponerme más de la cuenta.

Me gustaría tenerla al lado y tocarla mientras habla, en cambio entiendo que prefiera mantener la distancia física, pese a que ambos nos estamos sincerando. Al menos yo no recuerdo haber hablado de mí de forma tan íntima con otra persona.

—Me arriesgué y perdí —prosigue, admitiendo una derrota, lo cual es raro, pues Victoria no tiene pinta de ser una mujer a la que se venza con facilidad—. Se lo ofrecí todo, no sólo el lujo de mi cuenta corriente, y hasta estuve a punto de pedir el divorcio por él.

Que un hombre la rechace es difícil de entender, pero yo no soy objetivo en este aspecto. Y si, tal como asegura, estuvo dispuesta a todo, me resulta más extraño aún, pues ahora que me ha relatado los pormenores de su matrimonio, tengo más elementos para juzgar.

—¿Qué falló? —pregunto en voz baja.

—Por lo visto hay tipos que se creen íntegros y rechazan ofertas por las que otros matarían —dice con sarcasmo.

—Siempre hay una razón para todo —apunto con lógica.

—Y lo más indignante es el motivo —añade y yo empiezo a elaborar hipótesis.

¿Qué puede influir tanto en una persona como para hacerla rechazar una oferta económica más que generosa?

—Intuyo que hay otra mujer... —Por la cara que pone, salta a la vista que he dado en el clavo. Aunque no es muy difícil de suponer, pues ¿qué otra razón puede haber?

—En efecto, una insignificante, pobretona e insulsa mujer —dice con desprecio y no me gustaría estar en la piel de esa dama, a la que, a buen seguro, Victoria se las habrá hecho pasar putas.

—¿Y te sorprende?

—Sí, me sorprende que un hombre tire por la borda un futuro increíble sólo por una mujer —asevera y deja entrever que aún le duele.

—Entiendo que no te quedaste cruzada de brazos.

—Lo intenté todo, desde comprarlo hasta arruinarlo. Utilicé todo el poder económico del que dispongo y recurrí a mis contactos.

—Puede que me tildes de cursi, anticuado y que me fulmines con la mirada, pero dejando a un lado el hecho de que me alegre que no estés con él por razones obvias —me señalo—, quizá no a todo el mundo se lo pueda comprar.

—¡Sandeces! —replica con su tono más altivo.

—Yo no sé cuál es mi precio —la provoco.

Victoria esboza una sonrisa digna de una mujer de negocios acostumbrada a batirse con todo tipo de adversarios.

—¿Seguro?

—De momento sí, y espero seguir ignorándolo —digo con absoluta sinceridad.

—Yo no soy tan ingenua —murmura sin perder la sonrisa.

Me gusta hablar con ella así, sin fingir lo que no somos. Puede que Victoria tenga una curiosa forma de plantear una situación que para la mayoría es atípica, sin embargo, asume sus decisiones y no busca aprobación, actúa según lo que cree y eso he de reconocérselo, pues no muchas personas

lo hacen.

—¿Y continúas obsesionada con él?

—No, ya sólo es una cuestión de orgullo, nada más —admite sin tapujos, lo cual, aparte de aliviarme en cierto modo, hace que sienta aún mayor admiración. No se rinde—. Todavía no he dicho mi última palabra.

—Voy a volver a ejercer de abogado del diablo.

—Me gusta que lo hagas —coquetea conmigo y es mi turno de sonreír. Es inteligente hasta para contar una derrota.

—Si al final hubieras ganado la partida, ¿qué obtendrías?

—Nada —dice encogiéndose de hombros—. O peor aún, su desprecio.

—Entonces, ¿por qué seguir gastando tiempo y esfuerzo en una lucha inútil?

Se queda callada. Supongo que analizando mis palabras.

—Ignacio, ¿nunca has cometido una estupidez sabiendo de antemano que lo era?

—Puede, pero hace tiempo que no.

Entonces me doy cuenta de que a lo mejor debería romper más a menudo con la monotonía en la que vivo.

—Pues yo no soy una mujer propensa a cometerlas con frecuencia, sin embargo, ocurrió. Me obsesioné. Quizá su rechazo fue un aliciente. Si hubiese cedido ante mi propuesta, al cabo de poco tiempo yo me habría aburrido y él hubiese acabado con mucho dinero y libertad.

Analizo su respuesta antes de decir:

—Hay algo que se te escapa, querida Victoria.

—¿Sí?

—Puede que mi opinión no te guste.

—Seguramente no.

—Te recuerdo que ese hombre, por muy tentadora que resultara la oferta, aparte de principios, tenía algo por lo que negarse. Otra mujer.

—Me tomé la libertad de conocerla y no valía la pena —aduce seria—. Desde luego, te estoy dando un buen argumento para tu próximo libro —añade irónica.

—No sé si podría escribir una historia en la que tú fueras la protagonista

—digo sin parpadear—. Me inspiras demasiado como para compartirlo con mis lectores. Soy egoísta, lo confieso.

—O un sentimental.

—Lo más probable —admito y, para dar por concluido el asunto, le hago una última pregunta—: Y dime ¿qué ocurrió para que, en apariencia, cedieras?

—Por lo visto, la simplona tenía más agallas de lo que a primera vista parecía —dice con desprecio—. Baste decir que rompí la norma de acostarme sólo con profesionales y lo pagué bien caro.

—Yo no me acuesto contigo por dinero —señalo sin venir muy a cuento, pues eso quedó bien claro hace ocho años.

—Supongo que me pilló en mal momento, con la guardia baja y no sé cómo se las ingenió para que llegara a sus manos una grabación en la que yo aparecía con dos tipos.

Doy un respingo, me ha sido imposible controlar mi reacción.

—¿Dos?

—Por favor, Ignacio, no finjas que te sorprende —se burla.

—En mi vida he participado en un trío —confieso.

—Porque no habrás querido —arguye maliciosa.

—O porque... ¡Joder, yo que sé qué he hecho con mi tiempo! —exclamo como si me regañara a mí mismo—. Trabajar, supongo. Maldita sea.

Victoria se echa a reír ante mis palabras y me contagia.

—No es para tanto —me susurra y desearía que se acercara.

De nuevo un silencio. Una mirada. No he podido evitar empalmarme ante la imagen que se ha formado en mi cabeza de ella con dos hombres. Puede que también me sienta un poco en desventaja. No lo sé, con Victoria la confusión es constante, me obliga a estar en guardia, atento a cada palabra, a cada gesto.

—No puedo negar que es un buen argumento para una novela —comento y ella hace una mueca—. ¿Y sabes por qué?

—¿Porque la vida es un asco y a los lectores les encantaría cotillear sobre los avatares de una mujer adulta?

—Pudiera ser, pero no —la corrijo y me acerco al borde de la cama. Por

suerte, Victoria también siente la necesidad de tocarme y se sienta a mi lado —. La novela podría funcionar porque, y no me odies por ello, en el fondo eres una sentimental.

—¡Por favor! —se queja.

Acuno su rostro entre las manos y le acaricio las mejillas.

—¿No te das cuenta? Ese hombre prefirió perderlo todo antes que ceder, ¿verdad? Pues bien, tú, según me cuentas, habrías hecho lo mismo. Por lo tanto...

—Maldita sea, al final me vas a ablandar —protesta.

Niego con la cabeza.

—No, eres como eres y te respeto por ello, pero admite que tienes un lado sentimental, poco o nada visible, eso es cierto, y a mí me ha costado descubrirlo e intuyo que la mayoría de la gente ni se molesta en darte el beneficio de la duda.

Jugar a los psicólogos es siempre un peligro, sin embargo, no puedo evitarlo.

—Ignacio... —musita abrazándome.

Estoy tentado de decirle: «¿Lo ves?, tengo razón», pero me limito a acogerla entre mis brazos y sentirla.

—Estoy pensando...

—Más preguntas sobre este asunto no —me interrumpe con la voz amortiguada al estar recostada en mi pecho.

—No, tranquila. —La peino con los dedos y sonrío—. Estaba pensando qué podríamos hacer hoy. Se me ocurren dos opciones.

—¿Cuáles? —pregunta interesada y yo aprovecho para colar una mano por debajo de la camisa y acariciarle la espalda.

—La primera, arreglarnos y salir por ahí. No sé, como dos turistas, ver cosas, ir a un buen restaurante...

—Me parece un buen plan —murmura sin apartarse de mí ni de mis caricias.

—La segunda es un poco más arriesgada —bromeo para provocar expectación antes de añadir sugerente—: Podrías abrir las piernas, tumbarte en la cama y permitir que yo jugara durante el tiempo que considerase

oportuno entre ellas. No sé, un poco de lengua por aquí, un dedo por allá...

—Difícil elección... —comenta apartándose.

Se acerca a la mesa donde ha estado trabajando, recoge sus cosas y después camina contoneándose hasta la puerta para abrirla y poner el cartelito de «no molestar». Regresa hacia mí, pero por el otro lado de la cama, se recuesta, abre las piernas todo lo que físicamente puede y musita:

—¿Así te parece bien?

Capítulo 7

Victoria permanece tumbada, con las piernas abiertas, las rodillas dobladas y una sonrisa un tanto infantil. He cumplido mi palabra y con creces. Le doy un último beso en el interior del muslo y me quedo recostado sobre su vientre, percibiendo cómo su respiración se va sosegando, ella se limita a peinarme con los dedos.

No hablamos, no lo necesitamos.

Complacer a una mujer requiere su tiempo, esfuerzo, dejar a un lado las propias necesidades. Nadie lo discute, y si algún necio lo hace, allá él y las consecuencias. Este axioma sirve para las mujeres en general, pero no para Victoria.

Y la respuesta es tan simple que cuando caes en la cuenta resulta insultante. La mujer que respira a mi lado puede «comprar» todo lo que quiera, lo necesite o no, el precio no importa; sin embargo, hay algo que nadie ha hecho: escucharla y valorarla. No he llegado a esta conclusión tras la conversación que hemos tenido, sino más bien por todo lo contrario. Por lo que ha callado.

Noto cómo relaja las piernas y luego se pone de costado. Todo sin perder esa elegancia innata que muy pocas personas poseen. Alzo un instante la mirada. Ha cerrado los ojos. Por lo visto se ha dormido. Sonrío y me aparto con cuidado para no molestarla. Le echo una manta por encima y la dejo descansar. Aunque no puedo evitar observarla y guardar en mi memoria su imagen, mientras me repito una y otra vez lo afortunado que soy por poder estar con ella, pese a que vaya a ser por un tiempo limitado.

Aprovecho para encender el móvil y mandarle un mensaje a Marta. Mientras tecleo no aparece en mí el sentimiento de culpabilidad. Ella me responde que todo está perfecto. Sabe cuándo regreso y organiza su rutina al margen de mis compromisos. Me doy cuenta de que nuestro comportamiento se parece más al de unos compañeros de piso que al de un matrimonio.

Después me acerco a la ventana y abro una rendija para fumar. Es curioso, pero no he fumado en unas cuantas horas. Enciendo el pitillo y miro por encima del hombro a la responsable de que haya olvidado la nicotina.

Cuando suena el móvil tuerzo el gesto, he olvidado apagarlo. Me acerco con rapidez para que deje de sonar y en la pantalla aparece el número de mi editor. Podría ignorar la llamada, sin embargo, prefiero quitármelo de encima, porque, conociéndolo, sé que insistirá hasta aburrirme o, peor aún, se presentará en el hotel y no quiero que nadie me moleste.

—Dime, Vicente —digo en voz baja, exhalando el humo por la abertura de la ventana.

—¿Cómo estás?

—Ocupado —respondo y que lo interprete como le venga en gana.

—Bien, bien, me alegra saber que ya estás metido de lleno en tu nuevo libro. Me parece cojonudo, así adelantamos la fecha de publicación.

—No corras tanto —protesto, pues si de él dependiera publicaría un libro cada pocos meses.

—Hay que aprovechar el tirón, las ventas van bien y las críticas también.

—Ya hablamos de este asunto, hasta dentro de un año no pienso entregarte nada —le recuerdo, pues lo hemos discutido infinidad de veces. Claro que puedo entregarle un manuscrito antes de medio año, pero dejando a un lado que necesito tiempo para olvidar la historia anterior, no es bueno que todo se convierta en una especie de encargo, quiero seguir escribiendo por placer.

—Tenía que intentarlo —dice—. En fin, te llamaba por otro asunto. Ya sé que hoy tenías el día libre, pero te he conseguido una entrevista en un programa de radio.

—No puedo —respondo seco—. Y ya que hablamos, la presentación de mañana quiero anularla.

—¿¿Cómo?! ¡Eso es del todo imposible! —exclama con evidente alarma en la voz.

Tuerzo el gesto al imaginar su cara.

—Hazlo —repito, imitando un poco el tono autoritario de Victoria, aunque me da la impresión de que aún me queda mucho por aprender.

—Ignacio, joder, no se puede cancelar.

—Claro que se puede, es cuestión de avisar con tiempo.

—He invitado a la prensa y está anunciado desde hace días. Hay muchos lectores que se quedaron fuera en la presentación de ayer y que esperan poder conocerte.

—Alega motivos personales o invéntate una enfermedad o, yo que sé, posponla hasta dentro de dos, tres días —sugiero, porque no quiero ir a ningún evento, sólo quiero quedarme en esta habitación hasta el último minuto posible.

—No me jodas, no me jodas... —masculla Vicente y puedo imaginarme su expresión de horror, pues para él estos imprevistos son como una patada en los huevos—. ¿Qué coño está pasando?

Suspiro, si él supiera. Pero no pienso contarle ni una sola palabra, porque, aparte de ser un morbosos de cuidado, no entendería cómo, después de habérmela tirado, deseo quedarme a su lado. Por no mencionar que hasta podría intentar utilizarla a ella y por ahí no paso.

—Cosas mías —alego a la defensiva y procuro hablar bajo para no perturbar a Victoria, que continúa dormida, aunque si la conversación con Vicente se calienta, acabaré alzando la voz, algo que detesto.

—Está Marta contigo, ¿no es cierto? —pregunta y estoy tentado de decirle que sí para que me deje tranquilo, sin embargo, eso supone un gran riesgo.

—No, joder. Simplemente quiero descansar, no sé, algo me ha sentado mal —me excuso sin mucha convicción—. Haz los cambios necesarios, por favor.

—Esto no va a gustarle a nadie. Sabes tan bien como yo que hoy en día la publicidad es básica para vender un puñetero libro —dice, comportándose como un editor estresado y algo rabioso—. La competencia es feroz.

Eso es bien cierto, pues hay una panda de famosillos que no saben juntar tres letras, pero que venden una edición tras otra sólo porque aparecen en los medios de comunicación día sí y día también, aunque yo soy de los que piensan que los culpables no son ellos, sino quienes compran semejantes libros sin exigir un mínimo de calidad.

—Cumpliré con mis compromisos, maldita sea. Sólo te estoy pidiendo un aplazamiento —mascullo tenso.

—No me gusta ni un pelo todo esto, Ignacio, ni un pelo. Aquí hay gato encerrado —dice con tono suspicaz—. Dame una hora y estoy ahí contigo.

Suspiro resignado.

—De acuerdo, nos vemos en la cafetería —accedo, no por gusto, sino porque si se me ocurre negarme se presentará en la suite, desbaratando mis planes de intimidad.

—Estás raro, Ignacio...

No respondo y cuelgo. Miro a Victoria mientras enciendo otro cigarrillo. No sé si dejarle una nota o despertarla para decirle que me veo obligado a salir un rato.

Me quedo disfrutando del pitillo observándola, es elegante hasta durmiendo. Yo continúo desnudo, ni siquiera he sacado unos calzoncillos limpios de la maleta. Y lo cierto es que no me apetece nada en absoluto vestirme. Miro el reloj, con un poco de suerte estaré de vuelta a la hora de comer.

Me arreglo con rapidez, nada de traje formal. Ni me molesto en afeitarme y garabateo una nota.

Muy a mi pesar, debo abandonarte. Compromisos ineludibles con mi editor. Estaré de vuelta a la hora de comer.

Dejo la nota junto a su teléfono y me doy cuenta de que suena impersonal, así que añado:

Lo irrepetible del momento es lo que lo hace único.

Cierro la puerta con cuidado al salir y, a pesar de que sé que voy con tiempo de sobra, camino deprisa hasta la cafetería del hotel. No veo a Vicente por ningún lado, mejor, así puedo relajarme antes de enfrentarme a él.

No me apetece tomar nada, pero le pido al solícito camarero un café mientras aguardo su llegada. Como había previsto, mi editor aparece antes de la hora convenida. Intuyo cuál es el motivo, averiguar algo sobre mi repentino cambio, y puedo entenderlo, ya que por norma general nunca fallo en mis compromisos. He de hablar con él manteniendo la serenidad. Mi intención no es discutir, sólo tranquilizarlo para poder quedarme junto a Victoria sin interrupciones.

—Vaya, no te veo tan afectado como me has hecho creer por teléfono — comenta Vicente nada más detenerse junto a la mesa.

Dejo a un lado el periódico que estaba leyendo y lo miro durante cinco segundos, una actitud indolente, lo admito.

—La procesión va por dentro.

Lo observo, él tiene peor cara que yo, salta a la vista que ha tenido una noche movidita, pero en el mal sentido del término.

—Sigo pensando que me ocultas algo. Nunca te pones en plan misterioso, nunca has dejado de asistir a tus compromisos y ahora, de repente...

—Ya te lo he dicho, me encuentro mal, prefiero descansar. No pretenderás que me presente ante la concurrencia ojeroso y desganado — explico con la esperanza de que lo entienda y me deje tranquilo.

Vicente le pide no sé qué guarrada antirresaca al camarero y achica la mirada.

—No cuela, pero fingiré que te creo.

—Hablas como una esposa ultrajada —replico indiferente.

—Sabes que siempre te he considerado más como un amigo que como un simple escritor al que tengo que dar coba para que entregue los manuscritos a tiempo y al que debo procurar no ofender por ese maldito ego que todos tenéis, sin embargo, en tu caso no ha sido así.

—Lo sé —admito y también soy consciente de que mis ventas le han salvado el culo en alguna ocasión, pienso, y prefiero no decírselo.

—Ignacio, nunca te has mostrado altivo, ni tienes esas malas mañas de

escritor estrella y caprichoso, por eso te lo pregunto una vez más, ¿qué ocurre?

No voy a entrar en el debate de que, en efecto, siempre he procurado no sacar los pies del tiesto y que además Vicente me trata como a un rey, porque genero unos ingresos más que decentes. También es cierto que, si bien no lo considero un amigo íntimo, sí confío lo suficiente en él como para hablarle de algunos aspectos personales, pero no de todos.

—Escucha, estoy cansado, agotado más bien. Quiero tener cuarenta y ocho malditas horas de descanso.

—Cumple tus compromisos y después vete de vacaciones —insiste.

—Después estaré a tu disposición, joder, Vicente, no me atosigues.

—De acuerdo —accede, alzando las manos en señal de derrota, aunque frunce el cejo. El muy cabrón seguro que no lo deja pasar e intenta averiguar algo.

—Ahora, si no te importa... —me pongo de pie, ya que doy por concluida nuestra reunión—, me voy a descansar.

Vicente niega con la cabeza, pero sabe cuándo dejar de presionar.

—Muy bien, hablamos pasado mañana.

—Si te sirve de consuelo, ya estoy tomando notas para el próximo libro —miento a medias y me despido de él con un apretón de manos.

No puedo pasar por alto cierta inquietud mientras camino de regreso a la suite. Victoria es impredecible y hasta cierto punto caprichosa, y quizá en un arrebato tonto haya abandonado la habitación, con lo que volveré al punto de partida en el que me dejó hace ocho años, cuando se despidió sin decirme siquiera su apellido.

Ahora ya lo sé y no me hace falta apuntarlo en ningún sitio para recordarlo. Victoria de Usabel y Mateu. Suena importante o tal vez el ir asociado a ella lo hace importante. Sea como sea, es una información deseada y a la vez peligrosa, pues me da alas para, en un momento dado, buscarla.

Sé que se marchará y por tanto yo deberé considerar si deseo olvidarla (tarea casi imposible) o torturarme buscando información sobre ella.

Al entrar en la suite y verla sentada en la cama, todavía con mi camisa, eso sí, estratégicamente abrochada, sonrío como un niño pequeño. Me quedo

de pie frente a la cama, con las manos en los bolsillos.

—Con esos vaqueros tienes pinta de chico malo —dice, humedeciéndose los labios.

La moda y las tendencias nunca han sido fuente de preocupación para mí, pues la premisa que sigo es la comodidad, sin embargo, su cumplimiento me hace sentir bien.

—Hace mucho que dejé de ser un chico malo —murmuro, pensando durante un segundo si alguna vez lo fui.

—Lo siento, profesor —añade y arquea una ceja.

—También hace tiempo que no doy clases.

—Me rindo, no tengo ganas de mantener una contienda verbal contigo. Y teniendo en cuenta la hora que es, mejor me arreglo y salimos a comer. ¿O prefieres quedarte aquí?

—Sabes muy bien que, en lo que a tomar decisiones se refiere, estando tú delante no soy muy práctico.

—Ignacio, qué enrevesado eres —contesta y abandona la cama para acercarse hasta mí.

Camina despacio, dejando que disfrute del panorama. Se me detiene delante y me pone una mano en el pecho. Inspira. Me mira fijamente.

—¿Y bien? —inquiero en voz baja.

—Salgamos a que nos dé un poco el aire, así pueden limpiar la habitación.

Victoria se mueve por la suite mientras se arregla. Yo permanezco junto a la ventana, fumando y sin perderme un detalle de cómo poco a poco pasa de ser una mujer atractiva a una imponente.

Llegamos al vestíbulo del hotel; con ella a mi lado es imposible pasar desapercibido. Me gustaría, no sé, tocarla, sin embargo, no lo hago. Me limito a ser cortés, abriéndole la puerta y cediéndole el paso.

Nada más salir fuera nos espera la limusina. La miro de reojo y ella sonrío de medio lado, al tiempo que se pone sus carísimas gafas de sol.

—¿Podríamos simplemente pasear? —le propongo y aguardo su reacción.

—Si te soy sincera, hace una eternidad que no lo hago.

En estos días puede parecer ridículo y obsoleto ofrecerle el brazo a una

dama, pero pese a ello lo hago y, por suerte, ella aprecia el gesto.

Caminamos tranquilos, en silencio. No tengo la menor idea de a qué restaurante llevarla, aunque, para ser sincero, me apetece ir a un sitio sin muchas pretensiones, algo sencillo. Aunque dudo mucho que Victoria frecuente establecimientos de esa índole, me apetece tentarla y ver cómo responde.

—¿Cuándo fue la última vez que pisaste una tasca?

Se detiene en seco y me mira por encima de las gafas de sol.

—¿Hablas en serio? —replica y creo que exagera un poco. Yo asiento—. Desde luego, una chica a tu lado no se aburre.

—Venga, seguro que hasta te gusta —digo con aire travieso. Y lo cierto es que me siento como si tuviera otra vez veinte años y estuviera a punto de cometer una locura típica de la edad—. Aunque con esos tacones... no vamos a llegar muy lejos.

Entonces ella, como siempre jugando con ventaja, se acerca y se apoya en mí para poder susurrarme al oído:

—Puede que no sean muy cómodos, lo admito, pero imagínate las posibilidades si fuera lo único que llevase puesto.

—Nos volvemos al hotel ahora —digo muy serio, mirando a alrededor en busca de un taxi, porque caminar ya no es una opción viable.

Ella se echa a reír y niega con la cabeza,

—No se lo cuentes a nadie, pero de vez en cuando me encanta comer con los dedos, sentarme en un taburete y usar servilletas de papel.

—¿De verdad? —pregunto sin terminar de creerla.

—¿Qué? ¿Te sorprende?

—Mucho, pero si te soy sincero, no dejas de hacerlo.

Y justo en ese instante, en medio de la calle, me rodea el cuello con los brazos y me besa. Y no de una forma apresurada, sino todo lo contrario.

Capítulo 8

Victoria me ha vuelto a dar una lección.

Hemos regresado al hotel tras pasar todo el día callejeando, mirando escaparates, hablando de esto y aquello, riéndonos, tocándonos y, sobre todo, descubriendo que también me encuentro muy a gusto con ella fuera del dormitorio. Victoria en ningún momento se ha quejado por tener que caminar con lo que yo considero un instrumento de tortura y ella llama tacones. Y, por si fuera poco, cuando hemos entrado en un bar de tapas de esos saturado de turistas, donde te empujan una media de tres veces por minuto y donde conseguir una mesa parecía misión imposible, ella, sin perder su elegancia, se ha comportado como uno más. No le ha importado la espera, que estuviésemos como sardinas enlatadas, las mesas grasientas ni el precario servicio.

Nada más cerrar la puerta de la suite, se ha ido al cuarto de baño. Me siento un poco ridículo encendiendo el móvil sin que Victoria esté presente para enviarle un mensaje a mi mujer diciéndole que todo está bien para que no se preocupe. Es un gesto mecánico, pues soy incapaz de añadir una palabra cariñosa o alguna pregunta interesándome por ella. No tiene sentido esperar la respuesta, pues la conozco de antemano. En mi vida doméstica todo es rutina y planificación. Sostengo el móvil unos instantes y, en efecto, llega la contestación. «Todo bien.» Marta tampoco demuestra interés por mi situación. Cada vez estoy más convencido de que somos simples compañeros de piso, o una asociación que a ambos nos conviene, sin chispa, pero funcionando sin sobresaltos.

Apago el móvil. Marta sabe en qué hotel me hospedo y si surgiera algún imprevisto podría localizarme.

Aprovecho para fumar un cigarrillo junto a la ventana y servir algo de beber. Ya con mi copa en la mano me pregunto si debería detenerme unos instantes a reflexionar, si, llegado el caso, podría querer algo más con Victoria.

«Lo irrepitable del momento es lo que lo hace único», le he escrito esta mañana, con toda la razón del mundo, pero admito que hay una parte de mí deseosa de que el momento no sea tan único y repetir cuantas veces se me permita.

Por cómo hemos pasado la jornada me ha demostrado que tengo razón, o al menos que la predisposición es buena.

No he hilado aún ni un pensamiento coherente, cuando noto una mano que se apoya en mi espalda. Me vuelvo despacio, procurando no molestarla con el humo y sin querer perder el contacto.

—Lo siento, es un vicio horrible —me disculpo, sin pasar por alto que ha cumplido su promesa y sólo lleva puestos los zapatos de tacón. Sin embargo, tras el obligado repaso visual, la miro a los ojos.

—Es un vicio como otro cualquiera —susurra y me quita el cigarrillo. Da una calada y después lo apaga en el alféizar de la ventana—. Todavía envidio a quienes fuman, a mí me costó muchísimo dejarlo.

—¿Y por qué lo hiciste? —pregunto con toda lógica, pues no es una mujer a la que se pueda condicionar.

—No tenía sentido utilizar cremas y someterme a tratamientos de belleza que cuestan una barbaridad y después estropear mi piel con el tabaco —explica y asiento—. Pero a ti parece sentarte muy bien —añade, acariciándome la cara.

Cierro los ojos y permanezco quieto, aún con la ropa puesta, deseoso de que haga conmigo cuanto estime oportuno. Ella sabe que tiene ese poder sobre mí y por suerte lo utiliza con moderación, de ahí que me tenga tan dispuesto a obedecer.

—¿Por qué te fijaste en mí? —pregunto en un susurro—. Todos estos años no he dejado de darle vueltas. Fue todo tan precipitado que sigo sin

entenderlo.

—Quizá no exista una explicación, ocurrió y, si te sirve de consuelo, yo también he querido buscar un motivo razonable...

—¿Existe?

—Yo al menos no lo he encontrado —admite.

—Pero tú...

—Ignacio, ocurrió y fue algo tan impredecible como intenso —me interrumpe con un tono erótico que me revoluciona.

Desplazo la mano hasta su trasero y se lo acaricio despacio, de forma superficial. No es tan sólo un gesto sexual, implica cercanía, necesidad y deseo. Ella me rodea el cuello con los brazos. No se oye ninguna música y, pese a ello, nos movemos como si sonara.

—Admito que era más joven —prosigo en voz baja y me señalo las inevitables canas.

—Es relativamente sencillo encontrar a un tipo atractivo con el que pasar una noche —responde sonriendo de medio lado.

No hace falta mencionar que, tal como me ha confesado, Victoria no tiene ningún perjuicio a la hora de contratar acompañantes.

—Eso me han dicho —murmuro, imitando su gesto—. De ahí que todavía me resulte más inexplicable.

—Dejando a un lado consideraciones estéticas, sí, me fijé en ti. No eras ni eres desagradable a la vista, no obstante, me dio la impresión de que no eras como el resto —afirma y me sorprende, pues yo siempre he sido un tipo normal.

—¿Por qué? —insisto.

Victoria, en vez de responder, se aparta de mí y camina hasta una mesita donde he dejado las bebidas, coge la copa que le he preparado y bebe despacio, de esa manera tan característica suya que seduce e intriga al mismo tiempo.

—Te estuve observando, no mirabas a nadie en concreto, no hablabas, te mantenías sereno. Ajeno al barullo típico e irritante que se forma cuando hay cancelaciones o retrasos, como si gritando se pudiera hacer despegar un avión.

—Podría haber sido una simple fachada —apunto y ella niega con la cabeza.

—Llevabas, aparte del equipaje, un libro en la mano —añade y asiento.

—Cierto, pero aun así...

—Quizá porque perder aquel vuelo significaba no tener que volver a casa esa noche —añade y respiro hondo—. Quizá...

En dos pasos estoy otra vez a su lado. La abrazo con más fuerza, la deseo, por supuesto, y no sólo para acostarme con ella, es mucho más. Ningún hombre con un mínimo de sensatez le es infiel a su mujer sólo por un polvo rápido.

Lo supe la primera vez y lo he sabido durante todos estos años en los que, de haber querido, me hubiera resultado sencillo encontrar compañía femenina, sin embargo, aparte de mi mujer, no he tocado a ninguna otra.

Eso tiene que significar algo.

—Quizá —prosigue, acariciándome la nuca y recostándose en mi pecho—, de todos los allí presentes fuiste el único que no se comportó como un borrego. —Sonrío pensando que si ella supiera...—. O sencillamente, a veces, sin saber por qué, te sientes atraída por otra persona y no quieres dejar escapar la oportunidad de saber hasta dónde eres capaz de llegar.

—Reconozco que yo no tuve pensamientos tan decentes —comento—. Me dejaste impresionado.

—Y yo reconozco que dudé —admite, separándose lo imprescindible para mirarnos a los ojos—. Por mucho que te cueste creerlo, sentí cierto temor a que me rechazaras.

—¿Cómo iba a rechazarte?

—No serías el primero —musita y me da la impresión de que, a pesar de su seguridad, de vez en cuando es vulnerable y no siempre tiene a alguien de confianza cerca.

—¡Por Dios, qué cosas tienes!

—O peor aún, que fueras un imbécil pretencioso y acabaras averiguando quién era.

—Joder, Victoria... —mascullo, no ofendido, sino triste al oírla. Tomar tantas precauciones debe de ser agotador—. Mientras te arreglabas para irte,

estuve tentado de pedirte el número de teléfono, cualquier dato para localizarte en el futuro, pero respeté lo que me indicaste. —Respiro, recordando el intenso momento en que ella me dijo las palabras que ahora yo le susurro—: «Sólo necesito saber tu nombre, invéntalo si quieres».

—Y sé que lo has respetado —musita suspirando.

—No me dejaste otra opción —digo, procurando no sonar muy nostálgico.

—Da igual cuáles hayan sido las razones. Confié en tu palabra y la has cumplido. Eso es lo único que importa.

—No soy tan de fiar como quieres creer, pues si hubiera tenido un hilo del que tirar...

Victoria me detiene tapándome la boca con la mano.

—Ahora, si no te importa, llévame a la cama. Ya hablaremos mañana.

Lo hago sin rechistar y comienzo a besarla, mientras ella se ocupa de mi ropa. Quiero ir despacio, pero Victoria me saca la camisa de los pantalones y posa las manos sobre mi torso. Noto sus uñas, primero el roce, después cómo me las clava un poco. Me enciende. Se nota nuestra impaciencia, sin embargo, nos mostramos comedidos y al final me va despojando de la ropa con cierta parsimonia. Acariciando y besando mi piel a medida que la va descubriendo.

Continuamos de pie, como si estuviéramos bailando. La cama está ahí, a unos pocos pasos, aunque de momento no caemos en ella. Victoria se arrodilla a mis pies para ocuparse de mis pantalones. A pesar de la postura de aparente sumisión, nada más alejado de la realidad; por mucho que se empeñe, es una mujer que nunca quedará por debajo de nadie.

—Hay que reconocerlo, tienes una polla preciosa.

—Joder, Victoria, no te pases —replico, torciendo el gesto—. Lo de «preciosa» sobraba.

—Hazme caso, sé de lo que hablo —añade risueña.

—Preciosa o no, supongo que podrás encargarte de ella —la provoco y adelanto las caderas.

Se humedece los labios y disimula una sonrisa. Apoya las manos en mis rodillas y las va subiendo. No deja de mirarme. Trago saliva, otra vez me deja

sin respiración.

—Estoy en deuda contigo... —musita y se inclina para darme un beso un tanto extraño en la cadera.

—¿Perdón? —mascullo, porque no sé a qué viene eso.

—Después de lo de esta mañana, creo que nunca voy a poder igualar el marcador.

Me inclino para tirar de ella y ponerla en pie. Nada más tenerla frente a frente voy directo a por su boca. La sujeto de la nuca y la beso con fuerza, haciéndola gemir no sólo por la sorpresa, sino también por la pasión que transmito. Ella enreda las manos en mi pelo y tira ligeramente de él. Sabe que eso es como echar gasolina a una hoguera y, comportándome como un loco, la cojo del culo y la elevo, sin importarme acabar con dolor de espalda, hasta que la dejo caer sobre el colchón, sin apenas soltarla. No le permito ni que coja aire, enseguida me sitúo sobre ella y comienzo a besarla desesperado mientras intento desnudarla, tarea en la que Victoria colabora.

Echa los brazos hacia atrás, se arquea y abre las piernas al máximo, todo para darme acceso completo a su cuerpo. Sigo un poco contrariado, inquieto, sin embargo, la deseo y soy capaz de pasar por alto cualquier cosa, incluida la más que probable desilusión de mañana.

Ella gime y se contonea bajo mi beso. Nos miramos fijamente y yo entrelazo las manos con las suyas. La aprieto bien fuerte, la tensión es palpable, lo mismo que la excitación.

—No has dicho nada de mis zapatos —murmura y levanta una pierna para darme en el culo con el tacón.

—Preciosos, como mi polla —replico irónico y se echa a reír.

—En efecto y quiero que me folles con ellos puestos —exige. Yo gruño, porque oírle decir palabras tan vulgares me pone muchísimo.

La beso, pero nada de un toque suave, soy agresivo, brusco y ella reacciona de igual modo.

—Pues estás de suerte, porque voy a follarte —digo, apartándome para quedarme de rodillas ante ella.

La imagen es para rendirle pleitesía de por vida.

—¿Y a qué esperas? —me provoca.

—No quiero perderme nada... —La agarro de la pantorrilla y le elevo una pierna para acercar el pie a mi boca y darle un beso en el empeine—. Voy a ser muy meticuloso.

—Hummm...

Dejo que su pie descansa sobre mi hombro y empiezo a besarle cada milímetro de piel. La miro de reojo, ella observa con detenimiento mis gestos con una media sonrisa.

—Me imagino que cuestan una fortuna —murmuro.

—Olvidémonos del dinero y continúa... Aunque sí, cuestan una fortuna, por si ese dato te pone aún más cachondo.

—Tú me pones cachondo —la corrijo y me doy cuenta de que estamos cayendo en una estupidez empalagosa, que puede dar al traste con nuestra última noche.

—Ya me he dado cuenta... —musita y se las apaña para tocarme la polla con el pie libre.

De los besos más o menos suaves, paso a los mordisquitos. Victoria ronronea, se arquea y mantiene en todo momento una expresión sensual. Sigue expuesta ante mí, pero con una naturalidad apabullante. Es consciente del morbo que despierta en cualquier hombre y le saca partido, lo que no tengo muy claro es si está al tanto de cómo me revoluciona a mí.

Continúo jugando con su pierna y ella empieza a acariciarse las tetas, despacio, para que yo pueda ver bien cada movimiento. Ahora es mi turno de gemir y de concentrarme para no mandar a paseo mi intención de ser un tipo paciente y considerado, porque el instinto me pide contundencia, follármela.

—¿Qué haces? —pregunto, cuando alza la pelvis y comienza a rozarse con mi erección.

—Tomar la iniciativa —replica con voz morbosa.

Me gustaría mantener los ojos bien abiertos, lo cual me resulta cada vez más complicado. Sólo tengo que empujar un poco para sentirla. Por cómo gime y se contonea, salta a la vista que tampoco quiere andarse con rodeos, así que me olvido de sutilezas y le levanto la otra pierna, dejándola mucho más expuesta. No pierdo el tiempo, Victoria sigue acariciándose los pezones, ahora con más fuerza, así que me agarro la polla y me encajo en ella a la

primera, logrando que ambos jadeemos.

En esta postura sólo puedo hacer una cosa, agarrarla de los tobillos y empezar a embestir. Y lo hago, nada de sutilezas, no podría. Aprieto los dientes y tenso todo el cuerpo, empujando de forma un tanto brusca, sin un ritmo definido, pero por cómo gime sé que lo deseaba, igual que yo.

Hacía una eternidad que no me comportaba con esta furia, tanta que hasta la cama ha empezado a traquetear. Mientras me la follo, me doy cuenta de hasta qué punto he sido descuidado y me he vuelto cómodo, perdiendo toda la chispa que el sexo precisa.

—Ignacio, así, así...

Sus palabras son combustible de alto octanaje, me encanta oírlas. Es una súplica un tanto exigente y no voy a defraudarla. Me vuelvo más primitivo, más salvaje y aumento la velocidad de mis envites.

—Estoy a punto, oh, joder... —gruño, respirando hondo.

—Y yo... —suspira y, para volverme aún más loco si cabe, desliza una mano hacia abajo y empieza a masturbarse delante de mis narices.

—Victoria... —gimo, porque ese gesto me vence y ya no hay manera de que me contenga.

Embisto una última vez, me quedo encajado hasta el fondo, con todo el cuerpo en tensión, y echo la cabeza hacia atrás cuando eyaculo. Sé que debería ocuparme de ella, sin embargo, me es imposible. Entonces, Victoria aprieta sus músculos internos y gime al correrse.

—No soy capaz ni de moverme —susurro, aflojando los dedos y liberándole los tobillos, no sin antes besárselos.

También le quito los zapatos y los dejo caer al suelo.

—Pues no lo hagas.

—Pero quiero abrazarte —añado, tumbándome a su lado y dándole un beso en cada areola. Ella me revuelve el pelo y sonrío.

—Ya lo haces.

Capítulo 9

No he sido capaz de mencionar en voz alta, ni una sola vez, la idea que me atormenta: la posibilidad de volvernos a ver. Victoria permanece aún dormida a mi lado. Está amaneciendo. No me canso de mirarla.

Por norma general, y más desde que aparqué la docencia, no suelo madrugar ni tampoco tener problemas de sueño, no obstante, este caso es bien diferente.

Anoche, de nuevo, fue un desenfreno sexual, tan intenso como siempre, como la primera vez, seguido del momento íntimo en que ambos sólo nos abrazamos porque no merece la pena decir ni una sola palabra. No eran ni creo que sean necesarias. Todo lo que deseaba expresar quedó muy claro con cada gesto, cada caricia, cada mirada y, por supuesto, con cada beso.

No sólo hemos follado y alcanzado el clímax, esa parte, si bien es muy satisfactoria, lo es todavía más cuando compartes las emociones y, en nuestro caso, en el mío al menos, están a flor de piel. Me aventuro a pensar que a ella le sucede lo mismo, pues reacciona con la misma intensidad que yo.

Quizá se piense que las expresiones utilizadas mientras uno está sumido en el frenesí sexual no son más que palabras huecas o sin mucho sentido, sin embargo, no creo que haya sido ése nuestro caso.

Pasar de la caricia más atrevida y morbosa a la sutil y cargada de cariño no es sencillo, tiene que haber algo más que la simple necesidad de follar. Es afecto y, si bien yo lo percibo por su parte, de momento prefiero no mencionarlo en voz alta. Puede que esta cobardía me aleje de ella, pero no quiero que Victoria se sienta obligada a nada. Todo lo que ha ocurrido entre

nosotros ha fluido de manera espontánea y, aunque haría cualquier cosa por verla de nuevo, no recurriré al victimismo emocional.

Ella se ha sincerado conmigo y dudo mucho que vaya por ahí contándole a cualquiera sus aspectos más íntimos, sus temores y sus anhelos. Mi caso es similar, hay sentimientos, deseos, que nunca he mencionado en voz alta por miedo a ser juzgado o por vergüenza y con Victoria no me ha ocurrido así. Si se mira con objetividad, aún somos dos desconocidos, no obstante, me siento mucho más libre con ella de lo que cabría esperar.

Confesarle, por ejemplo, que a veces me acuesto con mi mujer sólo por inercia, sin ganas y que me excito a duras penas. Que en más de una ocasión la falta de interés o el desánimo han hecho que finja estar dormido cuando ella se acerca.

Que hay cosas, como por ejemplo decir «te voy a follar», que nunca se me ha ocurrido decirle a Marta o que ya ni me acuerdo de la última vez que mi esposa me hizo una mamada. Nunca hemos hablado de fantasías ni de deseos insatisfechos. Nos hemos amoldado a la situación y no hacemos nada por modificarla. Y, a pesar de todo, no me he ido por ahí con ninguna.

Victoria, lejos de compadecerme o de, aún peor, darme consejos, se ha limitado a escucharme, a tocarme y a besarme hasta lograr que sólo piense en ella y me olvide de cualquier otra mujer con la que haya podido estar.

Disfrutar de los susurros, oír su respiración agitarse cada vez más o cuando pronuncia mi nombre entre jadeos es sin duda un gozo añadido al ya de por sí placentero sexo. Y si le sumamos sus gestos, primitivos, aferrándose a mi cuerpo con brazos y piernas, ya no puede ser mejor.

Se podría pensar que, como hombre, sólo me interesa follar y punto. Nada de ingredientes extra, sólo lo básico. Pues bien, no es cierto. Puede que con veinte años no fuera tan exigente, que cualquier mujer que se me pusiera a tiro me sirviera, pero eso ya pasó. Y, según lo pienso, creo que ése es el motivo por el que mi vida sexual con Marta es tan deprimente. No tengo que esforzarme mucho para acostarme con ella, como quien dice, la tengo segura e intuyo que Marta tampoco se molesta en probar otras opciones.

Siempre he tenido que controlarme un poco con ella. Hace mucho que todo se volvió mecánico. Ella me dejó claras sus preferencias y yo me

amoldé, tampoco insistí mucho para optar por otras vías y ahora, tras pasar estos dos intensos días con Victoria, sé que dar marcha atrás va a ser realmente difícil de sobrellevar. Cuando llegue la despedida será mucho más dolorosa.

Quizá esté exagerando, pues mi encuentro con Victoria es una anomalía en mi vida. Bienvenida, por supuesto, pero nada más.

Aunque, si eso fuera cierto ¿por qué al reencontrarnos ha surgido lo mismo que hace ocho años? ¿Por qué no puedo dejar de mirarla? ¿Por qué sólo quiero volver a tocarla? No existe una explicación lógica, por desgracia. Sólo que la deseo y de múltiples formas.

Ella se mueve en la cama, cambia de postura. Se acerca más y acaba recostándose sobre mi costado. La recibo encantado y más aún cuando su mano se desliza hacia abajo y me agarra la polla, que, por cierto, empieza a pasar de interesada a muy interesada nada más sentir su contacto.

—Llevas un buen rato despierto —musita.

La miro de soslayo. Permanece con los ojos cerrados. Puede que mi respiración la haya alertado sobre mi estado.

—Sí, es cierto —digo también en voz baja.

—Estás dándole vueltas a algo —continúa, sin soltar mi erección.

Inspiro hondo, muevo los hombros, Intento adoptar una postura relajada.

—Sí, hay muchas cosas que me rondan por la cabeza.

—¿El argumento de tu nuevo libro? —inquire mimosa, dándome un beso en el pecho.

Sonrío sin ganas y me froto la cara.

—Pudiera ser, pero no —contesto.

—No me digas que eres el típico escritor inseguro, que apura los plazos de entrega y busca con desesperación la trama perfecta —bromea.

—Es cierto que aún no tengo ni la más remota idea de qué va a tratar la nueva novela, pero todavía me queda un año para entregar el primer borrador, y nunca he sido de los que apuran los plazos. Escribir no es el motivo de mi desvelo, te lo aseguro.

«Ojalá lo fuera», pienso.

—Pues sea lo que sea, dímelo —exige y la mano con la que me

masturbaba de forma un tanto perezosa se vuelve más agresiva.

Inspiro hondo. Es ahora o nunca.

—¿Cuándo volveré a verte?

—Ignacio... —se lamenta.

—Seamos francos, por favor. Nos hemos reencontrado y tanto tú como yo somos lo bastante adultos como para afrontar la realidad. No podemos pasar por alto lo que ha surgido.

—No es bueno hablar de ello, créeme —dice con pesar y deja de tocarme.

Se recuesta boca arriba y se tapa la cara con un brazo. La maldita sábana no se aparta del todo para dejarme ver su pecho.

—Nos las hemos ingeniado para obviar este asunto, ninguno lo ha mencionado, sin embargo, no puedo dejarlo pasar por alto. No sé qué opinarás tú, pero yo no estoy dispuesto a dejarte marchar sin tener la certeza de que voy a volver a verte en un futuro próximo.

—No es tan sencillo. Ojalá lo fuera —dice resignada y yo me niego a dar la batalla por perdida.

—Lo es. Sólo debemos organizarnos —replico serio, o al menos todo lo serio que soy capaz de ponerme, pues tampoco deseo que esto arruine nuestras últimas horas.

—Esta tarde tengo que coger un vuelo a Barcelona. Mi vida está allí —afirma de manera desapasionada.

Un dato que desconocía y que, por supuesto, almaceno.

—¿Y?

—Dentro de una semana debo estar en Dubái. Allí he de ocuparme de un cliente al que no se le puede decir nunca que no.

—Joder, Victoria, mi intención no es interferir en tu trabajo —alego un tanto a la defensiva.

—Y el mes que viene estaré al menos tres semanas en Berlín; como ves, viaje constantemente.

—Repito, ¿y?

Victoria resopla, un gesto impropio de ella. Se incorpora hasta quedar sentada, con la espalda apoyada en el cabecero. Eso permite que por fin la sábana se aparte y pueda contemplar sus pechos, aun así, no quiero

distraerme.

—Mi vida es demasiado complicada... Reconozco que tú has sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo y que será difícil olvidarte.

—¿Y por qué vas a tener que olvidarme? —la interrumpo.

Ella me mira con ternura, pese a que niega con la cabeza.

—Pensar en ti me ayudará a sobrellevar los momentos más aciagos. —Es mi turno de resoplar, pues no entiendo por qué niega la evidencia—. Pero sé que no estoy en disposición de hacer promesas de ningún tipo y a ti, Ignacio, menos que a nadie. Compréndelo, por favor —me pide, al tiempo que me acaricia la cara.

Me siento a su lado y entrelazo los dedos con los suyos antes de continuar.

—Escucha, no te exijo un compromiso ni tampoco una relación convencional, porque sé que terminarías asfixiándote. Tampoco quiero que renuncies a nada, faltaría más, sólo te pido la posibilidad, la certeza, de que podamos volver a vernos. El día que tú elijas, cuándo y cómo quieras —afirmo con convicción.

—Me pides algo imposible —dice obstinada.

—¿Por qué?

—Esto que nos ha ocurrido es tan intenso como demoledor. Y lo es por una sencilla razón: es único. Como bien dijiste: «Lo irrepitable del momento es lo que lo hace único». Y así debe seguir siendo.

—No me jodas, Victoria, no me jodas —mascullo, apretándole la mano.

—No niego que podría fijar en mi agenda una cita... Cada mes, cada medio año, de vez en cuando... ¿Y después? ¿Qué crees que ocurriría?

—Lo dices como si fuera algo malo —replico y estiro el brazo para acariciarle la mejilla—. Además, no tiene por qué ser una cita fija.

—Da igual, terminaríamos arruinándolo todo, llegaría la monotonía —asevera convencida.

—No tiene por qué. Entiendo que debería ser flexible, tienes compromisos, igual que yo —insisto un poco molesto ante su obstinación.

—Ignacio, créeme, no quiero defraudarte.

—¡Joder! —exclamo y, debido al cabreo en ciernes, estiro el brazo en

busca del tabaco que anoche dejé en la mesilla. Enciendo un pitillo e inhalo el humo antes de proseguir—. Yo opino lo contrario, ya que la excitación, la expectación crecería hasta que llegara el día señalado. Sería increíble. Imagina el deseo acumulado...

La miro de reojo, no parece muy convencida. Yo continúo fumando, al menos me serenaré un poco.

—¿Y si las expectativas generadas son demasiado elevadas? —pregunta en tono apagado—. Sería demasiado fácil estropearlo todo.

—Mejor arriesgarse que quedarse con los brazos cruzados. Han sido ocho putos años de incertidumbre. Incluso llegué a pensar que lo había soñado —mascullo, incrédulo ante su tozudez.

—Te comprendo y por eso no quiero fallarte.

—¿Y por qué ibas a hacerlo?

—Porque habrá un día en que me surgirán mil imprevistos y no podré llegar a tiempo. La primera vez que ocurra tú lo pasarás por alto, sin embargo, volverá a suceder y lo que no será importante empezará a serlo.

—¡Eso es ridículo! —exclamo, apagando el pitillo a medio fumar.

—No lo es. Empezarás a desconfiar, a callarte tu opinión para no ofenderme, hasta que un día no aguantes más y hagas las preguntas que yo no pueda, no sepa o no quiera responder. Y sí, puede que nos acostemos, pero ya no lo haremos con la misma ilusión —afirma cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás.

Aún mantengo su mano agarrada.

—¿Tan poco crees en mí? —susurro.

—No es cuestión de fe, Ignacio —replica y se mueve despacio hasta ir subiéndose encima de mí y quedar frente a frente.

Recorre despacio mi cara. Cierro los ojos y respiro.

—Victoria... esta situación es demasiado cruel —musito.

Ella aparta la sábana para que el contacto entre ambos sea completo. Comienza a moverse despacio, acogiendo mi polla entre sus muslos y presionando para tenerme expectante y ansioso.

—Eres fuerte, se te pasará —dice, antes de asaltar mi boca.

Me besa en profundidad, jugando primero con mis labios y

mordiéndomelos, antes de meterme la lengua y gemir en mi boca. Yo respondo con igual frenesí, al tiempo que coloco las manos sobre sus senos y compruebo lo duros que tiene los pezones. Presiono ambos y su gemido aumenta de intensidad.

Estoy loco por ella y también desesperado. Ser consciente de que se nos agota el tiempo me desquicia. Debería enfadarme, largarme y no mirar atrás, en un vano intento por hacer que recapacite, sin embargo, no soy capaz. No tengo tanta fuerza de voluntad como para prescindir de su tacto.

—Fóllame bien —exige, mirándome a los ojos.

—Creo que soy yo quien debería decir eso —replico tan jadeante como ella.

Victoria vuelve a besarme y se las apaña para meter una mano entre nuestros cuerpos. Agarra mi erección y la frota contra su sexo antes de dejarse caer y ocuparse ella misma de que entre hasta el fondo.

—¿Qué más da? Follemos y punto —murmura y coloca sus manos sobre las mías para que apriete con más fuerza.

Sus constantes y certeros vaivenes hacen que me tense de arriba abajo. En esta postura es ella quien lleva todo el control y yo apenas puedo empujar desde abajo. No me quejo, pues me encanta y me excita quedar a su merced.

Sigo presionando sus pezones, incluso con saña, y Victoria responde comiéndome la boca y avasallándome. De nuevo todo se descontrola, todo se precipita y antes de que pueda evitarlo me corro entre jadeos y gruñidos que ella se ocupa de absorber con cada beso.

Escondo la cara entre sus pechos cuando se echa hacia atrás y grita al alcanzar su clímax. En ese momento me doy cuenta, algo avergonzado, de que se me han escapado unas lágrimas.

Victoria me abraza, continuamos unidos. No dice nada. Me peina con los dedos y cuando ve que mi respiración se ha normalizado, me obliga a mirarla. Sé que tengo los ojos llorosos y se inclina para besarme cada párpado.

—Hagamos un trato... —propone susurrando.

—No quiero hacer ningún trato —replico malhumorado.

—Ninguno de los dos buscará al otro ni se pondrá en contacto con él.

Resoplo, me está pidiendo un imposible.

—Vaya mierda de trato —mascullo.

—Escucha, si por un nuevo golpe del destino coincidimos otra vez, te doy mi palabra de que entonces todo será diferente.

—No me convence —digo, pues dejarlo todo en manos del destino es como comprar un décimo de lotería no premiado después del sorteo.

—Ignacio...

Capítulo 10

En el tren, de camino a casa, me voy preparando, pues en menos de diez minutos llegaremos a la estación. Podría haber cogido un vuelo, sin embargo, he preferido torturarme y quedarme en la suite hasta el último momento. Desde allí he visto por la ventana cómo ella se subía a la limusina seguida de su atento acompañante.

He tenido que ver cómo ese tipo, o mejor dicho su perro faldero, podía tocarla y marcharse con ella. Nunca he sido celoso, puedo entender, y por supuesto respeto, que esté rodeada de hombres; lo que me sigue escociendo, y mucho, es que se haya negado a volver a verme.

Me ha propuesto un trato, una porquería de trato para ser exactos, no obstante, intentaré cumplirlo, pues tampoco quiero convertirme en un acosador o, peor aún, que ella se enfade porque yo haya propiciado un encuentro.

Desde luego, vaya cruz que voy a tener que cargar.

Menos mal que en el vagón había poca gente y eso me ha permitido viajar sin tener que soportar el parloteo de otros viajeros o aguantar a un desconocido a mi lado.

Aunque no todo ha sido anonimato, pues el chico del carrito de las bebidas me ha reconocido y no me ha quedado más remedio que charlar un rato con él.

¿Desde cuándo me he vuelto tan antisocial?

Pues no lo sé, porque por norma general disfruto conversando con mis lectores, escuchando sus opiniones y las interpretaciones que hacen de un

libro, pues es increíble cómo cambia el mismo texto dependiendo de quién lo lea.

Pero hoy no es el día de ser simpático.

Por supuesto, he hablado con Vicente. Me niego a asistir a cualquier acto promocional. Soy consciente de que no hacerlo va en contra de mis intereses; sin embargo, no tengo humor ni ganas de presentarme en público y ser amable. No soy capaz de sonreír. No sé cuándo volveré a hacerlo. No creía que me afectara tanto.

Por supuesto, he tenido un enfrentamiento con mi editor, pues él, lejos de mostrar un poco de comprensión, ha puesto el grito en el cielo. Pero de nada le ha servido, pues yo me he mantenido firme, es más, le he colgado el teléfono y ni siquiera me he molestado en decirle cuándo me marchaba.

Puede que haya llamado a mi casa para averiguar mi paradero. Me trae sin cuidado, que haga lo que le plazca. No estoy de humor para aguantarlo ni para buscar excusas.

Le he enviado a Marta un mensaje avisándola de mi llegada, aunque no espero que me vaya a recoger a la estación. Ella se ha limitado a responder que «perfecto», tal como yo esperaba. Sin sorpresas, lo que quiere decir que Vicente no se ha arriesgado a llamarla.

A medida que el taxi se acerca a mi casa es mayor el malestar que siento. Sé que debería fingir que sólo es cansancio, sin embargo, nada más pensarlo ya me hastía. Durante todo el trayecto he tenido la terrible tentación de buscar su nombre en Google, porque a buen seguro que encontraría alguna que otra información, incluso fotos de Victoria de Usabel y Mateu, pero he resistido.

¿Debo pasar página?

La pregunta se queda sin respuesta cuando el taxista me dice que hemos llegado. Está anocheciendo. Me encontraré a la familia en la cocina, como siempre.

Tengo las llaves de casa en la mano, la casa que Marta se empeñó en comprar porque decía que vivir en un piso en el centro la atosigaba y era mejor mudarse a una urbanización de las afueras. La típica urbanización. Calles anodinas sin nada de historia. Todo moderno, nada reseñable. A mí me dio igual y con tal de no discutir accedí a hipotecarme durante veinticinco

años. Reconozco que no me involucré en nada, ni en la decoración, ni en la ubicación... todo lo hizo ella, yo me limité a firmar ante el notario.

—¡Hola, papá! —me saluda mi hijo mayor.

Dejo la maleta a un lado, me da dos besos y nos abrazamos con cariño. Él y Alba son quizá el único motivo por el que regreso a casa.

—Hola, Aitor. ¿Y tu madre?

—En la cocina, discutiendo con Alba —responde haciendo una mueca—. Ya sabes cómo son las dos.

Vaya si lo sé. No pueden ser más opuestas. Marta es organizada, detallista, un tanto intransigente y muy muy metódica. Ésa es una de las razones por las que rara vez me acompaña en mis viajes, porque odia salirse de su rutina. En cambio Alba es un terremoto. Aparte de estar en la peor edad, pues cumple dieciséis dentro de nada, su carácter es muy visceral, poco o nada dado a la reflexión. Así que choca con su madre cada dos por tres. Por norma general, yo intento apaciguar los ánimos; no obstante, lo que menos deseo ahora es hacer de mediador entre ambas, no tengo humor para mostrarme dialogante.

—Que te cuente tu hija su última ocurrencia —dispara Marta nada más verme.

Ni una sola palabra de bienvenida, ni se acerca para darme un beso, nada, ni el más mínimo interés por mí.

Tampoco me extraña, hace mucho que ambos nos comportamos con corrección y poco más. Y no debo ser hipócrita, pues yo tampoco le pregunto por sus cosas y cuando ella me cuenta algo le presto la mínima atención.

Alba se pone en pie y al menos se muestra algo más cariñosa, pues se acerca para darme dos besos. Yo no digo nada sobre su atuendo, un tanto extravagante, pero si lo pienso detenidamente creo que a su edad todos lo hemos sido.

—Mamá no quiere que vaya este fin de semana con unas amigas a una casa rural —me dice afligida y sé que trata de ganarme para su causa.

Es un tanto manipuladora. Sabe que siento debilidad por ella y se aprovecha, no puedo culparla.

—¡Por el amor de Dios, Alba, tienes quince años! —exclama Marta

exasperada y deduzco que llevan un buen rato con el tira y afloja.

Me froto las sienes, no me duele la cabeza, pero de seguir así me dolerá.

—Es la casa de los padres de una amiga, en un pueblo pequeño, se conoce todo el mundo —protesta mi hija con vehemencia, mirándome con cara de pena para ablandarme.

—A tu edad yo no me iba a casas de amigas. Llevas un curso desastroso, apenas vas sacando aprobados raspados. No creo que sea el mejor momento para irte de viaje.

—Mamá, no seas pesada, ahora las cosas son diferentes —protesta Alba.

—He dicho que no —se obstina la madre.

—Vamos a ver, dejad de gritar —intervengo, antes de que se enfaden más.

—Dile a tu hija que no puede ser —me exige Marta y ya debería saber que ése es el peor camino para negociar con una adolescente.

—¿Puedo hablar con los padres de tu amiga? —pregunto, sabiendo que mi mujer se enfadará por ello.

—¡Ignacio! —me grita, tal como me imaginaba.

—Pues claro que puedes hablar con ellos —afirma Alba esperanzada.

—Mañana los llamaré. Ahora, si no os importa, estoy cansado —me disculpo y cojo la maleta para ir al dormitorio.

Marta, controlando un poco su enfado delante de Alba, me fulmina con la mirada. Sé que después, cuando estemos a solas, me abordará y no cejará hasta convencerme para salirse con la suya. Siempre lo hace y el noventa y nueve por ciento de las veces esa táctica le funciona, pues soy bastante reacio a discutir sobre cosas que no llevan a ningún lado. Aunque hoy preferiría que no me atosigara con sus demandas. Quiero estar solo. Ya veremos si es posible.

Una vez en el dormitorio, me ocupo de deshacer la maleta y después entro en el baño dispuesto a darme una ducha que no me ayudará a relajarme. Sin nada encima, me quedo de pie frente al espejo empañado, chorreando agua, intentando no comportarme como un imbécil. No tiene sentido y soy una persona adulta. Sé encajar una derrota o al menos debería.

Por la cabeza me pasa el fugaz y doloroso pensamiento de que quizá

hubiera sido mejor no haberla encontrado de nuevo. Seguir con la ilusión, vivir del recuerdo de la primera vez. Tras pensarlo, me doy cuenta de lo gilipollas que puedo llegar a ser.

Cuando Marta entra en el dormitorio, sé por su expresión que está enfadada. Yo la miro de reojo y finjo que me interesa el libro que tengo entre las manos. Ella sabe que cuando estoy leyendo odio que me interrumpan.

Se encierra en el cuarto de baño para cambiarse, como cada noche. Puede estar cabreadísima, pero nunca rompe su rutina. Cuando aparece con uno de sus pijamas que desaniman a cualquiera, sé que se está conteniendo para no levantar la voz y que mis hijos nos oigan.

—¿Podemos hablar? —me dice cuando llevo quince minutos ignorándola.

Su tono es monocorde, sin embargo la conozco, está hirviendo de indignación por no haber impuesto su criterio.

—Marta, no estoy de humor.

—Pues tú verás, porque en vez de acatar las normas de esta casa, Alba cada día se muestra más desobediente y encima llegas tú y le das alas —me suelta enfadada.

—Tiene quince, bueno, ya dieciséis, pues no le queda nada; está en la edad —murmuro, intentando que no siga interrumpiéndome la lectura.

—¿Y eso le da derecho a hacer lo que le venga en gana?

—Mientras saque adelante sus estudios y con notas aceptables, no hay por qué hacer un drama —replico con sequedad, para que no insista y me deje en paz.

—Ése es el problema, que va mal. Sus notas son como mucho un aprobado. No se esfuerza, sólo piensa en salir.

Suspiro. Así no hay manera.

—Marta, déjalo estar, por favor —le pido con amabilidad.

—Eso, para ti todo es fácil, que haga lo que quiera, en vez de imponerte.

—Déjalo ya —le advierto—. Alba es responsable y antes de nada hablaré con los padres de su amiga, así que no le des más vueltas.

—Ignacio, no es así y lo sabes —se queja—. Tú vives encerrado en tu despacho, metido en tus libros y no te das cuenta, pero Alba necesita mano

dura.

A Marta la jode y mucho que fume en el dormitorio, sin embargo, es tal la mala leche que tengo debido a la discusión, que me enciendo un pitillo. No dice nada, intuyo lo que está rumiando.

No me lo recrimina con palabras, pero me fulmina con la mirada y hasta se levanta para abrir la ventana. Se queda allí, esperando a que me acabe el cigarrillo.

—Alba es una adolescente, si no hace locuras ahora, me preocuparía — digo, disfrutando del pitillo, pese a que con Marta al lado, observándome, se me puede estropear la sensación de bienestar.

Por suerte, parece que ha decidido no insistir más con el tema de Alba. Vuelve a la cama, se acuesta en su lado y se cubre con las mantas, dándome la espalda. Es evidente que estaremos de morros unos días, pero si lo reflexiono con calma, hasta puede que eso sea bueno, así no tendré que escucharla ni fingir que me interesa lo que me dice o buscar excusas para evitarla, pues sé que a veces, cuando se propone algo, trata de convencerme recurriendo al sexo. Yo lo noto a la primera, aunque me haga el despistado.

Es triste pensar de este modo; sin embargo, cuando se convive con una persona sin otro aliciente, es normal mostrarse tan despreocupado.

—Por cierto, no me has contado nada de la presentación, ¿cómo fue?

Sé que me lo pregunta por jorobar, para interrumpirme la lectura, o al menos eso es lo que pienso, pues Marta, cuando le anuncié mi intención de aparcar un tiempo mi trabajo como profesor, se puso hecha un basilisco; arriesgarme suponía un revés económico dado que vivir de los libros no era nada seguro.

—Bien —contesto indiferente.

—¿Y qué tal se encuentra Vicente?

No es ningún secreto que mi editor y mi esposa no se llevan bien. Sólo se toleran. Ella piensa que Vicente es un sinvergüenza, un mujeriego (no anda desencaminada en eso) que sólo prepara presentaciones para llevarme por el mal camino e ir de juega conmigo.

Y él cree que Marta es una losa que me impide progresar en mi carrera como escritor, pues nunca se ha mostrado muy entusiasta con mi vocación y

rara vez me acompaña. Ciertamente que su trabajo se lo impide, pero cuando coincide en fin de semana podría hacer un esfuerzo.

—Como siempre, en su línea.

—Ya, claro... —comenta irónica—. Vamos, que sigue tirándose a todo lo que lleva falda, bebiéndose hasta el agua de los floreros e intentando que hagas lo mismo y todo eso mientras tú le haces ganar dinero con tus libros, porque él no da un palo al agua, se limita a darte palmaditas en la espalda y a adularte, porque sabe que en cuanto te pases a pensar y aceptes las suculentas ofertas que te han hecho en otras editoriales, estará perdido —afirma y no es la primera vez que me suelta este discurso.

Tiene parte de razón, no lo niego, pero no quiero envenenarme con sus opiniones, en especial porque cuando me metí en esto de escribir Vicente me dio la primera oportunidad, cuando mi propia mujer ni se molestó en leer el manuscrito.

—Vicente hace su trabajo, nada más —lo defiende, porque como relaciones públicas no tiene precio y eso se nota en cada acto que organiza.

—Pues nada, está visto que hoy sólo vamos a discutir. Buenas noches.

Marta da varias vueltas en la cama antes de dejarme tranquilo. En estas situaciones es cuando me gustaría que en casa tuviéramos una habitación libre para dormir solo. En más de una ocasión he estado a punto de reorganizar mi estudio para poner allí una pequeña cama, pero he desestimado la idea porque, hacerlo, supondría un grave cisma matrimonial.

* * *

A la mañana siguiente, cuando me despierto, estoy solo en la cama. Miro de reojo el despertador y veo que son más de las once. Marta entra a trabajar a las nueve. Yo debería ir retomando la rutina y olvidarme de lo ocurrido con Victoria, porque, seamos francos, si empiezo a obsesionarme, acabaré haciendo cualquier estupidez.

Me resulta imposible no pensar una y otra vez en ella. Me quedo acostado en la cama, disfrutando de un poco de paz, pues hasta la hora de comer estaré solo en casa.

No tengo ganas ni intención de levantarme todavía. Hasta me enciendo un cigarrillo y lo disfruto, ya que, al no estar Marta, no me hace sentir culpable ni me abre la ventana para que coja un resfriado.

Así que me paso toda la mañana en un estado casi vegetativo, nada me estimula y parece el principio de unos cuantos días iguales.

Cuando me encierro en mi despacho con la firme intención de escribir, me doy cuenta de que hacerlo ha perdido toda la gracia, lo mismo que el resto de las actividades que suelo hacer. Todas excepto caminar.

Continúo dando largo paseos por la ciudad, lo que me permite relajarme y salir de casa, pues de otro modo apenas pisaría la calle. Siguen pasando los días. He recibido varios mensajes de Vicente preguntándome cómo voy con el manuscrito y ni me he molestado en mentirle, lo que por supuesto ha activado sus alarmas.

Mi editor ha intentado animarme, incluso ha venido a visitarme; sin embargo, mi apatía es de momento permanente.

La relación con Marta sigue igual, compañeros de piso que nos toleramos. Y no siempre. Lleva una semana sin hablarme y todo porque una de esas noches en las que se acercó a mí yo no me mostré muy animado y terminé rechazándola. Pero el detonante fue que al día siguiente me pilló masturbándome en la ducha. Para ella resultó inconcebible que hiciera algo semejante.

—¡Me engañas con otra! —me acusó gritando.

—¿Cuándo? —repliqué malhumorado por su interrupción—. Si apenas salgo de casa.

—Pues entonces explícame qué demonios te ocurre, llevas mucho tiempo evitándome, no creas que no me he dado cuenta —prosiguió en plan inquisitorial.

—No me apetece hablar del tema —dije en un intento de zanjar la conversación.

—Algo te pasa, te conozco y no es la primera vez que estás así —me acusó. Yo me encogí de hombros, lo que por supuesto la cabreó aún más.

—Vas a llegar tarde a trabajar —le recordé, pues para Marta la puntualidad era una religión.

—No sé por qué, intuyo que Vicente tiene mucho que ver en esto.

Entonces fue cuando estallé. Me jodió que acusara a mi editor sin pruebas de nada, sólo basándose en su enemistad. O puede que sólo necesitara una excusa para largarme de casa.

Algo que hice dos días más tarde.

Y ahora, mientras ordeno las bolsas de la compra en la minúscula cocina de mi pequeño apartamento, pienso que ya es hora de que empiece a hilvanar ideas para el próximo libro, pues antes de un año he de entregarlo y todo lo que se me ocurre es demasiado aburrido.

Escribir novelas de misterio ha sido, hasta no hace mucho, una tarea relativamente fácil para mí, sólo tenía que recurrir a mi «trastero de las ideas», empezar a unirlas e imaginar personajes. Sin embargo, en este momento no soy capaz de escribir ni medio párrafo.

Y lo más desesperante es que no me apetece siquiera intentarlo.

Capítulo 11

Dos años después

—No sé siquiera cómo decírtelo...

Me gustaría encender un cigarrillo mientras escucho a Vicente. Él ha insistido en que nos veamos en persona en vez de comentar por teléfono los asuntos relativos al nuevo libro. Cuando se lo envié se mostró entusiasmado, ya que me había concedido varias prórrogas, no obstante, ahora está que se sube por las paredes.

En ese aspecto tiene razón, pues yo había adquirido un compromiso que no cumplí. No me resultó fácil volver a concentrarme en la escritura. Tras mi separación de Marta, los días pasaban sin que me preocupara por hilar un argumento, por buscar datos que activaran mi creatividad. Me daba igual. Incluso llegué a prescindir del «trastero de las ideas», pues no me aportaba nada. He permanecido en estado de apatía absoluta demasiado tiempo, viviendo o casi subsistiendo. No he caído en la depresión ni he acabado borracho, sucio y desesperado, pese a que sí he pasado muchas horas solo, paseando sin otro objetivo que olvidar; a ser posible todo.

Sin conseguirlo, por supuesto, y de ese modo he terminado por aprender a vivir tal vez anestesiado, para que los pensamientos que me cabrean no aparezcan tan a menudo. Estuve tentado de visitar a un especialista, pero no lo hice y recurrí a mi fuerza de voluntad y a mis lecturas favoritas para alcanzar mis objetivos.

Cuando Vicente se ponía en contacto conmigo para ver cómo iba el libro,

yo me limitaba a decirle buenas palabras para que no insistiera y nada más. A veces ni siquiera atendía sus llamadas. Prefería pasar el tiempo tranquilo, leyendo o paseando. Incapaz de sentarme frente al portátil y abrir un documento para empezar a trabajar.

Sin embargo, tanta desidia no era buena y fue mi hijo quien en una de sus visitas me lo hizo notar. Aitor no es muy hablador, pero sí se atrevió a decirme que no podía seguir indefinidamente «tocándome los cojones». Ésas fueron sus palabras textuales. Él pensaba que toda aquella actitud apática y taciturna era producto de la separación, algo que no le aclaré, pues tampoco deseaba enrarecer más el ambiente.

No he hablado con nadie de los verdaderos motivos por los que mi matrimonio se ha roto. Ni creo que sea capaz de decirlo en voz alta. No es porque me guste torturarme, es más sencillo, sólo me pertenece a mí.

—Ya el título, *Si vuelve a ocurrir será diferente*, me sorprendió — prosigue Vicente, negando con la cabeza—. Demasiado largo, confuso.

—A mí me parece muy comercial —contesto, dando a entender que cambiarlo no es negociable.

—Escucha, Ignacio, seamos sinceros, ¿de acuerdo? Empezando por el hecho de que te has retrasado casi un año en la entrega del manuscrito, lo cual, como podrás imaginar, supone un grave perjuicio económico para la editorial, pues tu próximo libro ya estaba anunciado y se había creado cierta expectación al respecto.

—Algo que siempre os recuerdo que no debéis hacer —lo interrumpo serio.

—Bien, aparte de ese inconveniente, me presentas una novela que... —se frota las sienes, intentando buscar las palabras precisas— no sé ni cómo calificarla.

Puedo entender su postura, pero no pienso decírselo y voy a defender mi obra hasta el final.

—Es una novela de misterio, la única diferencia con las anteriores es el enfoque, no pretenderás que escriba una y otra vez el mismo guion, variando tan sólo los personajes o su ubicación.

—No es eso, tranquilo —dice, para serenar los ánimos—. Simplemente,

el cambio es demasiado radical. En *Si vuelve a ocurrir será diferente*, los personajes son muy extraños.

—De eso se trata, si fueran vulgares no podría escribir una novela — argumento con toda lógica.

—El protagonista, por ejemplo, ese concertista de piano de fama mundial, que lleva una doble vida espiando a sus vecinos y sembrando la discordia entre ellos, actitud que provoca enfrentamientos, amenazas, y encima el pianista lo graba todo para su diversión, hasta que una nueva inquilina empieza a sospechar de que algo ocurre y comienza a investigar, pero para más inri, ella les tiene una extraña aversión a los hombres y, para intentar superarlo, se prostituye.

Ha resumido bien la novela, se nota que al menos se la ha leído y eso es de agradecer, pero pese a ello intuyo por su tono que no está muy entusiasmado con publicarla.

—Yo veo un argumento muy atractivo, doble personalidad, doble vida... Cada personaje representa un tipo diferente; a través de ellos se ven las miserias, los miedos y los vicios de la gente en apariencia normal y que además presume de ello —explico con paciencia.

—Las escenas en las que la protagonista se acuesta con el primero que pasa son demasiado crudas, Ignacio, y ya es el colmo cuando, aun sabiendo que el pianista controla la vida de los vecinos, admite que se ha enamorado y que es capaz de hacer cualquier cosa por él.

—Nadie conoce sus propios límites hasta que se topa con ellos —digo convencido.

—El planteamiento es cojonudo, no lo niego, pero el desarrollo... No me malinterpretes, la narración es muy oscura, muy densa, los lectores se van a quedar a medias.

—Puede que sólo algunos; no todos son tan simples como tú piensas.

—Hay que valorar todos los aspectos. Cuanto más amplio sea el público, mayores las ventas, y hay lectores a los que no les gusta esforzarse demasiado intentando leer entre líneas —aduce y yo niego con la cabeza, pues no estoy de acuerdo.

—Ya sabes que mi objetivo primordial no es llegar a las grandes masas,

prefiero un público exigente, aunque sea reducido.

Vicente resopla.

—Olvidas que a la editorial le interesan las cifras —me corrige—. Si en vez de una edición podemos sacar cuatro, mucho mejor para todos.

Mi editor se levanta y se acerca a su mueble bar para servir algo de beber, yo rechazo el ofrecimiento. Para que se comporte de este modo es evidente que le han advertido desde arriba.

—Entiendo que no os interesa la novela. Perfecto, lo comprendo, no tenemos por qué discutir, buscaré otro editor —digo, pues también me he planteado la idea de la autopublicación. Y aún tengo ofertas de otras editoriales que puedo considerar.

—¡Ignacio, no me jodas! —exclama, tras beber un buen lingotazo.

—Pues entonces la novela se queda como está.

—Mira, siempre he sido sincero contigo y aposté por ti desde el principio —me recuerda y es cierto—. Cuando leí tu primer proyecto, *Laberinto*, me gustó, tanto que me arriesgué a publicarlo pese a la oposición de mis superiores.

—Lo sé, lo recuerdo —contesto.

—Las ventas fueron muy discretas.

—No te andes con eufemismos, fueron una mierda —lo corrijo y él asiente.

—Por suerte, luego mejoraron bastante. Bien, cuando me entregaste la segunda, *Bajo llave*, pensaba que me rechazarían el manuscrito, teniendo en cuenta la baja rentabilidad del anterior libro.

—Reconozco que pensé lo mismo —admito sin avergonzarme, pues sería ridículo negar que mi primera aventura editorial fue desastrosa.

—Sin embargo, llegaron órdenes directas de arriba diciendo que se publicara y que además se invirtiera en publicidad y promoción —añade y no sé si soy yo que estoy muy susceptible o que él se regodea al decírmelo.

Pero tras pasar por alto su tono, me doy cuenta de que lo importante es el significado que encierra su declaración.

—Eso no me lo habías contado —lo interrumpo frunciendo el cejo.

—Ahora da igual...

—No, no da igual —digo molesto—. En su momento me dijiste que me daban otra oportunidad, nada más.

—Ignacio, lo importante son los resultados, no le des más vueltas —dice en plan conciliador.

Debería dejarlo pasar, aunque no lo hago.

—Cierto que a mí también me sorprendió el hecho de que de la noche a la mañana pasé de ser un autor desconocido a tener que acudir a entrevistas, actos y que además se invirtiera en publicitar el libro, pero aun así pensé que era debido a la calidad de la novela —reflexiono en voz alta.

—No seas ingenuo. Hay libros que son una mierda pero venden millones de ejemplares y en cambio otros, de mucha más calidad, pasan desapercibidos —comenta.

—Por desgracia así es —convengo.

—La publicidad hace mucho, ya deberías saberlo.

—No soy tan estúpido y no desvíes la conversación. ¿Por qué hubo ese cambio respecto a mi obra?

—No debería contártelo...

—Al grano —exijo, cansado de tanto circunloquio.

—Hubo una persona muy influyente que intercedió en tu favor —dice, intentando por enésima vez evadir la cuestión.

—Dame más detalles.

—Pensó, y con razón, que tus novelas eran buenas y que merecías todo el apoyo. Convenció a los de arriba. No me preguntes cómo, aunque imagino que en determinados círculos todo se consigue a base de buenas influencias y unas llamadas de teléfono. Y, como suele decirse, el resto es historia.

La explicación tiene su lógica, pese a ello, no me convence.

—¿Conoces a ese misterioso mecenas? —pregunto con sarcasmo.

—No en persona, sólo me han hablado de ella.

—Cuando dices ella, ¿te refieres a la persona o a una mujer? —prosigo indagando, porque me jode bastante que me oculten las cosas.

—Ignacio, ¿qué más da? Centrémonos en tu nuevo libro...

—No, responde —insisto y no sé por qué me pongo tan pesado con este asunto.

¿Qué más da cómo o por qué he logrado ser un autor de éxito?

Al final mi obra funcionó, eso debería satisfacerme, pero no, nunca he querido ser un ignorante feliz.

—Es una mujer. ¿Contento? Hablemos de *Si vuelve a ocurrir será diferente*. Tenemos menos de tres meses para revisarlo, corregirlo y enviarlo a la imprenta. Hay que conseguir que esté en las librerías para la campaña de Navidad, cueste lo que cueste.

—Dime su nombre —exijo, sin prestar la más mínima atención a cuanto está diciendo sobre el libro.

—¿Perdón?

—Que me digas el nombre de la persona que presionó para que se publicara mi segunda novela —repito, controlando el tono de voz.

—No puedo, se firmó un acuerdo de confidencialidad. De hecho ya he hablado más de la cuenta —se excusa y eso hace que yo me obstine aún más en averiguarlo.

—Muy bien. —Me pongo de pie—. Aún no he firmado el contrato con vosotros, así que *Si vuelve a ocurrir será diferente* no se publicará, no al menos en esta editorial.

—¡No puedes hacer eso! Te comprometiste a entregarnos una novela —dice, elevando la voz sin duda enfadado.

—No te preocupes, te entregaré una —contesto, porque, si me lo propongo, en un mes y medio le escribo cualquier porquería—. Como tú bien has dicho, cualquier mierda bien envuelta se vende.

—Ignacio...

Me inclino sobre su mesa de despacho y repito:

—Dime su nombre o me largo de aquí.

—Te recuerdo que aceptaste la opción preferente con nosotros y que, por tanto, no puedes publicar nada en otra parte si antes no te lo hemos rechazado.

Me ha sonado a amenaza, pero aun así, mantengo mi actitud, porque si cedo sé que nunca más voy a tener la oportunidad de llegar hasta el fondo de la cuestión.

—Acabas de hacerlo, no te gusta el título, no te gusta el desarrollo y yo

no pienso tocar ni una coma.

—Ignacio, no seas cabrón.

—Sólo tienes que decirme un nombre y te firmo ahora mismo el contrato y además puedes hacer lo que te dé la gana con el puto libro —le espeto cabreado.

—Eso es chantaje —me acusa.

—En efecto —admito sin ambages—; la pelota está en tu tejado.

Dicho esto, me doy media vuelta con la firme intención de largarme cuanto antes. A cada minuto que pasa, una duda va afianzándose en mi interior. Una mujer ha dicho.

—¡Espera, maldita sea! —exclama para detenerme.

—No intentes convencerme —le digo, mostrándome inflexible.

—Por las malas tienes las de perder —se arriesga a decir, sabiendo que ni antes ni ahora me asustan las consecuencias.

Además, sé que quienes más pierden son ellos, pues aun ganando una supuesta demanda, la publicación de la novela no sería posible hasta el final del proceso judicial y el tiempo va en contra de sus intereses.

—Sólo tienes que darme un nombre —le recuerdo y agarro la manija de la puerta con la intención de largarme. No voy a darle ni un minuto más, que haga lo que considere oportuno.

—Te juegas mucho, Ignacio.

—Nos jugamos mucho —matizo y sabe que es su última oportunidad.

—Si te arriesgas a publicar esta novela en otra editorial, nuestros abogados se te echarán encima y lo sabes. Te costará mucho dinero.

—Pero me dará publicidad —replico, porque Vicente siempre me recuerda que cuanto más se hable de uno en los medios, más ventas hay después.

—Eso es un arma de doble filo —dice muy serio—. Y quizá nadie se quiera arriesgar a meterse en líos judiciales cuando hay tantos y tantos escritores, mucho más baratos, a los que publicar.

—Haz lo que quieras. Yo estaré dos días más en Madrid y después me vuelvo a Valencia. Tengo mejores cosas que hacer que discutir contigo, empezando por buscar un nuevo editor —afirmo sin titubear.

Salgo de la editorial sin hacer caso de los pitidos del móvil. Vicente no pierde el tiempo y a buen seguro debe de ser él quien está bombardeándome con mensajes para que recapacite. Termino apagando el teléfono. No quiero saber nada si antes no me da el nombre que quiero.

Camino tranquilo hasta una cafetería donde siempre me paro cuando vengo de visita a la editorial. Una vez dentro, me acomodo y, tras pedir un café, me dispongo a encajar las piezas. Cuanto más pienso las palabras de Vicente, más cuenta me doy de que todo apunta en una dirección.

Puedo estar equivocado, puede ser sólo una corazonada, sin embargo, me temo que estoy en lo cierto. Una mujer. Ella.

—Sabía que te encontraría aquí. —Vicente interrumpe mis pensamientos sentándose enfrente de mí sin preguntar antes si me apetece hablar con él.

—¿Quieres tomar algo? —pregunto y él niega con la cabeza.

—Estoy aquí para que recapacites, Ignacio. No vas a estropearlo todo por una chiquillada —argumenta en un tono un tanto condescendiente.

—Vaya forma de convencerme... —murmuro, saboreando el café.

—Déjate de ironías. He hecho algunas llamadas y, bueno, acceden a publicar tu novela tal cual, manteniendo su estructura original —explica y esboza una sonrisa.

Imito su gesto, aunque en mi caso es sólo por educación.

—No es suficiente —digo, manteniéndome en mis trece.

—¡Ignacio, por favor! Debes mirar hacia delante. Es lo que importa. Llevas dos años sin publicar nada, tus lectores son pacientes, no lo niego, pero pueden olvidarse de ti y más teniendo en cuenta la competencia.

Apuro mi café con cierta parsimonia y cuando dejo la taza en la mesa, me inclino hacia delante antes de hablar:

—He ganado lo suficiente con los libros que he publicado, como para poder tocarme los cojones una buena temporada, eso por no mencionar las suculentas ofertas que he recibido estos años atrás y que he rechazado por lealtad hacia ti. Y no olvidemos que siempre puedo retomar mi puesto como profesor y ganarme la vida con comodidad. —Expongo mis argumentos sin titubear; Vicente va listo si cree que me puede amedrentar.

—De un tiempo a esta parte te has vuelto un cabrón, en especial desde

que te divorciaste de Marta —me espeta y yo me encojo de hombros—. Puede que tu exmujer nunca fuera santo de mi devoción, pero mientras estabas con ella al menos eras de fiar.

—Deja de marear la perdiz. Sólo te he pedido un nombre.

—Está bien, tú ganas —accede, porque sabe que no voy a dar mi brazo a torcer y si me largo a otra editorial las pérdidas serán notables—. Debes prometerme que no saldrá de aquí.

Asiento, no es mi intención pregonarlo a los cuatro vientos, sólo quiero confirmar mis sospechas.

Después averiguaré por qué lo hizo.

—Victoria de...

—Usabel y Mateu —completo por él.

Vicente abre los ojos como platos.

—¿La conoces? —Frunce el cejo, perplejo—. ¿Todo este numerito de escritor intransigente, cuando resulta que ya sabías de quién te estaba hablando?

—Como te he dicho —saco la cartera y dejo dinero sobre la mesa para pagar el café—, haz lo que te plazca con la novela.

No le doy opción a réplica.

Capítulo 12

Cuando llego al hotel, enciendo el móvil para revisar los mensajes. Tengo varios y sólo uno me interesa. Es el de mi cita de esta noche.

Tras separarme de Marta estuve un largo periodo desgano y encerrado en mi nuevo apartamento sin hacer nada productivo, ni siquiera escribir un párrafo. Hasta entonces únicamente había vivido un breve tiempo solo, mientras estuve en la universidad, y al principio me resultaba extraño tenerme que ocupar yo de tareas que nunca había realizado. Me costó adaptarme a la nueva situación, lo admito, pues ya no disponía de todas las horas para mí, no obstante, ahora he conseguido conjugar las obligaciones domésticas con mis ganas de escribir. Ha habido días que incluso yo me he sorprendido de las ideas que se me ocurren mientras paso la escoba.

Pero hoy no estoy en mi pequeño refugio. Tengo una cita, una muy especial.

Todo empezó más o menos hace seis meses, a raíz de una de esas conversaciones casuales con un viejo compañero de facultad. Hacía una eternidad que no coincidíamos y quedamos para ponernos al día de nuestras respectivas vidas. No tenía por qué salir el tema; sin embargo, una cosa llevó a la otra y al final me habló de un grupo reducido de hombres y mujeres cuya única finalidad era mantener encuentros de índole sexual. Sin ningún compromiso. Si se deseaba incluso sin nombres. Sólo había que expresar los gustos de cada uno y fijar el encuentro.

Así de sencillo.

Así de rápido.

Así de práctico.

Se recibe un mensaje y sólo hay que confirmar la asistencia. Si no se puede, o no apetece, no pasa nada por rechazarlo. Se da por hecho que todos los inscritos en la web poseen educación y madurez como para aceptar que, incluso, se cancele la cita sólo unas horas antes.

Todo se realiza a través del chat privado de una web en la que previamente hay que inscribirse. Al hacerlo se crea un perfil básico y se especifican las filias y fobias, así como cualquier otro dato que pueda ser relevante. Yo no introduje apenas opciones en cuanto al tipo de relación sexual, sólo puse dos condiciones para aceptar citas: que fueran mujeres mayores de treinta y cinco años (no me apetece estar con veinteañeras inseguras) y que no se llamaran Victoria ni tampoco Marta (no deseo que un recuerdo confuso estropee un encuentro).

Antes de decidirme, miré varios perfiles. Si mis exigencias podían parecer extrañas o no, me traía sin cuidado, aunque pude observar cosas mucho más raras. Nunca juzgo a quienes se apuntan a este tipo de páginas, sin embargo, no he podido evitar pensar qué otros motivos (aparte del mío propio) existen para ello. Quizá en algún momento lo medite con más calma, pues desde luego resulta muy tentador utilizarlo para una novela de misterio, pues la infinidad de perfiles que se pueden encontrar en las diferentes fichas de socios es de lo más atractivo.

Por supuesto, también están incluidas las relaciones homosexuales y hay quienes piden de forma expresa probar durante una noche o cumplir una fantasía. Yo de momento me limito al aspecto más «convencional» del sexo. No sé si en un futuro me mostraré más proclive a tantear el terreno.

Lo curioso es que a fecha de hoy no he propuesto ninguna cita, no por miedo ni por ninguna otra razón, simplemente no ha sido necesario, pues al poco tiempo recibí la primera oferta. Reconozco que estuve tentado de rechazarla, pero acepté y desde entonces puedo decir que el balance es satisfactorio.

La mujer de hoy se llama Genoveva (nunca se mencionan los apellidos, salvo que durante el encuentro cualquiera de los asistentes cambie de idea) y se acepta utilizar un nombre falso. Tiene cuarenta y dos años. Es subdirectora

de una importante multinacional alimenticia europea. Ésta es la segunda vez que quedamos. Por supuesto, no se trata de una relación, pero tras nuestro primer encuentro ambos nos quedamos satisfechos y ella ha enviado de nuevo el mensaje. Es una mujer culta, educada, un tanto introvertida, sin embargo, una vez roto el hielo inicial resulta una excelente conversadora.

Hemos quedado en el restaurante de hotel. Genoveva está de paso en la ciudad por cuestiones de trabajo; éste es lo más importante para ella, de ahí que no esté casada ni tenga tiempo para una relación sentimental. Sólo quiere pasar buenos ratos y, a ser posible, en buena compañía.

Así que, tras enviarle un mensaje a Genoveva, me arreglo y recojo la habitación, dejándolo todo listo para después.

—Siento llegar tan tarde —se disculpa ella acercándose a la mesa donde la aguardo.

Yo me levanto y sonrío antes de acercarme y darle dos besos de bienvenida. Un saludo bastante más afectuoso que el del primer día, pues en aquella ocasión nos dimos un frío apretón de manos. Lógico, por otra parte, es preferible mostrarse cauteloso.

—No pasa nada —contesto sin perder el buen humor.

—Hay días en los que todo parece estar en mi contra —añade con pesar. Se sienta frente a mí y añade—: Ya he apagado el móvil, por hoy basta de trabajo.

—Tranquila —digo sin perder la sonrisa.

—Ignacio, eres demasiado comprensivo —comenta mirándome por encima de la carta y yo me encojo de hombros.

—¿De qué sirve enfadarse? Además, tu demora tiene un motivo justificado y sólo han sido veinte minutos.

—Lo dicho, eres demasiado comprensivo —repito halagándome.

Cenamos con calma y aprovechamos para hablar. Ambos sabemos lo que más o menos ocurrirá más tarde, cuando vayamos a la suite; sin embargo, preferimos disfrutar antes de este rato agradable, pues tanto a ella como a mí nos gustan los buenos momentos y nada mejor que crear un buen ambiente para que luego todo discurra de manera más natural.

Reconozco que en nuestro primer encuentro las cosas sucedieron de

forma un tanto mecánica, incluso distante, como si no fuéramos a mantener relaciones sexuales. De ahí que esta vez yo considere oportuno charlar un rato antes y no ir directo al grano.

Algunas mujeres con las que he quedado buscan eso nada más, aunque no puedo culparlas, al fin y al cabo la idea original de este extraño club es precisamente ésa, tener encuentros esporádicos sin ningún tipo de vinculación afectiva. No obstante, yo creo que no está de más ser educado y más si cabe cuando la mujer que tengo enfrente agradece el detalle.

Durante la conversación, Genoveva me habla de su trabajo. Se lamenta de cómo sus compañeros aún siguen cuestionándola por no ser un hombre o de que es consciente de que, pese a ser una de las mejores ejecutivas, tiene muy crudo llegar a ser la directora general, pues en su empresa tienen un doble rasero a la hora de medir. Un fallo de su parte es mucho más penalizado y, por si fuera poco, sus jefes siguen pensando que al no estar casada y no tener hijos, le falta algo.

Yo la escucho encantado, es más, disfruto de la charla amistosa con mujeres como ella, pues sabe explicarse muy bien sin perderse en detalles absurdos. Desde luego, un día de éstos tendré que escribir un libro con una mujer de protagonista absoluta.

—Creo que ya he hablado suficiente sobre mí. Cuéntame, ¿cómo te ha ido con tu editor?

Genoveva ha leído mis libros y durante nuestro anterior encuentro le comenté en qué proyecto estaba metido y que dudaba acerca de su viabilidad, pues Vicente podía, como de hecho ha ocurrido, poner objeciones.

En teoría no deberíamos dar detalles personales, pero me parece ridículo no poder charlar. En las reglas no dice nada de que no se pueda fijar un encuentro para disfrutar de la buena mesa, mientras se habla de manera relajada y amistosa. Es más, creo que muchas de las personas que contactan a través de este club buscan compañía y afecto, no sólo sexo, y me incluyo.

—Como esperaba, un encuentro tenso —contesto, mirándola a los ojos.

No puedo evitar comparar a cada mujer con la que estoy con Victoria. Es una gran putada y quizá, tras haber estado con ella y saber que volver a verla es una quimera, me atraigan las féminas fuertes, seguras de sí mismas, con

ocupaciones relevantes.

Por suerte, Genoveva no es de esas que, tras pasarse el día dando órdenes, luego se muestra sumisa en la cama. Cierto que es algo tímida, pero creo que se debe a la falta de confianza, pues me confesó que llevaba muy poco en esto de los encuentros sin compromiso, ya que su anterior relación hizo aguas, porque el tipo en cuestión no llevaba nada bien que ella viajara tanto y que además ganara mucho más dinero que él.

—Vaya... pues es una pena, porque tengo muchas ganas de leerlo — comenta y sé que no lo dice para adularme.

—No tengo la más remota idea de cuándo se publicará y, de hacerse, si sufrirá cambios.

Genoveva frunce el cejo.

—Tenía entendido que los autores sois bastante inflexibles a la hora de hacer cambios en vuestras obras —comenta, y yo sonrió.

—Cierto —admito sin sentirme molesto, pues no es una crítica. Además, quien escribe sabe muy bien cuánto joroba que otro venga y te desbarate toda una escena o te cambie medio manuscrito porque así es más comercial—. Es un sambenito con el que convivimos los escritores.

—¿Y vas a permitirlo?

Inspiro hondo y apuro la copa de vino.

En otras circunstancias no permitiría que tocaran ni una coma, sin embargo, en esta ocasión voy a tener que tolerar lo que Vicente y su equipo quieran hacer con *Si vuelve a ocurrir será diferente*. Eso si no cambian primero el título.

—Por desgracia sí.

Genoveva frunce de nuevo el cejo ante respuesta tan resignada.

—No entiendo por qué...

—Digamos que es un caso especial —la corto, pues no quiero hablarle de los detalles—. Él me ha hecho un favor y a cambio... —Me encojo de hombros.

—Bueno, es tu decisión, sólo espero poder leerlo lo antes posible.

Saca la tarjeta de crédito. Algo que yo acepto con total naturalidad. No me ofende. Cuando se acuerdan este tipo de citas, los gastos se pagan a

medias. Una especie de acuerdo tácito. No hace falta hablar de dinero, se considera vulgar, de mal gusto. En estos ambientes se da por hecho que se dispone de estabilidad económica y que se tiene una cuenta saneada. Aquí uno no se puede comportar como el típico «amigo gorrón» que se apunta a cualquier cena, salida o espectáculo y después no paga su parte o se hace el remolón antes de abrir la cartera.

Del mismo modo que se sobrentiende que se paga a medias, se da por hecho que la calidad del establecimiento debe ser de un nivel alto, nada de hostales cutres (a no ser que se haya pactado antes para cumplir algún tipo de fantasía morbosa). En mi caso, la cita con Genoveva responde a dos premisas: calidad alta y comodidad para ella, pues sé que necesita un hotel bien comunicado.

Yo me he hecho cargo del hotel. No me hubiera importado correr con todos los gastos, pero intuyo que a ella ese gesto en apariencia tan caballeroso podría molestarla.

—¿Te apetece tomar una copa? —pregunto, mientras abandonamos el restaurante.

—Sí, ¿por qué no? Veamos qué nos ofrece el minibar —sugiere.

Mi idea era tomar algo en el bar del hotel, no obstante, tampoco es mala idea hacerlo en la suite. Más comodidad y sobre todo intimidad.

Caminamos despacio, sin rozarnos. No existe ningún tipo de contacto físico, ni siquiera visual. Nada de miraditas cargadas de sensualidad. Cualquiera que nos observe pensará que tan sólo se trata de conocidos, poco más.

Una de las «recomendaciones» primordiales es mantener las distancias y las formas en público. Nada de arrebatos pasionales en el ascensor o tocamientos morbosos por debajo de la mesa, por muy tentadores que resulten. La discreción es fundamental, pues nadie ajeno al club debe sospechar de qué naturaleza son estos encuentros.

Si alguno de los dos coincidiéramos con algún conocido, nada debe indicar qué ocurre entre ambos. Lo más sencillo es que dé la impresión de que se trata de una cita de negocios.

—Siempre llego a la misma conclusión. Por mucho que se esfuercen los

decoradores, las habitaciones de hotel no dejan de ser frías, desapasionadas —comenta Genoveva tras cerrar la puerta.

—Si te soy sincero, a mí el exceso de lujo me molesta —digo, quitándome la chaqueta de piel.

Hoy he prescindido de corbata y traje. Cada vez me cuesta más llevar ropa tan formal, y en general opto por prendas más cómodas. Quizá el motivo sea que ahora yo me ocupo de comprar mi ropa.

—Estoy de acuerdo contigo, cuando te pasas media vida en hoteles sólo buscas descansar. Te trae sin cuidado el hecho de que los grifos del baño hayan sido concebidos por un célebre diseñador en exclusiva para la cadena hotelera. Lo que quieres es una buena cama, todo lo demás es superfluo —dice convencida y yo asiento.

Se descalza y se sienta en una esquina de la cama, con una postura un tanto sugerente, pero que de momento no me afecta. Yo me limito a servir las bebidas. Genoveva siempre aguarda a que yo haga el primer movimiento.

—No puedo quedarme toda la noche —comenta con una sonrisa triste, cuando le entrego su copa.

—No tenemos por qué acostarnos —digo, acomodándome en la parte opuesta de la cama.

Ella arquea una ceja.

—¿No te apetece? —inquire coqueta.

Ahora es mi turno de sonreír.

—Nunca lo dudes, pero creo que es importante mencionar que, a estas alturas, no todo es follar. Puedo mantener una conversación en buena compañía y que la velada resulte excelente.

Con ella procuro utilizar términos poco explícitos, sin embargo, en esta ocasión he elegido deliberadamente la palabra «follar» para ver su reacción.

Como intuía, se ha sorprendido.

Se frota el cuello y hace rotar los hombros.

Dejo la copa en la mesilla y me sitúo detrás de ella. Sin pedir permiso, le suelto el pelo y empiezo a masajearle la cabeza. Ella lo agradece con murmullos y se recuesta en mi pecho.

—Mañana he de coger un avión a las ocho y media —musita, dejándose

querer.

—¿Adónde vas?

—A Hong Kong. No sé cuántas horas de viaje tengo por delante. Aunque vaya en *business* me agota igual —añade con un suspiro, dando a entender que no es un viaje de placer—. Me quedaré allí alrededor de dos meses, reorganizando la sucursal que el anterior director dejó patas arriba.

Se supone que tampoco debemos compartir datos personales entre nosotros. Claro que podemos hablar, pero en teoría de asuntos banales. Sin embargo, yo sé que para ella, como para muchas otras, una cita no sólo es acostarse con un hombre, sino también poder desahogarse.

Continúo con el masaje, ahora por los hombros.

—Y lo más triste de todo es que me han designado para este trabajo no por mis capacidades, que ya he demostrado de sobra —prosigue e intuyo que ha cerrado los ojos mientras se relaja—. Simplemente porque soy la única que no está casada y con hijos y por lo tanto no he de rendir cuentas a nadie y puedo pasarme el tiempo que se precise fuera de casa.

—Por desgracia a muchas todavía os juzgan por vuestro estado civil —apunto.

—Así es —admite resignada—. Por mucho que me esfuerce, seguirán juzgándome de igual modo.

Se vuelve para mirarme. Está preciosa con el pelo suelto. Yo le acaricio la mejilla con ternura, pues sé que necesita apoyo moral. Es una mujer fuerte, por lo que nunca viene mal un poco de comprensión.

—No pienses más en ello, ahora no es el momento. Hablemos de otra cosa —sugiero con amabilidad.

—Tienes razón...

Reacciona como no hubiera pensado nunca y, con rapidez, se vuelve para quedar sentada a horcajadas sobre mí. Y no conforme con eso, aprovechando la ley de la ventaja, me empuja hasta que quedo tumbado y ella bien acomodada sobre mi entrepierna.

Mi excitación no era muy evidente, pero empieza a serlo.

—A veces quiero ser una chica mala, arriesgarme.

—Puedes ir a una de esas reuniones de ejecutivos sin ropa interior —

propongo y ella se muerde el labio.

—Ya lo había pensado, pero nunca me he atrevido.

—Pues no se hable más, a la próxima junta directiva vas con el culo al aire.

Ambos nos echamos a reír.

—De acuerdo, lo haré... Aunque seguro que me pongo colorada y todos se dan cuenta de ello.

—Si quieres ser una chica mala, tendrás que arriesgarte —respondo con toda lógica.

—No es tan sencillo, porque antes... —Me empieza a desabotonar la camisa y yo permanezco expectante e inmóvil, con los brazos en cruz, dejándola hacer a su antojo—... debería practicar un poco, ¿no crees?

—Hummm... —murmuro, cuando comienza a acariciarme el pecho con ambas manos.

La presión sobre mi polla empieza a ser preocupante.

—Es difícil encontrar a alguien dispuesto a dejarse... ya me entiendes...

Podría corregir esa afirmación y decirle que pagando se puede conseguir de todo; sin embargo, mantengo la boca cerrada, quiero comprobar hasta dónde es capaz de atreverse.

Salta a la vista que no tiene la más remota idea de cómo manejar una situación semejante. Podrá ser una excelente ejecutiva, pero el tema de controlar una relación sexual lo tiene un poco verde. Por ese motivo, me quedo un rato quieto, en aparente estado de sumisión, para que adquiriera un poco de confianza...

Capítulo 13

Genoveva lleva unos minutos callada, tocándome. Le está dando vueltas a la situación. Yo me he empalmado, aunque ni de lejos he alcanzado ese grado de excitación que te obliga a ser más resolutivo. Mi cuerpo responde a sus caricias, obviamente, y mi cabeza juega un papel determinante, imaginando todo tipo de escenas. Algunas más factibles que otras, pese a que dudo de la capacidad y el arrojo de ella para llevarlas a cabo si se lo pidiera.

—¿Tú... tú me lo permitirías? —pregunta titubeante.

—¿El qué, exactamente?

—Atarte y «esas cosas» —murmura, apartando la mirada, sin duda cohibida.

—Si te parece, podríamos empezar por algo más sencillo —propongo para no romper el encanto con exigencias complicadas. No la veo yo muy preparada para jugar con ataduras, aun así, quiero que se sienta libre y cómoda en todo momento para seguir adelante.

Para no confundirla, no voy a decir que siempre me he sentido atraído por las mujeres dominantes, o quizá puede que sólo por una. De ahí que a Genoveva le vaya a resultar muy complicado manejarme, porque, aunque ella quiera, mi predisposición no es la idónea.

—¿Y qué sugieres? —pregunta con interés.

Resulta muy tentador tomarle el pelo... de ahí que tarde más de la cuenta en contestar. Eso y que la presión constante de su cuerpo sobre mi polla no me facilita la oratoria.

—No es muy de chica mala —murmuro y hago una pausa para mantener

su interés y el mío, por supuesto, ya que muchas veces las palabras y el tono en que se pronuncian son tan estimulantes como los gestos—. Puedes empezar por desnudarme y, mientras lo haces, ir pensando qué quieres que te haga yo —propongo amable.

—Muy bien... —musita y se aparta para poder maniobrar.

Me pongo cómodo en la cama, dejo los brazos inertes a los costados y respiro, preparándome para lo que sea que tenga en mente.

Termina de abrirme la camisa, despacio, con cara de concentración, para después arañarme el pecho con suavidad, más que un arañazo parece una caricia. Me hubiera gustado sentir esa pequeña chispa de dolor que me enciende como ninguna otra cosa.

Tiene las manos frías y el contraste resulta cuanto menos interesante. Soy muy consciente de que nunca será como «ella». Cierro los ojos, pensar en una mujer cuando estás con otra podría ser contraproducente, sin embargo, a mí me funciona y me dejo llevar.

Ninguna será como Victoria.

Tras tocarme a conciencia, se atreve con el cinturón, sus gestos al menos son firmes. Siseo cuando presiona con la palma de la mano sobre la bragueta.

—Aún no estás siendo muy mala que digamos —la provoco.

—Tienes toda la razón... —admite en un susurro, sin dejar de sobarme por encima del pantalón.

Mantengo la postura cuando ella baja la cremallera, despacio, quizá dudando. Mi respiración comienza a acelerarse, es algo inevitable. Genoveva continúa desnudándose, con demasiada parsimonia para mi gusto, pero puede que sea una de sus fantasías.

Al acabar, abro los ojos un instante y la veo de pie frente a la cama, mirándose mientras se ocupa de su propia ropa.

—¿Vas a mirarme? —pregunto con un deje burlón y ella frunce el cejo.

—Bueno, sí, me apetece mirarte...

—Como quieras —convengo con aire pícaro y ella, que no tiene un pelo de tonta, cae en la cuenta de que como chica mala no tiene futuro y que debe ir variando su actitud si quiere dominarme, o al menos intentarlo.

Yo continúo excitado, ella bien lo puede comprobar. Sigo con la vista sus

movimientos al desnudarse, algo que siempre he considerado de alto potencial erótico, ir descubriendo poco a poco partes del cuerpo que después vas a tocar y, a ser posible, saborear.

—Ya sé que no estoy en disposición de darte órdenes, pero me parece apropiado mencionar que si te dejaras los zapatos como único complemento, te sentirías más poderosa —la animo y ella, tras reflexionarlo unos breves segundos, asiente.

Regresa caminando, ahora sobre sus tacones, hasta la cama, sus caderas oscilan mucho más y yo le sonrío excitado y con ganas de que me ponga la mano encima.

—Mastúrbate —ordena de repente, sorprendiéndome con su atrevimiento, que por supuesto agradezco.

Aunque sé que puede ser mucho más exigente. Me dispongo a ponerla a prueba.

—Oblígame —replico altanero, sólo por el perverso placer de ver su reacción y comprobar hasta dónde es capaz de llegar con tal de cumplir sus deseos.

—Hazlo —insiste y niego con la cabeza.

—Oblígame —repito aún más desafiante.

Nos miramos. Sé que está tan cachonda como yo, aun así, ella puede disimularlo mucho mejor.

Sólo pretendo sacarla de sus casillas.

—¡He dicho que te la menees! —grita, tratándome como si fuera uno de sus subordinados, incapaz de acatar un sencillo mandato.

Sonrío con disimulo para no molestarla y despacio, muy despacio, deslizo una mano hasta mi polla y me la agarro. Sólo la rodeo con un puño, no hago ningún otro movimiento.

—¿Estás sordo?! —vuelve a gritarme y admito que ese tono me excita mucho.

—No me has indicado cómo quieres que lo haga —replico sin mostrarme todo lo sumiso que requiere la situación, pero tampoco con aire altivo, para no mosquearla.

—¿Perdón?

—Debes decirme si deseas que lo haga rápido o prefieres que dure un poco más —le explico, ocultando mi satisfacción no sólo por el juego que nos traemos entre manos (en mi caso literal), sino por su actitud, a caballo entre la inexperiencia y sus deseos de mandar.

—Empieza como más te guste y después, si no me convence, ya te lo indicaré.

Es lista, acaba de demostrarlo.

No demoro más lo inevitable. Genoveva permanece de pie, desnuda, sin quitarme el ojo de encima y eso me sirve de aliciente.

Poco a poco dejo de pensar en ella y me concentro en mis propias sensaciones, en el movimiento de mi mano. Es lo bueno que tiene masturbarse, que conoces tu cuerpo y sabes qué ritmo imprimir. Noto crecer la tensión y aprieto más el puño, no voy todo lo rápido que podría, por el simple hecho de que me gusta sentirme observado, tiene un morbo añadido difícil de explicar.

Pero pese a mis intentos de alargar la situación, me veo abocado al fracaso, pues me la estoy sacudiendo cada vez a mayor velocidad. Respiro en un vano intento de no acelerar demasiado. Vuelvo a fracasar. Arqueo las caderas y aprieto los dientes. De seguir así me voy a correr en dos minutos.

Justo en ese instante, ella me detiene colando su mano sobre la mía. Se arrodilla a un lado. No me hace mucha gracia que me frenen en seco, sin embargo, cambio de opinión cuando Genoveva comienza a masturbarme ella, uniendo nuestras manos.

—Joder... —se me escapa—. ¿Puedo tocarte?

Tenerla tan cerca y no hacerlo me parece ridículo.

—No.

—¿Por qué? —pregunto, mirándole los pezones, duros y tentadores, que podría chupar con verdadera dedicación.

—De momento ocupémonos de esto —contesta, señalando mi erección.

—Como quieras... —susurro.

No sé por qué un acto en apariencia tan sencillo me está resultando tan placentero y noto cómo me acerco al límite, cómo todo mi cuerpo se tensa y dejo de pensar en Genoveva y sólo me ocupo de mí mismo. De liberar toda la

tensión, de correrme, sin importarme los jadeos que pueda emitir. Me descontrolo por completo y acabo eyaculando, gruñendo de forma casi animal.

Cuando vuelvo a ser consciente de lo que ocurre a mi alrededor, lo primero a lo que presto atención es a ella, que sigue arrodillada a mi lado, con su mano aún sobre la mía.

—Disculpa —musito, pues la he manchado de semen.

Busco con la vista algo que le pueda servir para limpiarse. No me avergüenzo, era inevitable, aun así, entiendo que no a todas las mujeres les gusta salpicarse.

—¿Por qué? —inquire en el mismo tono susurrante.

—Por esto —digo, señalando las evidencias.

—Ah, bueno, son lo que se denomina daños colaterales —bromea y aparta su mano impregnada de mi semen para observarla con mayor atención—. Ahora bien, no te perdono que hayas sido tan desconsiderado con tu «ama».

Bueno, para ser francos, aunque entrenase día y noche y se enfundase en látex, Genoveva nunca conseguiría ser una dómina, pero me ha hecho gracia y no quiero estropearle la ilusión.

—Porque no has querido, me tenías a tu disposición... —contesto, arqueando una ceja.

Nos miramos en silencio. Ella no sabe bien cómo reconducir la situación y yo tengo unas ganas enormes de fumar. Podría excusarme e irme al aseo, sin embargo, termino por preguntar.

—¿Te molesta que fume?

Sé que no le hace mucha gracia, ya lo hablamos en nuestro primer encuentro.

—Está bien —accede no muy convencida.

Yo debería desestimar la idea, no obstante, la necesidad de nicotina puede más.

Tras la primera calada me siento en la puta gloria. Orgasmo y tabaco, la mezcla perfecta.

—En cuanto me acabe este cigarrillo... —doy otra calada y la miro

fijamente— vas a tumbarte en la cama y te vas a olvidar de ser una chica mala.

Genoveva sonrío algo tímida y asiente.

—De acuerdo...

Yo, que soy un hombre de palabra, rompo sin embargo mi promesa sin el más mínimo remordimiento, pues al apagar el pitillo me incorporo y le indico que se ponga a cuatro patas, que la voy a follar como a una chica mala. Ella se sonroja y acaba aullando mientras le tiro del pelo y embisto como un poseso. Incluso acaba pidiéndome que le dé unos azotes. Con cierta cautela atiendo su ruego y Genoveva se corre y murmura algo así como «me encanta ser una chica mala».

* * *

Un leve ruido me despierta y, desorientado, busco el móvil para mirar la hora. Entonces veo una sombra moviéndose por la habitación.

—Vuelve a dormir —me susurra Genoveva, terminándose de vestir.

—¿Adónde vas tan temprano? —pregunto somnoliento.

—No debería haberme quedado. Un coche ya me está esperando abajo para llevarme al aeropuerto —responde.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media —responde apurada—. Tranquilo, no te levantes, enseguida acabo y me voy.

Sin embargo, yo en esas cosas prefiero pecar por exceso que por defecto, así que abandono la cama y busco algo que ponerme. No es plan despedirla en cueros. Ella agradece el gesto con una media sonrisa y termina de recoger sus cosas. Cuando se acerca a la puerta, se la abro y Genoveva me da un beso en la mejilla.

—Gracias por todo, Ignacio —musita.

Yo, en otro arranque de galantería, le beso la mano. Puede parecer una estupidez desfasada, y más teniendo en cuenta que sólo somos amantes ocasionales, no obstante, prefiero que nos quede buen sabor de boca. No tengo ni idea de si volveremos a vernos. En teoría depende de ella.

—Buen viaje —respondo y la observo caminar por el pasillo enmoquetado.

Genoveva no se vuelve y sólo cuando se cierran las puertas del ascensor yo cierro la de la suite y me vuelvo a la cama. Mañana tengo que ver a mi ex.

* * *

Desde que me separé de Marta apenas nos hemos visto. A ninguno de los dos nos interesa forzar un encuentro en el que, si no hay nadie más presente, podría surgir el conflicto. Así que nos limitamos a reuniones familiares y como hoy es el cumpleaños de Alba, vamos a encontrarnos.

Mientras conduzco en dirección a la que fue nuestra casa durante mi matrimonio con ella, no puedo evitar pensar que allí me siento como un extraño. Ni un solo día he echado de menos mi vida entre aquellas paredes. Claro que tengo recuerdos agradables, pero no tanto como para sentir nostalgia. Lo cual es sin duda una gran ventaja. No me importó nada en absoluto cederle la propiedad a Marta, incluso sentí alivio cuando firmé los papeles.

Tan sólo recogí mis efectos personales, algo de ropa, el ordenador y mis diferentes libretas llenas de anotaciones, junto con la colección de libros y discos.

Ni me molesté en mirar los muebles y demás ornamentos de la casa en la que había convivido con ella; muebles y enseres que Marta compró y eligió y en los que yo no tuve voz ni voto, porque me daba igual uno que otro. Para mi ex todo eso sí era relevante, por lo que, de haber surgido desavenencias en ese aspecto, desde luego ella hubiera peleado por cada pieza.

Después de tantos años juntos y no queda nada... Fue a la conclusión que llegué cuando comencé a vivir solo. No me afectó demasiado. Por extraño que parezca, fue más bien una liberación.

Mis hijos, que no son tontos, no se sorprendieron cuando los informamos de la noticia. Quizá Aitor se mostró más contrariado, pero ambos aceptaron la nueva situación. Se quedaron a vivir con su madre por razones prácticas, ya que así disponían de su espacio y, por otra parte, mi idea no era trasladarme a

un gran apartamento, además, llevábamos tiempo en el barrio y allí están sus amigos.

Quien mejor lo entendió fue Alba, que se comportó con mayor madurez de la que cabría esperar de una adolescente, algo que por supuesto le sentó como una bofetada a su madre, ya que Marta intentó que yo fuera el malo de la película y, aunque sí, la decisión fue mía, tampoco era como para que cargara con toda la responsabilidad.

Por suerte aquellos tensos momentos ya se han ido disipando; no del todo, pues Marta todavía me mira con rencor y no me ha perdonado, pese a que bajo mi punto de vista no tiene nada que perdonarme.

Aparco detrás del coche de mi ex y miro la casa, todo está como siempre. No sé si ha cambiado las cerraduras, no me importa, yo ahora soy un invitado, ya que Alba ha insistido en reunirnos a todos. No tengo ni la más remota idea de qué ocurrirá. Hubiera preferido un espacio más neutral, como en ocasiones anteriores, pero mi hija es quien ha escogido el lugar de la celebración.

—Hola, papá —me aborda nada más apearme del vehículo.

Yo arqueo una ceja al ver su indefinible atuendo.

—Hola, cariño —respondo abrazándola.

Por supuesto, me abstengo de hacer comentarios sobre las pintas que lleva, porque estoy seguro de que su madre ya habrá tratado de disuadirla e intentar que se vista de manera más formal. Los pantalones deben de ser como poco de cuarta mano, pues se caen a trozos, la camiseta tampoco tiene remedio, pues la ha descolorido, seguramente con lejía, lo que, lejos de crear un efecto curioso, da un poco de grima. Pero lo que más habrá molestado a Marta es el maquillaje, excesivo y que la hace parecer mucho mayor.

—¿No vas a decirme lo guapa que estoy? —me provoca Alba, agarrándose de mi brazo mientras nos dirigimos a la casa.

—Ya sabes que no soy un experto en moda —me excuso y ella sonrío.

—No hace falta que seas tan diplomático —me regaña de buen humor.

—De acuerdo, vas hecha un cromo —me corrijo, riéndome—. Pero estás en la edad de hacer el ridículo si te apetece. Sólo empezaré a preocuparme cuando cumplas los treinta y sigas igual.

Alba me da un beso en la mejilla, agradecida por mis palabras. Todos deberíamos recordar lo que es ser adolescente y querer destacar, probar cosas diferentes.

—Qué moderno te has vuelto, papá —bromea, tirando de mi chaqueta de piel y señalando mis vaqueros.

—No me hagas la pelota... —le contesto, sin perder el buen humor.

—Contigo no es necesario.

Capítulo 14

Como había previsto, la reunión familiar resulta tensa. Marta se comporta como un perro de presa, dispuesto a atacar a la mínima provocación, y mis hijos tienen que ejercer de mediadores. Ella sigue sin entender que no hay culpables, que nos separamos y nada más.

Aunque el detonante es el anuncio de Alba de que no quiere ir a la universidad y que se ha apuntado a un grupo de teatro no profesional.

Por supuesto, a mí la decisión no me gusta, creo que se ha precipitado y que, a pesar de que entiendo su vocación, pienso que antes debería acabar sus estudios. Marta se toma mi opinión como una declaración de guerra y me recuerda en tono acusatorio que yo hice algo similar abandonando mi carrera como docente para aventurarme en el inestable mundo literario.

Aitor tampoco comprende la decisión de su hermana y, claro, surgen dos bandos. Justo lo que no necesitaba Alba para celebrar su dieciocho cumpleaños.

Ahora es mayor de edad y por tanto puede elegir, nos guste o no, su camino. Sin embargo, Marta se esfuerza en recalcar que mientras viva bajo su techo la obedecerá y, claro, ésa es la frase menos apropiada para que las aguas vuelvan a su cauce.

Al final tengo que hablar en privado con Marta, algo que evito siempre que es posible, pero es necesario para que entre madre e hija no acaben tirándose los trastos a la cabeza. Pero no hay forma de convencer a mi ex para que le dé un poco de margen a Alba. Lo que deriva en un largo y tortuoso sermón sobre mi responsabilidad como padre, para acabar reprochándome

por enésima vez que soy el culpable de que ahora seamos una familia desestructurada.

Y pese a mis intentos por mantener la calma y recurrir al diálogo, al final la mala leche hace acto de presencia y acabamos discutiendo a voces, algo que siempre he odiado y procurado evitar. Nunca pensé que Marta fuera tan rencorosa e incapaz de pasar página. Entiendo que al principio estuviera dolida, pero maldita sea, han pasado casi dos años y si continúa por el camino del enfrentamiento acabará por perder el cariño y el respeto que aún siento por ella.

Hasta que no le advierto que no estoy dispuesto a tolerar insultos, no para de atosigarme. Sigue creyendo que la dejé por otra y, pese a que no se equivoca del todo, no voy a permitir que se inmiscuya en mis asuntos personales. No tiene ningún derecho. Cuando le digo que ella es libre de rehacer su vida con otra persona y que no me molestaría que, de hacerlo, convivieran en la que ha sido mi casa, casi me abofetea.

Alba amenaza con irse de casa y eso hace que su madre afloje un poco la presión, aunque mucho me temo que volverán a discutir; para mi ex, todo lo que no sea sinónimo de sueldo fijo y estabilidad no es aceptable.

Con todo esto en la cabeza, regreso a mi pequeño apartamento. A la soledad, a la tranquilidad. Tras ponerme cómodo, me voy a mi mesa de trabajo y enciendo el ordenador para revisar los mensajes y si de paso me vienen ganas de escribir algo, mejor, aunque de momento esas ganas brillan por su ausencia. Quiero escribir, pero no encuentro un argumento sólido. Todo son conjeturas que no llevan a ninguna parte.

Elimino los correos de publicidad y me centro en los otros. Tengo un par de la universidad. El primero para proponerme dar una serie de conferencias. Me apetece, ya que de ese modo recuerdo mi pasado académico. Respondo brevemente que acepto y les doy las gracias.

El segundo es de tipo administrativo, diciéndome que va a vencer el plazo de la excedencia que solicité y debo comunicarles si deseo prolongarla. Como no lo tengo muy claro, me limito a tomar nota en la agenda para pensarlo y responder dentro de un par de días.

Y, cómo no, tengo también correos de mi editor. Entiendo que sea su

trabajo, pero Vicente a veces me resulta cargante. Abro el último que ha enviado, pues a buen seguro en él me lo recordará todo desde el principio. En efecto, me habla de posibles fechas, de lo complicado que está siendo el proceso de preparación del libro debido al retraso de la entrega y también me comunica que al final el título se mantiene.

Frunzo el cejo.

¿A qué se debe este repentino cambio?

Sabiendo lo que sé ahora, me pregunto si de nuevo no habrá sido Victoria quien ha movido los hilos. Me cabrea y me complace a la vez saber que presuntamente sigue pendiente de mí.

De momento no voy a responderle a Vicente, que rabie un poco, que se ponga nervioso con mi silencio. Sé que es algo que aborrece, de ahí la actitud un tanto pasota que adopto.

El último correo que me puede interesar es de la mensajería privada del club. Cuando me apunté no esperaba, ni de lejos, recibir tanta atención. Tengo dos notificaciones. Una es de Genoveva y sonrío al leer su nota:

«No tengo palabras para agradecerte tu comprensión y paciencia. Cuando regrese de Hong Kong, si aún te interesa, podemos quedar de nuevo».

Le respondo con un «por supuesto» y le deseo una buena estancia lejos de su casa y muchos éxitos profesionales. Estoy seguro de que un día veré su foto en la lista de las mujeres más influyentes del mundo empresarial y me sentiré orgulloso.

El segundo lo firma una tal Aratani. No me gustan los pseudónimos ni los nombres rebuscados; no obstante, ha despertado mi curiosidad. Al leer su mensaje me doy cuenta de que no es un sobrenombre, se trata de una mujer japonesa. Tiene cuarenta y cinco años.

—Hummm —murmuro pensativo, reclinándome en mi sillón de trabajo.

Me propone un encuentro dentro de quince días. En Madrid.

Yo no tengo previsto viajar, pero tampoco hay nada que me lo impida. Por su forma de expresarse, deduzco que conoce bien el idioma, por lo que no surgirán problemas de comunicación, porque yo, aparte del famoso «Sayonara, baby», no tengo ni idea de japonés.

Me quedo indeciso mirando la pantalla. Cojo la estilográfica, (sí, esa que

todos los autores tenemos por motivos ridículos, no prácticos, y que al final compramos por cuestiones sentimentales) y juego con ella entre los dedos. De fondo suena *Lithium*, una canción de esas que ya es un clásico. Y para mí una debilidad, acentuada además por un conato de rebeldía, porque Marta aborrecía esta música. Siempre trataba de convencerme para que me deshiciera de mis cedés con la amable sugerencia de que los «regalase». Si de ella hubiese dependido, ahora estarían en la basura. Da igual, «la inquisición musical» no consiguió su objetivo y ahora, mientras considero la proposición de Aratani disfruto en completa soledad de la música que me gusta.

—Aratani... —Pronuncio su nombre como si ello me fuese a ayudar a decidirme.

Me suena raro, lógicamente, y cada vez me intriga más. Dejando a un lado el aspecto exótico, que a cualquier hombre atrae, me pregunto qué tipo de mujer será.

Presumo que se dedicará a una actividad empresarial que la obliga a viajar y a prescindir de una relación más o menos estable (si eso existe, claro).

Hasta la fecha, todas las mujeres con las que he tenido la suerte de estar pertenecen a ese estrato social, cargos de alta responsabilidad, inteligentes, algo tímidas, aunque afectuosas cuando van cogiendo confianza. Poco dadas a exageraciones. Alejadas de tópicos románticos. En pocas palabras: mujeres hechas y derechas.

Puede que muchos busquen y se diviertan con veinteañeras cañón. Sí, cuerpos espectaculares, alucinantes, no soy tan tonto como para no darme cuenta. Joder, un buen par de tetas siempre inspira, no lo voy a negar, pero eso sólo funciona, al menos para mí, los primeros diez minutos. O, ya puestos, si lo único que busco es un buen cuerpo, me pongo a ver una porno, me masturbo y listo.

La estimulación visual es innegable, pero a mi edad necesito más para excitarme, de ahí que prefiera a mujeres mayores de cuarenta.

—Aratani —repito y al final le mando un mensaje de respuesta aceptando su oferta.

Además, así aprovecho para hacerle una visita a Vicente y comprobar su

estado de nervios ante mi mutismo.

* * *

—¡Hombre, dichosos los ojos! —me espeta mi editor nada más entrar en su despacho.

Le he tenido quince días sin un solo mensaje, consciente de que se volvería loco.

—Buenos días, Vicente —lo saludo, pasando por alto su marcado sarcasmo—. ¿Cómo va todo?

—De puta madre —masculla molesto.

Yo no sonrío, me limito a tomar asiento y dejar que se explaye.

—Por suerte, el equipo se ha puesto las pilas y el libro estará en la calle para la fecha prevista.

—No sabes cuánto me alegro —contesto, aunque me da igual; de todas mis obras publicadas, ésta es la que menos me está ilusionando.

—Supongo que ya has empezado con las galeradas.

—No, ni pienso hacerlo —le espeto.

Vicente tamborilea con los dedos sobre la mesa, es evidente que está tenso.

—Ésa es una actitud muy poco profesional —dice en tono acusatorio.

—Me trae sin cuidado —replico indiferente—. Esta novela ha quedado en tus manos.

No hace falta mencionar las condiciones tan extrañas que rodean a *Si vuelve a ocurrir será diferente*.

—Menos mal que pienso en todo —dice orgulloso—. Ya estoy perfilando la gira de presentación, va a ser increíble.

—Ya veo... Otra vez sin contar conmigo —le recrimino sin enfadarme, porque lo conozco.

—No seas majadero y baja esos humos —me suelta y yo me río con disimulo—. La promoción puede hacer que cualquier mierda se venda.

Es una de sus frases de cabecera.

—Gracias por la parte que me toca —contesto, sólo para provocarlo y él

niega con la cabeza.

—Estás en un plan... quisquilloso, diría yo. Muy quisquilloso, para ser exactos. *Si vuelve a ocurrir será diferente* es una novela muy buena. Difícil al principio, lo admito, sin embargo, cuando te adentras en la historia te sientes un personaje más.

—¿De nuevo ha habido influencias externas? —pregunto no sin motivo.

—Deja de decir bobadas, Ignacio. Y olvida de una maldita vez ese asunto —me exige.

—¿Cuándo comienza esa maravillosa gira? —pregunto cambiando de tema, aunque sin abandonar el tono irónico.

—Podrías fingir un poco más de interés —replica y yo me encojo de hombros—. En fin, no le demos más vueltas. En cuanto cerremos fechas te informo, pero sí te adelanto que queremos empezar el mismo día de publicación del libro.

—Perfecto. —Me pongo de pie, dando por finalizada la reunión.

—¿A qué vienen tantas prisas? —pregunta—. Podemos comer juntos y seguir charlando.

—Tengo una cita —digo, recurriendo a la verdad como excusa.

—Bueno, qué sorpresa —contesta, mirándome de una forma un tanto rara, lo cual está fuera de lugar, ya que él, precisamente él, tan aficionado a las «citas», no debería extrañarse—. Creía que después de tu divorcio de Marta habías tirado la toalla.

Sonrío sin ganas.

—Que no vaya presumiendo de mis andanzas no significa que me quede en casa, solo y aburrido.

Vicente se ríe entre dientes y comenta con aire cómplice, quizá esperando que le dé más detalles:

—No sabía que tuvieras una faceta tan canalla.

—No la tengo —replico y me encamino hacia la puerta—. Ya nos veremos.

Como aún es pronto y dispongo de tiempo hasta mi cita con Aratani, aprovecho para deambular un rato por las calles. Es una forma como otra cualquiera de relajarme.

Confieso que me siento más nervioso de lo habitual, incluso más que cuando concerté el primer encuentro con una desconocida tras pasar varios meses solo.

Elijo un restaurante de aspecto modesto para comer y charlo un rato con el propietario sobre temas de actualidad, lo típico. Después cojo un taxi para dirigirme al hotel. En esta ocasión no he reservado habitación en el establecimiento habitual, pese a que siempre ha resultado un lugar idóneo para mis propósitos y no he recibido ninguna queja de las mujeres con las que he estado.

No sabría explicar muy bien la razón, pienso que puede que sea bueno variar el escenario o evitar que los empleados se percaten de que me acompañan diferentes mujeres. O tal vez, tras la última velada con Genoveva, prefiero no recordar aquellos momentos tan especiales.

Puesto que el hotel dispone de piscina cubierta y *spa*, aprovecho para que me den un buen masaje, lo que me permite darle vueltas a una idea que ha ido forjándose poco a poco. Una que aún he de madurar.

Soy muy consciente, Vicente me lo repite cada vez que tiene ocasión, de que debo empezar a escribir mi siguiente novela. La presión no me asusta, es más bien la desgana, por lo que he decidido dejar de haraganear y al menos ponerme a pensar. Mi cuaderno tiene telarañas, ya casi nunca lo utilizo, pues apenas anoto citas o reseñas que luego me estimulen a escribir.

No sé por qué, me apetece cambiar de género, algo extraño y más teniendo en cuenta el éxito que he cosechado con el misterio. Aunque no sólo ese aspecto me inquieta. Por norma general suelo perfilar un protagonista, masculino, que lleve el peso argumental y ahora no logro crear, dar forma a ese personaje principal, pues todo lo que se me ocurre tiene voz y cuerpo de mujer. Tan real que me asusta un poco.

Sería un cambio drástico y de nuevo surgirían desavenencias de criterio con Vicente, que yo, por supuesto, me pasaría por el forro. El problema de no seguir adelante, de no echarle un par de huevos y empezar a escribir es que cada vez que cierro los ojos e imagino físicamente a mi protagonista la veo a ella. Y, claro, pese a saber que en ese papel Victoria sería la hostia, no he logrado armarme de valor. Y no sólo porque ella me pidió que no la

convirtiera en alguien de ficción, sino porque sería demasiada responsabilidad, pues como escritor dispongo de la capacidad, muy peligrosa, de cambiar a un personaje o, aún peor, idealizarlo.

El masaje me ha sentado muy bien. No me he aclarado las ideas, pero al menos físicamente me siento libre de tensiones. Le doy las gracias a la masajista, no sólo de palabra, sino con una buena propina, y me retiro a la habitación para cambiarme.

Mañana, si me levanto de buen humor y con ganas, quizá baje a la piscina cubierta y nade un buen rato; es un tipo de ejercicio que siempre me ha gustado y en los últimos tiempos no le dedico tanto tiempo como quisiera.

Capítulo 15

Miro mi maleta, sé que las mujeres dan muchísima importancia al aspecto físico. Yo también me fijo en esos detalles, no lo niego. Por ejemplo los zapatos. Me resulta curioso observar cómo caminan con tacones. Por la forma en que lo hacen, se puede intuir si habitualmente los usan. Algunas lo hacen incómodas y a otras da gusto verlas, se mueven con soltura y elegancia.

En cualquier caso, yo siempre procuro acudir a las citas bien arreglado, más o menos formal según me apetezca, pero sin descuidar mi aspecto.

Con Aratani he quedado a las ocho en el bar del hotel. Me gusta que el primer contacto sea en un lugar tranquilo, neutral, de manera que se pueda charlar, tomar una copa y crear un ambiente propicio. Nada de ir directos a la habitación y follar. Es más, considero ese paso previo imprescindible y creo que hoy en día se está perdiendo la sana costumbre de conversar por el puro placer de escuchar lo que otra persona tiene que decir. No pretendo contarle mi vida a nadie, pero no pasa nada por dedicar unos minutos a conocer a una mujer con la que uno va a acostarse. Ambos sabemos qué ocurrirá a continuación y creo que esos minutos de espera incrementan más si cabe la excitación, de ahí que haya reservado mesa en el restaurante del hotel.

Aún es pronto, pero no me importa llegar antes de la hora. Antes de salir, recojo todas mis cosas y dejo la habitación ordenada. Los preparativos son, en esencia, tener los condones a mano, las bebidas en frío y toallas limpias. Tras pasar revista a todo, cojo la cartera y la tarjeta magnética.

Como no podía ser de otro modo, en el bar del hotel el ambiente es relajado, sofisticado, y suena una de esas melodías un tanto almibaradas, creo

que de Kenny G, pero da igual, a mí todas me parecen iguales. Me siento en uno de los taburetes y pido una copa de vino tinto.

Reconocer a la mujer con la que se queda a priori puede parecer difícil, pues no nos enviamos fotos ni tampoco fijamos contraseñas o gestos que nos ayuden, sin embargo, prestando atención se consigue identificarla.

Ellas suelen llegar unos cinco o diez minutos tarde, supongo que quieren comprobar si el hombre elegido es paciente. Por otra parte, intentan pasar desapercibidas, no visten de manera llamativa. Procuran elegir ropa elegante y sobria y caminan con aire un tanto indiferente. Miran a su alrededor y lo escanean todo, pero con disimulo. En resumen, nada indicaría que van a reunirse con un desconocido para follar y después marcharse sin más.

Miro el reloj y después veo a Aratani. Destaca no por su atuendo, elegante y caro, sino por sus rasgos orientales. No soy el único que se ha fijado en ella, aunque por su parte parece inmune a la reacción que provoca. Y ha llegado diez minutos antes de la hora convenida. Interesante...

Bebo un sorbo de la copa de vino y Aratani se acerca a la barra. Se detiene a mi lado.

—¿Ignacio?

Me sorprende que pronuncie mi nombre en perfecto castellano.

El camarero le pregunta qué desea tomar y pide un combinado sin siquiera mirarlo.

—Buenas tardes, Aratani —respondo una vez que el camarero nos deja solos.

No tengo la menor idea de si he pronunciado su nombre de forma correcta, pero tampoco voy a preguntárselo. No ha puesto mala cara. Es buena señal, creo.

Tampoco le preguntaré cómo es que habla tan bien español, si desea contármelo, pues muy bien, pero me da que estará hasta la coronilla de dar explicaciones sobre su origen.

—He reservado mesa —le explico amable, mientras firmo la cuenta para que carguen las consumiciones a mi habitación.

—No es necesario, tengo un poco de prisa —contesta también amable y sonrío levemente.

—Muy bien, ¿qué propones?

—Ir al grano —responde resuelta y no puedo evitar sentirme un tanto extrañado.

—Como quieras —digo, sin hacer más comentarios.

Abandonamos juntos el bar, aunque sin rozarnos. Se trata de mantener las distancias, pero Aratani es con diferencia la mujer más fría de cuantas he conocido. De acuerdo, hay unas normas de discreción, sin embargo, su actitud me parece excesiva.

Soy consciente de que me observa, no de forma descarada, todo hay que decirlo. El ascensor suele ser el sitio más idóneo, pues allí se acortan distancias y suele haber espejos, unos excelentes chivatos.

Me doy cuenta de que tengo unas terribles ganas de fumar y que voy a tener que aguantarme. Sólo espero que merezca la pena el sacrificio. Por otra parte, esto de funcionar bajo tanta presión, sin los estímulos adecuados, va a ser complicado.

Ya veremos cómo resulta...

Aratani hace lo que ha dicho y no pierde ni un segundo: nada más cerrar la puerta, camina hasta la cama, deja su bolso en la mesilla y empieza a desnudarse. Yo, la verdad, no sé muy bien qué decir, así que me acerco al mueble bar y me sirvo una cerveza bien fría mientras la observo. No niego que este componente exprés me excita, aunque soy más partidario de ir con tranquilidad.

Pese a que está proporcionada, para mi gusto la veo un pelín delgada. Tiene la piel blanquísima. Imagino que es suave, pero enseguida despejaré dudas.

Ella se vuelve y arquea una ceja al verme tan pancho, bebiendo y aún con la ropa puesta.

—¿Algún problema? —inquire y detecto cierto aire burlón.

Disimulo mi regocijo. Ya que ella está siendo tan expeditiva, yo me mantengo sereno, frenándola un poco con mi actitud.

—Ninguno —contesto tras una pausa durante la cual he seguido mirándola y saboreando mi cerveza—. Es mucho más simple, me gusta tomarme las cosas con calma.

—Yo no dispongo de tiempo —repite—. En dos horas vienen a recogerme.

Estoy tentado de decirle que en ese caso se vista y se marche. Tampoco me parece mal plan quedarme solo, con una buena cerveza y la imaginación para pasar la noche; sin embargo, la curiosidad vence y apuro de un trago la bebida.

Camino hasta la cama y me siento en el lado opuesto para desvestirme. Todo es tan carente de pasión que me siento igual que en la consulta del médico.

Aratani se inclina hacia el interruptor para atenuar las luces.

—Lo prefiero así, en penumbra —dice y se sitúa a mi espalda, ayudándome a quitarme la camisa.

Me masajea los hombros y me recorre la nuca con la punta de los dedos, provocándome un escalofrío. Un toque muy sutil que funciona, pues empiezo a animarme.

—Hazlo otra vez —le pido y ella obedece.

—Ya sé que es una lástima disponer de tan poco tiempo —musita un tanto mimosa junto a mi oído.

—¿Por qué no puedes quedarte toda la noche? —inquiero ya desnudo y me vuelvo para mirarla.

—Me gustaría, pero me temo que no es posible —dice con pesar, mientras con un dedo me recorre el pecho en sentido descendente—. Mi marido regresa de viaje mañana y quiero estar en casa con tiempo suficiente para recibirlo como una buena esposa.

Arqueo una ceja.

Aratani sonrío traviesa.

Es la primera vez que lo hace y, la verdad, resulta muy atractiva.

—¿Sorprendido?

—Un poco —admito, sintiéndola casi pegada a mi cuerpo.

Ella no deja de rozarme, son caricias en apariencia superficiales, aunque muy efectivas.

—Tranquilo, mi matrimonio es sólo un acuerdo económico entre familias.

—Ya sé que no debería preguntar, pero no puedo evitar sentir cierta

curiosidad —me disculpo de antemano.

Aratani se aparta el pelo de la cara y después me rodea el cuello con los brazos. Noto sus pezones endurecidos, algo que me pone muy cachondo.

A pesar de mis temores, esto está resultando muy interesante.

—Me casé muy joven, porque era lo que deseaban nuestras familias. Al principio yo no entendía qué le ocurría a mi marido. No me tocaba nunca. Cierto que en nuestra cultura las demostraciones de afecto en público no son frecuentes; sin embargo, esperaba que en privado fuera diferente. Llegué a pensar que era poco atractiva, pero, tras cinco años de silencio, al final me confesó que no le gustaban las mujeres.

—Joder... —exclamo sin poder evitarlo.

Ella se ríe y recorre con la punta de un dedo cada pliegue de mi oreja.

—A partir de ese momento, ambos decidimos ser buenos amigos y llevarnos bien. Yo le aporto una fachada de hombre «normal» y a cambio hago lo que me apetece. Incluso se lo cuento.

—¿Todo? —me arriesgo a preguntar.

—Casi todo —murmura juguetona.

—Me has dejado perplejo —admito y le devuelvo la sonrisa.

Aratani se acerca a mis labios y me los acaricia con delicadeza.

—Espero que esto no te afecte demasiado —bromea, señalando mi entrepierna.

—Todo depende de ti —replico sugerente y ella pone morritos como si lo pensara.

Se pega aún más a mí, ya está subida a horcajadas y yo la sujeto de las caderas. Sí, su piel es tan suave como imaginaba. No sé si debo besarla, pues pese a que yo lo veo como un paso más en una relación sexual, he aprendido que muchas mujeres lo consideran un gesto muy personal, como si follar no lo fuera, o le atribuyen un significado más emocional y lo reservan sólo para momentos especiales, de ahí que me limite a esperar que ellas den el primer paso en ese aspecto.

Aratani me mordisquea el hombro y yo subo las manos por su espalda mientras me voy dejando caer hacia atrás. Gime por primera vez cuando la sujeto de nuevo y ejerzo cierta presión. Con la otra mano le busco un pecho y

comienzo a acariciárselo, obteniendo un nuevo jadeo, éste más intenso, aunque no tanto como el que yo emito cuando una de sus manos se cuela entre nuestros cuerpos y me agarra la polla.

Comienza a masturbarme con una cadencia extraña en la que alterna movimientos secos y rápidos, para después pasar a otros más suaves. Da igual, cuando me he empalmado, salvo que me muerdan o cosas raras, me gusta casi todo. Y más aún si es diferente a lo que estoy acostumbrado.

Sé que ambos estamos muy excitados, como compruebo cuando la acaricio entre las piernas. Va rasurada por completo, al parecer debe de ser una moda de los últimos años, pues hace tiempo que no me acuesto con una mujer que conserve el vello púbico.

—Ponte un condón —exige.

Y pese a que yo hubiera preferido prolongar la fase de toqueteo, termino estirándome para llegar hasta la mesilla de noche y coger uno.

No son de mi agrado, lo confieso, lo que tiene una explicación bastante lógica. Tras haber estado tantos años casado, uno se olvida de las cuestiones relativas a la seguridad sexual y se acostumbra a la comodidad que supone follar sin protección, porque, por mucho que se diga, el momento de ponerse el preservativo es el más antierótico de todos.

Se lo entrego y Aratani me lo coloca con destreza, salta a la vista que sigue con el cronómetro en marcha.

—¿Preparado? —pregunta y estoy a punto de replicar que no se trata de una carrera, sino de echar un polvo.

—Si tú lo estás... —murmuro.

Todo lo hace ella. Agarra mi pene y lo mantiene en posición hasta que se sitúa encima y se deja caer. Gime un tanto contenida cuando la penetro por completo y se inclina hacia delante para aferrarse a mis hombros.

Luego empieza a balancearse. Sus pechos pasan por delante de mi cara y no puedo evitar atrapar un pezón con los labios y succionar. Eso hace que se vuelva más salvaje y comience a montarme de forma más ruidosa y efectiva.

La sujeto de la cintura y consigo que se siente para verla en todo su esplendor. No hay mucha luz, pero sí la suficiente. Aratani mantiene los ojos cerrados y yo empiezo a embestir desde abajo. Poco a poco he ido

metiéndome en el partido y ahora estoy más a punto que nunca.

Parece mentira que con unos preliminares tan «peculiares» ahora está resultando un polvo aceptable. Lo estoy disfrutando y con eso supongo que debería conformarme.

Yo no estoy haciendo prácticamente nada, como mucho empujo desde abajo alguna que otra vez; es Aratani quien lleva las riendas.

De repente acelera, por fin atisbo un poco de descontrol, está muy cerca de correrse; yo también. Alzo las manos, agarro sus pechos y, sin mucha consideración, se los aprieto. Ella se arquea, gime y echa la cabeza hacia atrás.

Yo tampoco me contengo, hace ya mucho que no lo hago. Nada de disimular lo que uno siente, eso pasó a la historia. Si la mujer en cuestión se ofende por mi vehemencia, lo lamento mucho, pero no voy a morderme la lengua.

Ya tuve suficiente durante mi matrimonio. A Marta la molestaba que mis gruñidos o gemidos fueran demasiado altos, ella los definía como vulgares. Joder, pues claro que lo eran, de ahí que resultaran tan excitantes.

—Sí... sí... —jadea Aratani elevando la voz.

Aprieto los dientes, tenso todo el cuerpo, empujo hacia arriba y me corro. Ella no se aparta, permanece inmóvil encima de mí y espera, sin abrir los ojos, a que termine.

Intento incorporarme para al menos tener un gesto cariñoso y abrazarla, pero Aratani me coloca la palma de la mano sobre el pecho y me lo impide. Se inclina y me susurra algo que no logro entender. Suena muy erótico o puede que sumido en el sopor postsexual todo me lo parezca.

Me da un beso rápido en los labios y se aparta.

Yo me quito el condón y me tumbo de lado para observarla. No mentía, tiene prisa, salta a la vista por la celeridad con la que se viste. Actúa como si yo no estuviera. No me mira ni una sola vez.

—He terminado antes de lo que imaginaba —dice, poniéndose los zapatos—. Ha sido un placer.

—Lo mismo digo —miento, porque no merece la pena entrar en detalles.

—Debo irme.

—Como quieras —respondo indiferente. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Ella, lo ha dejado bien claro, no desea ningún tipo de gesto galante, así que, al contrario que en otras citas, no me levanto para acompañarla y despedirla en la puerta.

Si en la web del club hubiera un apartado para poner comentarios, como se hace en las de los hoteles, desde luego Aratani no obtendría muchas valoraciones positivas, pues si bien como amante es aceptable, sus habilidades sociales dejan mucho que desear.

Como aún es pronto, cojo el mando a distancia y enciendo el televisor. No merece la pena darle más vueltas a lo ocurrido, pero diez minutos de odiosa programación televisiva después, me doy cuenta de que he hecho una reserva en el restaurante y que sería una pena desaprovecharla. Así que me arreglo para bajar. Al menos disfrutaré de la buena mesa.

Capítulo 16

No sé cómo, y prefiero no saberlo, la editorial se las ha arreglado para adelantar un mes la fecha de publicación de *Si vuelve a ocurrir será diferente*, lo que ha trastocado por entero mis planes. Tenía pensado pasar una semana de vacaciones con mis hijos y al final sólo han podido ser cuatro días. Ellos, por suerte, lo han entendido y no ha habido enfados. Comprenden que publicar una novela implica atender al público y estar disponible para la promoción.

Y, aprovechando las circunstancias, han querido acompañarme y ser espectadores privilegiados del trabajo de su padre. Lo cual, faltaría más, me ha parecido una idea fabulosa.

Alba, la más expresiva de los dos, ha dicho algo así como: «Joder, papá, no sabía que fueras tan famoso». Yo, por supuesto, respondo riéndome.

A Vicente no le ha importado que Aitor y ella me acompañen unos días y se ha hecho cargo de los gastos, un detalle que considero elegante. Me hubiera gustado estar con ellos más tiempo y que se quedasen durante toda la promoción, pero no ha sido posible, ya que debían volver a sus ocupaciones. Aitor a la universidad y Alba a trabajar.

Sí, mi hija la cabezota se marchó de casa de su madre y encontró un empleo a media jornada en un supermercado, como era de imaginar, muy mal remunerado.

Yo me ofrecí para ayudarla económicamente y que así pudiera matricularse en la escuela de teatro y no pasara agobios de dinero, a lo que me respondió de una forma muy madura:

—Gracias, papá, pero no. Tengo que conseguirlo por mí misma. Agradezco mucho el detalle, pues significa que al menos tú confías en mí.

Bueno, no estoy del todo de acuerdo con su decisión, y Alba lo sabe. Incluso me he puesto en contacto con Marta para intentar hablar con ella del tema, pero de nuevo me he topado con un muro de intransigencia y resentimiento.

Aitor también se ha ofrecido como mediador y confío en que le sonría la suerte y logre que Marta ceda un poco, pues me jode bastante ver a mi hija matarse a trabajar por un sueldo de mierda y vivir en un piso compartido.

De acuerdo, yo pasé por la misma situación, aunque las razones fueron bien distintas. En mi caso, era la única forma de que yo estudiase en la universidad, pues mis padres no disponían de medios para pagarme la carrera.

Voy a dejar pasar unos días a ver si Aitor consigue convencer a su madre, si no, me veré obligado a tomar cartas en el asunto. Le cedí a Marta la propiedad de la casa a cambio de nada, con la idea de que mis hijos vivieran allí hasta que, como es lógico, decidieran independizarse, así que ahora mi ex tendrá que hacer un esfuerzo y comprender a Alba.

—La sala está completa y los ejemplares casi agotados —me dice Vicente contento, sacándome de mis pensamientos.

Se frota las manos. Sólo le falta el símbolo del dólar en los ojos, como si se tratara de un dibujo animado.

—Muy bien. Si quieres podemos empezar —respondo tranquilo, pues en las dos anteriores presentaciones de la novela la acogida por parte del público ha sido excelente.

A pesar de las reticencias iniciales de mi editor, los lectores han sabido conectar con los personajes y comprender la historia.

—No, mejor esperemos quince minutos más, así la gente puede seguir pasando por caja y comprar el libro antes de que los firmes.

Entiendo su postura, pero a veces me agota con ese afán de verlo todo desde el punto de vista económico. La gente que va a comprar el libro, lo hará de todos modos. ¿Qué importa si es hoy o dentro de un mes?

La única ventaja de esperar esos quince minutos que ha propuesto Vicente es que puedo escaparme fuera y fumar un cigarrillo. A ser posible sin

prisas, sin interrupciones, por eso, en vez de salir a la calle, me escabullo hasta un callejón por el que acceden los empleados del hotel.

—¿Ya te estás escaqueando? —me espeta Vicente, que, intranquilo, manifiesta una manía controladora y persecutoria que me molesta bastante.

En teoría quien debería estar nervioso soy yo, pero no, es mi editor, incapaz de relajarse ni un minuto; no deja de revisar una y otra vez cada detalle, incluido yo mismo.

—No me amargues la existencia antes de tiempo —replico dando una calada e intentando que no me estropee el momento.

—De un tiempo a esta parte te has vuelto demasiado quisquilloso —me acusa.

—De un tiempo a esta parte no me apetece aguantar bobadas.

Sonríe con cierta ironía.

—Mientras estabas casado con Marta yo creía, aunque ahora me doy cuenta de lo equivocado que estaba, que ella te frenaba, que no era una buena influencia para ti. Fíjate que estuve a punto de sugerirte que la dejaras.

—No es la primera vez que me lo dices —le recuerdo y empleo un tono duro—. Y, cuidado, te estás metiendo donde no te llaman.

—Joder, Ignacio, somos amigos —contesta, como si eso lo exculpara de todo y tuviera pista libre para opinar—. Ahora me he dado cuenta de que la situación ha cambiado, y a peor. Con ella al menos estabas relajado, menos irónico.

—En una palabra, manejable —apunto sarcástico.

—¡No exageres! —exclama, intentando que la conversación no vaya por derroteros complicados y peligrosos.

—Pues déjame en paz —le advierto—. No te voy a tolerar más comentarios como éste.

—De acuerdo, tengamos la fiesta en paz —dice él, porque sabe que si continúa por este camino podemos acabar muy mal y no le interesa.

Apago el cigarrillo de mala gana y doy media vuelta, dispuesto a cumplir con mis compromisos, pero en cuanto acabe con las presentaciones me replantearé la relación con Vicente.

Como él ha dicho, la sala está a rebosar, incluso hay gente que está de

pie. Yo tomo asiento y Vicente lo hace a mi lado. Mientras me presenta, observo a la concurrencia. Es un grupo variopinto y eso me gusta. Muchos ya tienen el libro en las manos e incluso lo abrazan.

Vicente por fin suelta el micrófono y es mi turno de hablar. No soy muy amigo de hacerlo en plan académico, tampoco lo era cuando impartía clases en la facultad, prefiero interactuar con el público. Que los lectores pregunten o comenten los aspectos que prefieran. La experiencia me ha enseñado que cada lector extrae sus propias conclusiones de un argumento. A veces incluso aportan puntos de vista que yo, como autor, no había ni considerado, de ahí que disfrute tanto escuchándolos.

—El título es muy extraño —dice una mujer joven—. ¿Cómo se le ocurrió?

No me sorprende la pregunta, todo lo contrario.

—Responde a un momento muy personal —contesto, y Vicente, a mi lado, me mira con curiosidad. Él es el primer interesado en averiguar los motivos, soy muy consciente de ello.

No doy más detalles personales y aprovecho para comentar en tono distendido acerca de lo importante que es encontrar un título original y llamativo que refleje la esencia de la historia. Con ello consigo contentar no sólo a la lectora, sino también a la sala.

—¿La novela es autobiográfica?

Otra cuestión que no falla. Sonrío antes de hablar.

—Siempre lo son —admito y añado—: Cuando un autor escucha una anécdota, sabe que aparecerá tarde o temprano en un libro. Al oír una melodía, estará presente mientras escribe o mientras acompaña a un personaje.

Ésta es una de esas respuestas más o menos ensayadas. No me molesta, pero a veces me parece ridículo que siempre me pregunten eso.

—Ha habido un cambio muy drástico en la forma de narrar respecto a sus anteriores novelas. ¿Por qué se ha arriesgado tanto?

Miro de reojo a Vicente, cada pregunta viene a confirmar mi teoría. Los lectores, además de fieles, deben ser objetivos y exigentes. Lo cual se agradece.

—Hay que arriesgar, no conformarse con lo que uno sabe hacer — explico.

—¿Alguna vez ha pensado en tirar la tolla? —inquire un tipo mayor.

—Cada vez que empiezo una nueva historia —digo y añado una sonrisa.

Las preguntas continúan. Los comentarios sobre algunos de los personajes me hacen reír. Llevamos más de hora y media y el cansancio no hace acto de presencia, todo lo contrario, me siento de puta madre. Todo esto es lo que hace que merezcan la pena tantas horas de trabajo y hasta los desacuerdos con Vicente.

Al final de la presentación, los asistentes se van acercando para saludarme y para que les firme ejemplares. Es el momento de utilizar la estilográfica. Un gesto un tanto vanidoso, lo admito, y con el que, no lo voy a negar, disfruto. Escribir con la pluma tiene ese componente de autor de antes al que es difícil resistirse.

Cuando llega este momento, mi editor casi lo disfruta más que yo. Saluda a todo el mundo, recibe felicitaciones, ordena la fila. Está en su salsa, no hay más que verle.

Por la mañana he atendido a los medios de comunicación; a los «expertos» en literatura, a críticos que publican en revistas especializadas. Nada que ver con el contacto directo con el público. Prefiero mil veces una opinión regular de un lector cualquiera que una crítica buena de los «expertos», pero como toda publicidad es poca, me aguanto, pongo buena cara y concedo entrevistas.

Continúo firmando libros, con Vicente a mi lado, sonriendo. Reconozco que utilizo frases más o menos estudiadas para las dedicatorias, pues es complicado ser original en cinco segundos y más aún cuando veo de reojo una larga fila. Cuando me traen ejemplares de novelas anteriores, no me importa dedicarlas también. A Vicente no le parece bien, pero a mí me trae sin cuidado.

Asimismo, están quienes han adquirido *Si vuelve a ocurrir será diferente* no para leerlo, sino para regalarlo. Y no pueden faltar los que me tiran de las orejas por haber tardado tanto tiempo en publicar el siguiente libro. Eso sí, todos los comentarios me los hacen con educación y respeto, nunca en tono

desagradable.

Calculo que aún me queda como una hora. Vicente se impacienta, pues ya no hay más gente comprando. Que se aguante o que se vaya, que me deje tranquilo con los lectores y no se ponga pesado.

Llega un momento en que, es inevitable, dejo de fijarme en las personas y sólo presto atención al libro y a mi estilográfica. Pero unas uñas pintadas de rojo sobre la cubierta del libro entran en mi campo de visión. No son las primeras manos femeninas que observo hoy. Tampoco me sorprende el elegante y carísimo anillo. Muchas de las mujeres que se han acercado tenían unas manos cuidadas.

—¿Cómo se llama? —pregunta Vicente ante mi silencio.

A mí me da miedo levantar la vista.

—No son necesarias las presentaciones —dice una voz femenina.

Cierro los ojos.

No puede ser.

—Señora, no podemos jugar a las adivinanzas —responde Vicente un tanto impertinente.

Yo soy incapaz de hablar ni de mirarla.

—¿Eso cree usted?

—Oiga, señora, que llevamos un rato aquí esperando —la increpa una mujer.

—Ignacio... —farfulla Vicente, cada vez más tenso al ver que no reacciono.

Dejo la pluma a un lado y por fin me armo de valor para alzar la vista.

Aquí está, tan imponente como siempre. No sonrío, mantiene una actitud distante. Observo cómo, sin apenas esforzarse, deja a mi editor sin palabras. Yo sé muy bien lo que se siente cuando Victoria te mira de esa forma.

—¿Por qué no avanza la fila? —pregunta un tipo y los murmullos de enfado comienzan a crecer.

—Hemos sido pacientes, ya nos toca —interrumpe otro hombre.

Entonces inspiro hondo y, antes de que los asistentes se amotinen y yo deba responder preguntas a las que no quiero enfrentarme, y menos con público delante, recupero la estilográfica y garabateo una dedicatoria.

—Aún no sabemos su nombre, señora —interviene el gilipollas de Vicente.

Yo le devuelvo el libro firmado y Victoria lo recoge. Disimula una sonrisa y yo quisiera estrangularla por hacer esto, por ponerme en un compromiso y por... no lo sé.

Da media vuelta y se marcha. Muchos la miran mal por haberme entretenido más de la cuenta, sin embargo, ella ni se inmuta. Camina con seguridad, sin sentirse intimidada por aquellos que, sin atreverse a decir una palabra, la fulminan con la mirada. Lo que no saben es que a ella todas esas estupideces nunca la afectarán.

El resto del tiempo atiendo sin apenas entusiasmo a los que aún esperan a que les firme el libro. Sonrío y agradezco sus palabras, pero no puedo dejar de pensar en ella.

—¿Qué coño ha pasado? —pregunta Vicente, después de que yo atienda al último lector y nos quedemos a solas. Ya tiene una copa en la mano e intuyo que no será la última.

—No sé a qué te refieres —miento, recogiendo mis cosas para marcharme cuanto antes.

Necesito respirar, a ser posible humo y sin compañía. Mi estado de ánimo es demasiado voluble como para aguantar tonterías.

—He reservado mesa en un buen restaurante aquí cerca. Charlaremos y después podemos...

—Gracias, pero prefiero estar solo.

—¿Hoy también tienes una cita? —inquire con aire burlón.

—Vete a la mierda —le digo a modo de despedida.

—¡Ignacio! —grita y ni me molesto en detenerme.

Capítulo 17

Nada más poner un pie en la calle, enciendo un cigarrillo. De lo tenso y cabreado que estoy no atino con el mechero. Me lleva tres putos intentos encender el pitillo. Cuando por fin consigo inhalar el humo, cierro los ojos y me doy cuenta de que me estoy comportando igual que un adicto, aunque, la verdad, a mi edad eso me trae sin cuidado.

No consigo calmarme y hasta pienso en beber hasta perder el sentido, a ver si con un poco de suerte al día siguiente no pienso en lo gilipollas que soy y sólo me preocupo de paliar los efectos de la resaca. No me pillo una buena desde la noche antes del día de mi boda con Marta, cuando, medio engañado por unos colegas, estuve con ellos hasta las tantas, borrachos como cubas, en un bar de esos de barrio donde se reúnen los que madrugan para ir a trabajar. Por suerte, en aquella época se estaban poniendo de moda las bodas por la tarde y me dio tiempo a recuperarme para llegar presentable a la iglesia. Aun así, tuve una fuerte discusión con Marta nada más salir de la iglesia, porque, según ella, mi cara decía bien claro la clase de juerga que me había corrido. Al final cerró el pico, porque quería salir estupenda en las fotos y si continuaba discutiendo conmigo eso afectaría a su estado de ánimo.

Sonrío sin ganas. Mi boda. Ahora que lo pienso, vaya paripé que tuve que soportar por no darle un disgusto a Marta. Hasta cedí y me casé por la Iglesia, algo que nunca pensé que haría. Desde luego, si ahora me encontrara en la misma tesitura, no aceptaría hacerlo bajo ningún concepto.

Apago el cigarrillo y desestimo la idea de beber sin control. Paro un taxi y durante el trayecto, mis nervios aumentan por un motivo: cuando Victoria me

ha puesto delante su ejemplar del libro, no le he escrito una dedicatoria al uso. Sólo he sido capaz de garabatear una dirección y un número de habitación.

Por eso, cuando entro en el hotel, miro alrededor esperando verla; sin embargo, a cada paso que doy mis esperanzas se desvanecen, pues no hay rastro de ella. Debería habérmelo figurado. Siempre juega con ventaja. Su aparición de hoy sólo debe de obedecer a saber qué capricho. Desde luego, a uno de lo más perversos, porque si bien durante estos últimos dos años he pensado en ella, también he aprendido a sobrellevarlo, unos días mejor que otros, y a intentar sustituirla por otras, pero pese a mis esfuerzos, ahora su presencia lo ha estropeado todo.

Llego a la habitación con la idea de encerrarme allí y no hablar con nadie. Mientras subo en el ascensor, apago el móvil sin responder a los cuatro mensajes de Vicente, que, preocupado, insiste en que le cuente de qué va todo esto. Pues que espere sentado, porque aparte de no querer compartir nada con él, ni yo mismo sabría explicarlo.

Entro en la suite cabizbajo, toda la euforia que normalmente experimento tras un encuentro con lectores en esta ocasión no me acompaña. De nuevo me tienta la idea de vaciar el mueble bar y ya, incapaz de resistirme, voy directo hacia él.

—Sírvenme a mí lo mismo —dice una voz, sobresaltándome.

—¡Joder! —De la impresión se me cae una de las botellas y me da en la punta del pie—. ¿Qué haces aquí?

Me vuelvo y la miro. Aquí está. Como si nada. Con su aspecto más profesional. Ajena a mi inquietud.

—¿No vas a preguntarme cómo he entrado en tu habitación?

—No. Eres una mujer de recursos, no me sorprende —replico sin un ápice de humor, porque a buen seguro conocerá al director del establecimiento.

—Me lo tomaré como un cumplido —murmura acercándose.

Ahora es cuando debería dar media vuelta y largarme, evitar una confrontación, porque tengo tal cabreo que puedo decir palabras de las que, una vez calmado, me arrepienta. Sin embargo, no soy capaz de moverme.

Maldita tentación... Ver cómo mi fuerza de voluntad flaquea es deprimente.

Antes de detenerse junto a mí, Victoria presiona el interruptor y pasamos de un ambiente un tanto íntimo a otro más iluminado. Me trae sin cuidado, no sé cómo acabará esto, pero quiero que se resuelva de una vez; para bien o para mal.

Evito mirarla, por lo que busco otro punto donde fijar la vista. De reojo veo un ejemplar de mi libro, el mismo que le he firmado.

—¿Qué haces aquí? —repito la pregunta y camino hasta el mueble bar, donde me ocupo de servir dos copas. Le entrego una y espero su respuesta, me interesa mucho lo que vaya a decirme, qué argumento esgrimirá.

—Tú me has pedido que viniera —responde sin parpadear.

En eso tiene razón.

Nunca he sido un tipo violento, pero en este momento sólo me apetece gritarte.

—Te comprendo —murmura y sé que está pendiente de cada una de mis reacciones, igual que yo de las suyas.

—Me debes muchas respuestas, Victoria. ¡Demasiadas!

—Ignacio...

—Ni Ignacio ni hostias —la interrumpo alzando la voz. Ella mantiene el tipo. Salta a la vista que muy pocas personas se han atrevido a gritarle—. Me obligas a cumplir un jodido pacto con el que no estaba para nada de acuerdo, uno que tú exigiste y que por lo visto diseñaste a tu medida.

—Antes deberías dejar que me explique —me pide sin perder la compostura.

—Como siempre, juegas con ventaja.

—Algo que nunca he negado —dice mucho más calmada que yo.

—Y no sólo eso, lo rompes cuando te viene en gana. Como siempre, yo soy el títere al que manejar a tu antojo. Te lo debes de pasar de puta madre sabiendo que no tienes más que chasquear los dedos para que yo, como un perro, vaya corriendo hacia ti —la acuso, sin guardarme nada.

—Eso no es así —replica y yo me encuentro demasiado ofuscado como para darle el beneficio de la duda.

—Pero no te conformas sólo con eso. ¡No! La señora además de decidir cuándo y cómo ha de hacer su aparición, también se mete en mi vida, maniobrando desde la sombra, recurriendo a sus influencias para hacer que yo, un pobre escritor, pase de la noche a la mañana de ser un desconocido a un superventas.

—Vaya, ¿quién se ha ido de la lengua? —pregunta sin mostrar ni un ápice de remordimiento. Lo que viene a significar que, si se volviera a producir la misma situación, ella actuaría de igual modo.

—¡Eso qué importa! —exclamo muy tenso y le doy la espalda, porque si continuo mirándola terminaré por caer de rodillas ante ella—. La cuestión es que lo hiciste y deduzco que no te arrepientes.

—Lo hice por ti... —murmura alivia.

—Yo no te pedí ningún favor —le recuerdo por si acaso.

—Lo sé —admite y noto que se acerca, aunque no me toca.

Mejor, no respondo de mis actos.

—Todos estos años me he comportado como un iluso, un gilipollas, pensando que lo que había ocurrido había sido especial, improvisado, sin segundas intenciones, y ahora me siento como un imbécil, porque todo el tiempo tú sabías quién era, o dónde estaba —digo, negando con la cabeza al darme cuenta de lo estúpido que he sido.

Dejo el vaso de licor sobre la mesa y me doy media vuelta, tengo que salir de aquí. Cojo la chaqueta y la cartera y me dirijo hacia la puerta. Pero justo cuando voy a abrir, una mano se posa sobre la mía, deteniéndome.

—Vi tu primer libro por casualidad —explica en voz baja—. En una librería del aeropuerto.

—Qué oportuno —musito un tanto irónico, porque a veces el destino es una putada.

—Me quedé perpleja, pues nunca imaginé que fueras escritor —prosigue, manteniendo su tono modulado—. En nuestro primer encuentro ninguno de los dos mencionó nada acerca de su vida. Lo compré, por supuesto, y me acompañó durante todo el viaje de negocios. Me gustó y fui en busca de otras obras tuyas. Imagina cuál fue mi sorpresa cuando me dijeron que no habías publicado nada más.

—Ese libro fue un fiasco —admito en voz baja, casi inaudible.

—A mí me gustó.

Inspiro. No sé qué responder a eso.

Ambos continuamos junto a la puerta. Victoria detrás de mí. Su mano sobre la mía. Yo con la cabeza gacha, aún tenso.

—Mi intención no era influir.

—No te creo —digo, porque sé cómo es.

—Es la verdad.

—Pero al final no pudiste contener las ganas de actuar —la acuso y sé que más tarde me daré cuenta de lo injusto que estoy siendo con ella.

—Coincidí en un evento con un consejero delegado de la editorial, su esposa es cliente mía, y pregunté —se justifica y, pese a todo, yo sigo sintiéndome como un imbécil—. Le hablé como una lectora más, sólo eso.

—Victoria, que nos conocemos...

Noto cómo inspira.

—De acuerdo, también le sugerí que reconsiderase la posición de la editorial respecto a tu siguiente novela. Que te diera otra oportunidad.

—No sé por qué, pero no me sorprende —admito—. Debería haberlo imaginado.

—¡Merecías una segunda oportunidad! —afirma sin vacilar.

—¿Y no podías, simplemente, dejar que las cosas se desarrollaran por sí mismas?

—Ignacio, ¿de qué me sirven los contactos si no puedo utilizarlos? —responde y puede que en su mundo todo se mueva por influencias, de ahí que no lo entienda.

—Pues a lo mejor yo hubiera preferido lograr el éxito por mí mismo, sin injerencias.

—¿De verdad crees que eso hubiera sido posible? —inquire y noto el escepticismo en su voz.

—Al menos yo iba a intentar que así fuera.

—Eres demasiado idealista —murmura con cierto aire condescendiente.

Bajo la manija y Victoria libera mi mano. Pero lejos de apartarse, se recuesta sobre mi espalda y me abraza desde atrás.

Estoy perdido, soy consciente de ello desde el mismo instante en que me ha tocado.

La razón me dice una y otra vez que si me quedo pasaré de nuevo por lo mismo. Cuarenta y ocho horas con ella para después caer en la incertidumbre y más sabiendo que Victoria siempre juega con ventaja. Sin embargo, ¿cómo renunciar a esas cuarenta y ocho horas?

—Eres una hija de puta... —musito.

—Lo sé —admite en el mismo tono susurrante.

Me doy la vuelta despacio y ella se aparta lo imprescindible. Nada más quedar frente a frente, alzo la mano y presiono el pulgar sobre sus labios para quitarle el carmín. Me lo permite. Y me doy cuenta de que, a pesar de haberle dejado un aspecto vulgar, con los labios desdibujados, mantiene su porte distinguido.

—Y aunque me jorobe admitirlo, no puedo resistirme a ti.

—Créeme, me siento exactamente igual —reconoce y cierra los ojos.

Nunca la he visto de esta forma, casi vulnerable.

Antes de que pueda pensar de manera coherente, la estoy besando y gimiendo. Victoria me empuja contra la puerta y responde con el mismo ímpetu. Mis manos se cuelan por debajo de su falda y las suyas comienzan a soltarme el cinturón.

Acaricio su trasero y se lo amaso de una manera un tanto ruda, lo que no parece molestarla, pues ella actúa igual al bajarme los pantalones y liberar mi polla. Jadea cuando le aparto las braguitas y la acaricio entre las piernas. Sé que está excitada, sin embargo, no está tan húmeda como cabría esperar. No tengo lubricante a mano y por tanto debo ir con cuidado. Sólo se me ocurre una forma de solucionar esto.

—¿Qué ocurre? —pregunta cuando me abrocho los pantalones y tiro de ella para llevarla hasta la cama.

—Nada, tranquila —respondo, sentándola en el borde—. Abre las piernas.

Victoria obedece mirándome sin comprender. Sabía que tarde o temprano iba a caer de rodillas ante ella, pero no me importa.

Le coloco una mano en cada pierna y las voy subiendo despacio, sin

apartar los ojos de los suyos. Su respiración es cada vez más acelerada. Esboza media sonrisa y me acaricia la mejilla.

Me deshago de sus bragas y me inclino para besarle los muslos y poco a poco llegar a su sexo.

—No es necesario —dice, revolviéndome el pelo.

—Yo creo que sí, no quiero hacerte daño —respondo, y ella sonríe.

—Acércame el bolso —me pide cariñosa, y me pongo en pie para traérselo.

Lo abre y saca un pequeño frasco parecido a un envase cualquiera de perfume. Victoria vierte un poco en sus dedos y comienza a aplicárselo entre sus pliegues.

—Joder... —murmuro alucinado.

—Hay que estar preparada para cualquier eventualidad —contesta pícaro—. ¿Lo estás tú?

Señala con la mirada mi bragueta y asiento. Ya que hemos hecho una pausa para el lubricante, bien puedo ocuparme de la ropa. Así que me desabrocho la camisa al tiempo que me descalzo. Lo siguiente son mis pantalones y calzoncillos.

—Me da igual cuánto lubricante tengas, después voy a lamerte —afirmo convencido y ella se recuesta.

—Me parece muy bien —musita y va subiéndose la falda hasta mostrarme su sexo desnudo.

Yo apoyo una rodilla en la cama y me voy acomodando sobre ella. Victoria jadea cuando encajo mi pelvis entre sus piernas. Me agarro la polla y comienzo a rozar la punta con sus pliegues. Noto un calorcillo que me hace sisear.

—Efecto calor —susurra sonriendo de medio lado—. También tengo una de efecto frío, que probaremos en otro momento. Ahora, fóllame.

Para cualquier hombre, oír una orden como ésa es una especie de palabra mágica. Algo se activa en el cerebro que dispara la libido y ya no hay posibilidad de dar marcha atrás.

Adelanto las caderas, Victoria echa los brazos hacia atrás y dobla las rodillas para arquear el cuerpo. Esa maniobra me permite penetrarla hasta el

fondo. Ahora es cuando, dadas las circunstancias, debería ser uno de esos tipos amables y considerados y comenzar a moverme de manera pausada, para ir aumentando el ritmo y hacer que el momento sea inolvidable y hasta romántico. Pero no puedo. Victoria no me lo permite pues mueve las caderas, tensa cada músculo de su interior, instándome a comportarme con mayor contundencia.

—Ahora no necesito ternura —me dice lamiéndose los labios.

—¿Estás segura?

—Te necesito a ti —responde.

Y empiezo a embestir sin preguntarle «¿por cuánto tiempo?». No obstante, es una pregunta que mejor no hacer ahora, pues estropearía el momento.

Mis movimientos no son todo lo coordinados que deberían, aun así, ambos jadeamos cada vez más alto. Miro su rostro, aún con el carmín corrido y no puedo pensar en otra cosa que no sea tocarla, sentirla. Puede que, debido a lo limitado de nuestro tiempo para estar juntos, en cuanto la tengo así, junto a mí, soy capaz de olvidarlo todo.

Me comporto igual que si tuviera veinte años, con embestidas rabiosas, fuertes, como si no consiguiera penetrarla lo suficiente. Me incorporo sobre las rodillas y de ese modo puedo sujetarla por debajo del culo y elevar más su pelvis. Victoria aprieta los puños, gime y se entrega por completo.

No articula palabra, pero puedo leer sus labios. Me está pidiendo más, más fuerza, más contundencia, y aunque mañana acabe desriñonado, clavo los dedos en sus muslos y embisto como un poseso hasta que ella grita mi nombre y se queda quieta. Entonces y sólo entonces me corro.

Victoria es la primera en moverse, yo soy incapaz. Se incorpora hasta quedar de rodillas y busca mi rostro. Yo permanezco con la cabeza gacha, intentando recuperar un ritmo cardíaco normal. Me abraza y nos quedamos así, quietos, en silencio. Sintiendo el sudor frío por la espalda.

—Ya no tengo edad para estos excesos —bromeo, todavía revolucionado.

Ella se echa a reír y me peina con los dedos.

—Me importa un comino tu edad —musita.

No puedo evitar torcer el gesto, pues sé que ha estado con hombres más

jóvenes. No son celos, claro que no, es prudencia, cierto reparo por no estar a la altura.

—¿Y ahora? —pregunto serio, pues si bien echar un polvo ha sido fantástico, todavía siento ese resquemor interior que no me deja respirar.

—Te invito a cenar —dice—. Tenemos mucho de que hablar.

—Sólo tú puedes estropear un momento como éste —contesto en voz baja, mirándola a los ojos.

—¿De verdad lo crees así?

—No me apetece salir de esta habitación.

—A mí tampoco —responde y me besa.

Quizá no tenga edad para pasarme la noche follando, pero con besos como éste acabaré haciéndolo.

Capítulo 18

Una vez que conseguimos desengancharnos, tras una intensa sesión de besos, caricias y algún que otro susurro, Victoria toma el mando. Se arregla, no mucho, y llama al servicio de habitaciones. Yo aprovecho para darme una ducha rápida. Cuando salgo del baño, ella se ha desmaquillado y me espera sentada a la mesa. Ha servido las copas. No sé si hablar será lo apropiado, a veces es preferible no conocer los detalles y seguir adelante.

—Sólo dispongo de veinticuatro horas —me informa y hago una mueca; no me sorprende.

—¿Sigues casada? —pregunto y ella arquea una ceja ante mi tono impertinente.

—Sí.

—Yo no.

—Me alegro.

Ésta no es la forma ideal de cenar, así que cierro el pico en lo que a asuntos personales se refiere y alabo la calidad del vino que ha elegido. También hablamos del clima, algo de política, como dos viejos conocidos, no parece que entre ambos existan unas grandes implicaciones emocionales. Pero fingir no es lo mío y empiezo a tensarme ante tanta educación y refinamiento, en especial cuando el cuerpo me pide resolver esta situación de una vez por todas; sin embargo, me limito a comer y a contestar como si nada.

—Andreu quiere divorciarse —me suelta y me atraganto con el vino—. Lleva seis meses intentándolo.

—¿Perdón?

—El idiota de mi marido se ha liado con una que podría ser su hija. Qué mal gusto, por favor —añade con desdén. Victoria en estado puro.

—¿No era eso lo que querías, deshacerte de él?

—Sí, pero ahora pienso amargarle la vida, por cabrón —asevera, esbozando una sonrisa y sin elevar el tono.

—No te comprendo...

—Llevo muchos años aguantando sus salidas de tono, sus comentarios ofensivos, sus amenazas de sacarme hasta el último céntimo si se me ocurría pedir el divorcio y ahora, el muy imbécil, porque no tiene otro calificativo, se ha «enamorado» —me explica y es evidente el deje burlón que utiliza—. De una chiquilla a la que además ha dejado embarazada. ¿Te lo puedes creer? Andreu va a ser padre.

Por cómo habla, salta a la vista que disfruta de la situación y que va a hacer cuanto le sea posible por fastidiarlo. Pobre diablo.

—Te lo está poniendo en bandeja, ¿por qué no aceptas?

—Porque no me da la gana.

—Es una respuesta inmadura, ¿no te parece?

—Porque ahora es mi turno de hacerle sufrir, porque no le perdono todo lo que me ha hecho pasar. Y porque, no lo niego, estoy disfrutando como nunca al ver cómo se arrastra para convencerme —afirma orgullosa y me da pena el pobre hombre, pues Victoria es implacable.

—¿Qué sentido tiene ahora discutir?

—Porque puedo hacerlo. Hasta me ha propuesto renunciar a cualquier compensación económica. Divorciarme me saldría gratis, sin embargo, prefiero ver cómo día a día se desespera y no puede casarse con su amiguita —explica regodeándose.

—Victoria, ¿qué sentido tiene vengarse? ¿Qué ganas con ello? —pregunto serio.

Ella suspira.

—Nada, no gano nada —admite en voz baja—. Sólo el placer de devolverle cada uno de sus desprecios.

—Creo que te equivocas —la corrijo y sé que no está acostumbrada a que

sus palabras se cuestionen—. Creo que quien más pierde eres tú.

Sonríe y me pone morritos.

—Explícame, por favor, esa teoría —me pide, adoptando un aire profesional.

Me levanto y me acerco a la cafetera para preparar café. Elijo las cápsulas sin preguntarle qué desea. Igual que ha hecho ella con la cena.

—Verás, cuando decidí separarme de Marta, no pensé en los malos momentos, ni en el distanciamiento, ni en cómo había vivido con ella los últimos meses, no merecía la pena.

—En mi matrimonio nunca ha habido nada agradable para recordar, te lo aseguro —afirma, aceptando la taza de café.

—No conozco los detalles, ni quiero hacerlo —digo, pues es bien cierto —, pero si yo, en vez de recoger mis efectos personales y dejar la casa hubiera peleado por cosas materiales, habría sido mucho más difícil seguir adelante. Se lo cedí todo a Marta, no me importó.

—Yo no soy tan buena persona.

—En cambio Marta aún sigue resentida, hace todo lo posible para llevarse mal conmigo y cree que no merezco el perdón. Pero lo que no entiende es que no hay nada que perdonar, ni ella a mí ni yo a ella.

—En mi caso no es tan sencillo.

—Porque tú te empeñas en complicarlo. Se acabó, no tiene por qué haber rencor.

—¿Así que te hace la vida imposible? —pregunta con ironía.

—Lo intenta, desde luego, pero no lo consigue. —Estiro el brazo para cogerle una mano y entrelazar los dedos con los suyos—. ¿No has oído nunca eso de enemigo que huye puente de plata?

—Yo soy más partidaria de al enemigo ni agua —replica.

—Haz lo que consideres oportuno, pero créeme, no merece la pena. Si ya le has tocado un poco la moral estos meses, considéralo tu venganza e impón tus condiciones —le aconsejo y Victoria niega con la cabeza.

—Eres demasiado bueno, Ignacio —afirma, esbozando una sonrisa.

Yo me encojo de hombros.

—No lo niego.

Tras irse el camarero que ha venido a recoger la mesa, llega uno de esos momentos incómodos. Victoria está en el baño y yo fumando junto a la ventana. Veinticuatro horas, me ha dicho. Traducido, mañana por la mañana de nuevo se despedirá de mí.

La oigo salir del aseo y caminar por la habitación. Veo su reflejo en el cristal. Sólo lleva el albornoz del hotel y el pelo cubierto por una toalla. Debo considerarme un privilegiado, dudo que muchos la hayan visto así, sin un ápice de maquillaje.

Apago el cigarrillo y cierro la contraventana. Vamos a pasar la noche juntos, eso lo sé, lo que no tengo tan claro es cómo nos despertaremos mañana.

—Se acabó, Victoria.

Ella me mira fijamente.

—¿No deberíamos hablar antes?

—No. ¿Para qué? No voy a pasar una y otra vez por lo mismo. Ya te lo dije la última vez que coincidimos, aunque empiezo a pensar que nada ha sido producto de la casualidad. Siempre juegas con ventaja.

—Lo creas o no, sólo en esta última ocasión he llegado hasta el final, y no ha sido fácil. Acudí a las dos anteriores presentaciones de tu libro y no fui capaz de entrar. Pero hoy, a pesar de las dudas, me he arriesgado —admite y veo cierta vulnerabilidad en ella.

—Razón de más para acabar con esto. ¿No crees?

Victoria se retira la toalla de la cabeza y se peina con los dedos, después se acerca y me acaricia la espalda. Mete las manos por debajo de mi camisa arrugada y suspira.

No puedo permitirme el lujo de flaquear.

—Sabes de sobra cuál es mi postura, si no estás dispuesta a aceptarla, mejor que nos separemos.

—Ignacio...

Que susurre mi nombre con tono de súplica no va a lograr que ceda. Esta vez no.

—No quiero seguir jugando a las apariciones. Me impusiste un trato, uno que me parecía una mierda y que pese a ello acepté. El mismo trato que tú

has roto cuando te ha venido en gana.

—No lo niego, pero tienes que comprender...

—Como te dije, no pretendo acaparar tu atención, ni tampoco que dejes el trabajo ni mucho menos que estés pendiente de mí. ¿Tan difícil es hacerme un hueco en tu agenda? —pregunto, abatido ante su obstinación.

—No quiero que tú seas una cita más de mi agenda —susurra.

—Cojonudo, debería sentirme halagado por no ser uno más, sin embargo, no paso por el aro —replico y a pesar de que me gustaría darme la vuelta y que hablásemos cara a cara, continúo dándole la espalda y ella acariciándomela.

—Ignacio...

—Pues entonces no hay más que hablar. Pasemos la noche juntos y se acabó —sentencio y antes de que me responda, ya la estoy besando. No quiero escuchar ni una sola palabra más.

La beso, como no puede ser de otro modo, con urgencia, con mala leche, con deseo, y poco a poco nos acercamos de nuevo hasta la cama, aún deshecha tras haber follado, lo que me trae sin cuidado. No quiero que me importe nada más, sólo esta noche.

La tumbo en la cama y me pongo en pie sólo para desnudarme. Ella no sonrío, se mantiene expectante, sólo se abre el albornoz mostrándome su desnudez a modo de invitación. Aparto la vista para no acabar cediendo. Lo que he dicho va en serio.

Me acerco y me inclino para chuparle los pezones. Noto en el acto cómo enreda las manos en mi pelo y tira ligeramente. No me detengo. Soy agresivo, como sé que le gusta. Me produce placer comportarme sin cortapisas y sé que Victoria lo disfruta.

Sin separar los labios de su pecho, meto una mano entre sus piernas. Ella las abre, dándome completo acceso. Así que el camino que seguir es evidente. Voy recorriendo la suave piel de su estómago, dejando un rastro de besos hasta llegar a su pubis. Victoria gime y se resiste a soltarme el pelo y yo continúo descendiendo hasta rozar sus pliegues con la lengua.

Me siento egoísta y la devoro. No me importa que los sonidos al lamerla resulten vulgares, esto es sexo, tiene que ser así. Aprovecho también para

jugar con los dedos y notar cómo se tensa, cómo contiene el aliento cuando presiono sobre su clítoris con la boca, al tiempo que la penetro con dos dedos. Sus jadeos son tan fuertes como los míos. Me encanta tenerla tan entregada. Una entrega temporal, lo sé, pero que pienso aprovechar hasta el último segundo.

—Ignacio... —gime revolviéndose.

—¿Hummm?

Tengo que mantenerla quieta, lo cual va a ser difícil, pues la entiendo, yo también estoy muy excitado, tanto que el roce de las sábanas contra mi polla me está volviendo loco, pero aun así parece ser el único alivio por el momento.

—Esto que estás haciendo... —dice con la voz entrecortada—. Es demasiado bueno, voy a correrme.

—De eso se trata, Victoria. Quiero que te corras en mi boca —afirmo, aunque me hubiera gustado añadir «para que no me olvides».

—Créeme, no voy a aguantar mucho más —dice y clava los talones en el colchón para arquearse.

La saboreo a conciencia, sin dejar de penetrarla con los dedos, y entonces, llevado por mi lado más perverso y arriesgado, tanteo con la punta del meñique su ano. Es algo que nunca hemos hecho y de lo que tampoco hemos hablado.

El sexo anal fue tabú durante mi matrimonio, algo que por suerte he podido disfrutar después, pues algunas de las mujeres con las que me he citado, me lo han pedido expresamente. Tiene un componente un tanto enrevesado, quizá se disfruta más por ser algo con connotaciones pervertidas, reservadas a ciertos colectivos, pero una vez que lo pruebas repites.

Así que le meto un dedo en el culo, despacio. No me rechaza. Quizá al final de la noche también consiga follármela por detrás. Desde luego, como despedida, no tendría igual.

—¡Ignacio! —grita al correrse.

Yo gateo hasta situarme sobre su cuerpo a la velocidad del rayo y sin darle tiempo a reponerse de su orgasmo, entro en ella de golpe.

Estiro los brazos hasta poder alcanzar sus muñecas. Victoria me muerde

el hombro, se arquea, me pide más contundencia, me provoca sin descanso, utilizando para ello los términos más vulgares. Es como echarle gasolina a una hoguera ya de por sí calentita.

Como pasa siempre que follamos, no hay espacio para la indecisión, todo se desarrolla de forma brusca y primitiva y ambos lo disfrutamos. Aprieto los dientes queriendo aguantar un poco más, unos minutos más antes de correrme, sin embargo, fracaso de manera estrepitosa. Victoria me besa, absorbe cada uno de mis gruñidos antes de que caiga como un peso muerto sobre ella.

Nos quedamos abrazados y unidos. Poco a poco aflojo la presión sobre sus muñecas. Inspira hondo. Al estar aún dentro de su cuerpo, noto cada pulsación. Sé que debo apartarme, pero voy a disfrutarlo un ratito más.

—Por mucho que lo niegues, esto es diferente —mascullo junto a su oreja.

—Por ese motivo tenemos que hablar —susurra con ternura.

Me aparto sólo lo imprescindible para mirarla a la cara y negar con la cabeza.

—Ya está todo dicho —sentencio y, a pesar de que quiero que sigamos unidos, me tumbo a un lado y suelto un improperio, porque me he dejado el tabaco junto a la ventana.

—Escúchame...

Me levanto de mala hostia en busca de un cigarrillo. Ella se sienta en la cama. No se cubre. Si su intención es desviar la atención y que yo, en vez de pensar con la cabeza piense con la polla observando su cuerpo, va por buen camino.

—Vuelve a la cama... Quiero proponerte una cosa.

Me río sin ganas y niego con la cabeza. Sin duda los tiene bien puestos.

—Por favor —añade, controlando un poco su tono más inflexible.

No está acostumbrada a que la cuestionen, soy consciente de ello.

—Deja que acabe el cigarrillo y luego te prometo otro buen polvo —contesto un tanto altivo.

—Ignacio, no es el momento de mostrarse orgulloso, ven, por favor.

—¿Para que de nuevo puedas ser tú quien imponga las condiciones? —

pregunto con reticencia, pues si bien me encantaría estar junto a ella, de momento prefiero mantener las distancias; al menos las físicas—. Ya te lo he dicho, o aceptas mi propuesta o se acabó.

—¿Ni siquiera vas a escuchar lo que quiero decirte?

Me acabo el cigarrillo y me acerco a la cama. Me acuesto en mi lado y apago la luz. Cierro los ojos, la siento junto a mí. Su mano recorre mi pecho y su boca mi cuello.

—No puedo hacer lo que me pides, sería un infierno. Verte sólo cuando pudiera y a veces darte plantón.

—Duérmete —gruño.

Me gustaría abrazarla, sentirla pegada a mi cuerpo y notar su respiración, pero estoy demasiado ofuscado como para ser racional. Algo que sólo me ocurre con ella.

—Quiero que te vengas conmigo —me suelta al cabo de un rato en el que ninguno de los dos hemos sido capaces de conciliar el sueño y mucho menos de dejar de tocarnos.

Porque yo estaré cabreado, pero pese a todo, tenerla al lado y no acariciarla me es imposible.

Debo estar soñando. Me incorporo para encender la lamparita y la miro.

—¿Qué has dicho? —pregunto tenso.

—Como te dije, mi vida está en Barcelona. A veces no paso ni una semana en casa, pero aun así quiero que vengas —dice en voz baja.

Trago saliva. Esto era lo último que esperaba de ella.

—No juegues con eso... —le advierto—. ¿No aceptas verme de vez en cuando y sin embargo me pides que lo deje todo y te siga?

—En efecto. No tengo derecho a ello, pero no quiero dejarte.

—Joder...

—Ya sé que es una propuesta muy radical, entendería que necesitaras pensarlo.

Yo me quedo sin habla. Victoria me acaricia la cara y me sonrío con ternura mientras se acomoda encima de mí.

—No tienes que darme una respuesta ahora mismo.

La beso, pues no encuentro las palabras adecuadas para expresar cómo

me siento. Ahora sí soy capaz de besarla con ternura, sin avasallar, volcando en el beso todo lo acumulado durante años. Algo que no sé muy bien cómo definir, pero está claro que es lo bastante importante como para que pierda la cabeza por ella.

—No tengo nada que pensar —musito, apartándome lo imprescindible de su boca.

—Deberías hacerlo, Ignacio. Es un paso complicado. Reflexiona. Si sumas todas las horas que hemos pasado juntos, no son ni una semana completa. Y no somos chiquillos, cada uno tenemos nuestras manías.

—Entonces, si todo son obstáculos, ¿por qué me haces una propuesta similar?

—Porque no quiero seguir acordándome de ti e ir a buscarte para, cuando te tengo cerca, perder el valor y dar media vuelta. Sé que soy insoportable, mandona, exigente, poco tolerante y que corremos el riesgo de acabar como el rosario de la aurora antes de un año.

Sonrío, ésta es una de las pocas veces en que Victoria se muestra tan abierta y vulnerable, sin rastro de su altivez habitual.

—Sigues mostrándome sólo la parte negativa.

—Habrá meses en los que apenas pase una semana en casa —prosigue—. Estaré tan cansada que ni tendré ganas de llamarte.

—Y aun así quieres intentarlo —murmuro, acariciándole los labios con los míos, sin dejar de abrazarla.

—Tendrás que confiar en mí —responde seria—. Yo me ocuparé de que dispongas de un espacio adecuado para escribir y...

Le pongo un dedo en la boca para que se calle.

—Soy mayorcito, sé apañármelas solo —contesto—. Y confío en ti. Quiero saber por qué has cambiado de opinión.

Creo que ninguno de los dos está preparado para admitir lo que siente y mucho menos en voz alta. Somos capaces de expresarlo con gestos, caricias y miradas, pero no con palabras.

Me revuelve el pelo como si fuera un niño pequeño y ahora es ella la que me besa antes de responder.

—Prefiero odiarte que echarte de menos.

Epílogo

Un año (más o menos) después

Acabo de ver en la pantalla que el vuelo a Barcelona va con retraso y pienso que quizá debería haber cogido el AVE. No me queda más remedio que hacer tiempo en el aeropuerto. Me jode, pero tampoco es para ponerse hecho un basilisco, ya que en casa no me espera nadie. No me importa, a veces la soledad es una gran aliada.

Victoria está de viaje de negocios y no la veré hasta la semana que viene, así que tengo por delante siete días para mí solo, que aprovecharé para dar los últimos retoques a mi libro. Sí, por increíble que parezca, en esta ocasión voy a cumplir el plazo de entrega.

Lo curioso es que me ha resultado mucho más sencillo de lo que esperaba concentrarme en la escritura. De acuerdo, paso muchos días solo en casa, sin ella, y eso hace que disponga de tiempo suficiente, aunque no es la razón principal, que es más bien el estado de confianza en que me encuentro. La tranquilidad del día a día y, por supuesto, el impagable apoyo de Victoria, que aunque no está siempre conmigo, procura dejarme buen sabor de boca y darme motivos para echarla de menos.

He venido a Madrid para resolver un pequeño problemilla con la editorial. No quiero seguir con Vicente como editor. ¿La razón? Muy simple, puede que en el aspecto literario todo funcione, pues él es competente en eso, pero no voy a tolerar que se inmiscuya en mis asuntos personales.

Todo ocurrió por casualidad. Acompañé a Victoria al estreno de una

película, ya que su firma de joyería patrocinaba el evento. No era la primera salida que hacíamos juntos, pero sí una en la que había bastantes medios de comunicación. Me reconocieron y a ella también, lo cual no pasó de ser una anécdota que quedó plasmada en una fotografía en la que ambos estábamos cogidos de la mano y que se publicó sin pena y sin gloria. No obstante, el avispado de Vicente la vio y, tras recuperarse de la impresión de saber que Victoria y yo éramos pareja, decidió utilizarla con fines publicitarios.

Desde su punto de vista era un filón que no se podía desaprovechar, y no lo hizo. De la noche a la mañana vi que algunos periodistas se interesaban por mí en vez de por mi obra y me sentó como una patada en los huevos. Cierto que aumentaron las ventas, no soy tan necio como para negarlo, pero no me gustó esa forma de llegar al público.

Vicente se excusó a su manera, pero me percaté de que, si se volvía a presentar la oportunidad, repetiría la jugada, y no voy a consentirlo; es mejor pararle los pies a tiempo.

Curiosamente, a Victoria no le disgustó tanto como a mí. La cuestión no era si me veían con ella, o que supieran que estábamos juntos, el enfado me vino porque yo nunca había querido airear mi vida privada. Mis hijos sabían de nuestra relación, de hecho, les presenté a Victoria hace tiempo, pero Marta se puso hecha una furia y si bien su opinión no me importa, no quiero enfrentamientos con ella.

Victoria, más acostumbrada que yo a estar expuesta, lo consideró gajes del oficio e incluso me recomendó que siguiera el camino marcado por mi editor, ya que ella también posee ese instinto comercial y pragmático del que yo carezco.

Reconozco que todo eso también ha sido una excusa para romper con Vicente, decisión a la que los directivos no se han opuesto. Así que, para mi próximo libro, *Prefiero odiarte que echarte de menos*, trabajaré con otro editor. Sí, el título no es mío, pero me pareció tan impactante la confesión, que, con permiso de Victoria, decidí utilizar la frase.

—¿Ignacio?

Oigo que me llama una voz femenina y me vuelvo, pues me resulta familiar. Cuál no es mi sorpresa al verla.

—¡Genoveva! —Sin importarme nada, la abrazo. Un gesto fraternal. La miro de arriba abajo y sonrío—. Estás estupenda.

Ella, o su vanidad femenina, resopla.

—Acabo de aterrizar, estoy agotada con el *jet lag* y no veo el momento de llegar por fin a casa —me explica.

—¿Tienes tiempo para un café? —le pregunto amable y ella asiente.

Caminamos tranquilos hacia la cafetería más cercana. Tras sentarnos a la mesa y pedir nuestras consumiciones, charlamos un rato. Me cuenta que al final se ha establecido de forma definitiva en Hong Kong y que, si bien le ofrecieron el puesto de directora para Asia de rebote, ahora es la mandamás en ese continente. También me cuenta que me ha seguido leyendo, que *Si vuelve a ocurrir será diferente* la impresionó y yo, que soy un caballero, abandono un momento la cafetería y busco con rapidez una librería para adquirir un ejemplar y regalárselo firmado.

—Eres uno de los mejores hombres que he tenido el placer de conocer —me dice ella sonriendo.

—Gracias —murmuro un tanto abrumado por su cumplido.

—Aunque ya no estés disponible.

Esbozo una sonrisa de cariño y le explico mi situación actual. No tiene sentido mentir. Desde luego, si mi relación con Victoria no se hubiera resuelto de forma positiva, no hubiese dudado en volver a ver a Genoveva. Es una mujer increíble y se merece lo mejor. Y quién sabe si entre ambos podría haber surgido algo.

Percibo su cansancio y la acompaño hasta la parada de taxis, así aprovecho y me fumo un cigarrillo.

—Confío en volver a verte —digo, sosteniéndole la puerta del taxi para que se suba.

—Pero ya no será lo mismo —contesta mirándome a los ojos.

Sin pensarlo dos veces, me inclino y le doy un beso en los labios. Ella me acaricia la mejilla y sonrío con tristeza.

—Buena suerte —digo despidiéndome.

Vuelvo a abrazarla con todo el afecto del mundo. Deseo que todo le vaya bien, por lo que cuando me da una tarjeta con sus datos de contacto, la guardo

encantado. No sé si volveré a verla. Me gustaría, no como amantes, por supuesto, sino porque de verdad le cogí cariño, y no me importaría seguir sabiendo de ella.

Victoria conoce la existencia de la web. Por supuesto, tuve mis reservas antes de contárselo, pues no sabía cómo podía interpretar ese comportamiento. Para mi más absoluta sorpresa, incluso me felicitó por haber participado. No es una mujer celosa ni tampoco ridícula. Aunque sí un poco morbosa cuando me pregunta detalles sobre algunas de las mujeres con las que he estado. Al principio me sentía incómodo hablándole de otras, pero poco a poco me he dado cuenta de que hacerlo me pone como una moto, pues ella finge ser la dama de turno. Cuando interpreta a una mujer decidida, todo sale perfecto, sin embargo, cuando trata de aparentar que es dócil, fracasa estrepitosamente, lo que hace que en vez de follar a lo grande acabemos riéndonos como niños.

La sinceridad entre ambos es una constante de la relación. A mi edad ya no tiene sentido esconder emociones, disimular. Cuando Victoria me relata sus aventuras extramatrimoniales con hombres de pago, no puedo evitar sentir una pizca de temor, porque siempre elegía a tipos jóvenes y en mejor forma física que yo.

Victoria me llama inseguro y se ríe, incluso me provoca advirtiéndome que, como siga diciendo estupideces, llamará de nuevo a uno de esos hombres y se lo montará en casa delante de mis narices. Después me susurra alguna que otra obscenidad al oído, follamos y se me pasa el malestar.

Me ha repetido por activa y por pasiva que si llega un día en que no me desee, seré el primero en saberlo y, a cambio, ella me ha exigido lo mismo.

Otra de las premisas por las que nos regimos es la absoluta libertad. No sólo de movimientos, sino a la hora de hacer cualquier actividad. Por ejemplo, Victoria asiste a muchos eventos que a mí me sobrepasan y entiende que yo prefiera quedarme en casa leyendo. Cuando viaja, siempre aguardo, unas veces más impaciente que otras, según mi estado de ánimo o del suyo al marcharse, a que envíe el primer mensaje; yo nunca interrumpo. Si me apetece, la acompaño, pero siempre sabiendo que debo quedarme en un segundo plano, nada de montar escenas porque no pueda cenar conmigo o

porque llegue al hotel tres horas más tarde de lo previsto.

Reconozco que los primeros meses fueron los más complicados, sin embargo, ni Victoria me ha dado motivos para dudar ni yo los he buscado con absurdas preguntas cuando se retrasaba. Me he limitado a abrazarla cuando llegaba, desnudarla y escucharla.

Regreso a la zona de embarque, a ver si con un poco de suerte ya anuncian la salida del vuelo. Y sí, en efecto, ya aparece en la pantalla. No veo el momento de llegar a casa, ponerme cómodo y sentarme en mi estudio, porque, pese a que me opuse, Victoria se ocupó de montarme un lugar de trabajo más grande que mi antiguo apartamento. Claro que destinar a eso parte de su impresionante ático tampoco iba a mermar mucho los metros cuadrados disponibles. Yo no termino de acostumbrarme a disponer de tanto espacio, y tampoco al personal de servicio. Tiene a su servicio a cuatro personas. Una cocinera, un jardinero, una asistenta y un chófer. Y cuando da alguna cena u organiza una reunión de negocios, contrata personal extra. Yo a veces me agobio un poco, porque eso de entrar en la cocina a primera hora de la mañana y que antes de sentarte ya te hayan puesto el café delante, me resulta difícil de asimilar.

Durante estos meses no todo ha sido un camino de rosas. Dos personas, cada una con sus manías, empiezan a vivir bajo el mismo techo y surgen roces. Cierto que cuando dispones de espacio más que suficiente es más difícil discutir, pero hay cosas de Victoria que, como no me gustan, prefiero evitar y viceversa.

Ella ha obtenido el divorcio hace apenas dos meses. Fiel a sus convicciones, ha ralentizado cuanto ha querido el proceso. Le daba una de cal y otra de arena al pobre Andreu. A pesar de que yo le dejé clara mi opinión al respecto, Victoria ha actuado según su conveniencia, y me he limitado a cerrar el pico.

Ambos somos oficialmente libres de hacer lo que nos venga en gana, pero pese a ello ni ella ni yo tenemos intención de casarnos. No merece la pena. Hemos hablado de ello tan sólo una vez, el día que Victoria regresó a casa con los papeles del divorcio firmados. Lo celebramos a lo grande, con eso basta.

Por supuesto, no he querido que coincida con Marta, algo que a Victoria le parece una estupidez, pues dice que no tiene por qué pasar nada y hasta se ha enfadado por sugerirle que evitemos a mi ex. Victoria argumenta que ella no se esconde y que no va a cambiar su modo de vida por una mujer inmadura incapaz de asumir sus fracasos. En broma incluso llegó a decir que podía enviarle a alguno de sus antiguos amantes de regalo para que se relajara un poco. Afirmación que me asustó. De todos modos no me imagino a mi ex saliendo con un hombre más joven, no porque no pueda, sino porque no es capaz de dejarse llevar, de relajarse, y siempre vive, y me temo que vivirá, pendiente del qué dirán.

Yo sólo le deseo lo mejor. Lo poco que sé de ella, a través de Aitor y de Alba, es que sigue ofuscada, sin mirar hacia delante. Y rabiosa conmigo, en especial cuando en su círculo de conocidos se supo quién era mi pareja actual.

Nunca me perdonará que esté con otra, lo sé, y mucho menos si la mujer en cuestión es alguien relevante. Para Marta es el peor de los insultos.

Sólo una vez intenté hablar con ella y fue del todo imposible. Ha asumido el papel de ultrajada y mucho me temo que no lo abandonará. Es una pena, porque aunque nos hayamos separado, le tengo cariño y me gustaría muchísimo que pudiera salir de ese estado de amargura en el que vive. Por mis hijos, que no se merecen una madre resentida, y por ella misma.

Cuando presenté a Victoria a mis hijos lo hice con cautela, ya que no quería forzar la situación. Aitor se comportó de manera correcta aunque distante y Alba fue más efusiva. Yo me sentí aliviado de que se mostraran como adultos y que entendieran que su padre tenía una relación. Pero lo que comenzó como algo agradable se complicó, pues Victoria, al enterarse de que Alba acudía a clases de teatro, le comentó, sin hablarlo antes conmigo, que podía presentarle a algunos conocidos del medio y, claro, cuando me enteré puse el grito en el cielo.

Victoria, como siempre, no le dio importancia, pues en su mundo todo son contactos y Alba se enfadó conmigo. Marta, como no podía ser de otro modo, me armó un buen jaleo, porque continúa sin aceptar que nuestro matrimonio se ha acabado y cualquier excusa es buena para buscarme las

cosquillas.

Al final, para no acabar de morros con Victoria y evitar que Alba me dejara de hablar, porque para ella era toda una oportunidad, negocié con mi hija. A cambio de esos contactos en el futuro, tendría que aparcarse sus inquietudes artísticas durante un par de años, volver a casa de su madre y retomar los estudios.

Victoria se enfadó, y mucho, porque según ella había cedido al chantaje de mi exmujer y porque no podía obligar a Alba a seguir un camino que ella no desea. Yo le he agradecido unas mil veces el detalle de querer ayudarla, pero aun así no me gustaría que mi hija, que bastantes pájaros tiene ya en la cabeza, se ilusionara y después todo se fuera al carajo.

Nos costó bastante no acabar enfrentados, porque nuestra relación, todavía endeble, podía resentirse, sin embargo, logramos que no nos afectase. Eso sí, Victoria insiste en que en cuanto Alba «cumpla su condena» la ayudará, lo quiera yo o no. La determinación de esta mujer es imparable. De todas formas, ya veremos qué ocurre cuando llegue el momento.

Tras un vuelo sin incidentes, llego a casa. Me extraña que nadie haya salido a abrirme, menos mal que el portero de la urbanización tiene copia de las llaves, porque de no ser así me quedo en la calle, ya que cuando salgo de viaje no suelo llevarme las mías.

Voy directo a mi dormitorio, sí, tenemos dormitorios separados, ya que Victoria pasa mucho tiempo de viaje, y además tampoco quería invadir su espacio personal; era preferible que mantuviera sus costumbres.

Me doy una ducha rápida, me pongo un pantalón de yoga con una camiseta negra y me dirijo al estudio. Empiezo a revisar el correo y justo en ese instante me llega un wasap. No soy muy aficionado a la dichosa aplicación, pero mientras se enciende el ordenador, lo miro.

¿Dónde estás?

Sonrío, es de Victoria, y me extraña, pues es raro que se ponga en contacto conmigo a estas horas en las que, por lo general, está reunida o viajando.

Le respondo:

Acabo de llegar a casa.

El teléfono pita enseguida con la respuesta.

Excelente.

Por cierto ¿dónde están todos?

Les he dado el fin de semana libre.

Frunzo el cejo. Aquí hay algo que no me cuadra...

Me quedo mirando la pantalla del móvil como un tonto, hasta que de nuevo responde, no con un mensaje, sino con una fotografía.

¿Me ha mandado una imagen de unos pies?

Me fijo con más detalle, no son unos pies cualesquiera, son los suyos, lo cual me desconcierta todavía más. Reconocería ese esmalte de uñas en cualquier parte. Tecleo:

¿Me lo puedes explicar?

Empiezo a sentirme como un niño gilipollas colgado del móvil esperando la respuesta que, cuando llega, me deja alucinado:

No.

Todavía no sé a qué juega o qué pretende, con Victoria es difícil aburrirse. Pasamos mucho tiempo separados y creo que ésa podría ser la receta ideal para llevarse bien, pues en cuanto tenemos la oportunidad de pasar unos días juntos los aprovechamos al máximo.

Sigo mirando la imagen. Algo me quiere decir Victoria con ella, pero no logro averiguar de qué se trata. No recibo más mensajes y tampoco los envío yo. Aguzo la vista y nada. Así que, como si de un detective se tratara, amplío

la fotografía y justo entonces caigo en la cuenta.

—Joder... —mascullo sin podérmelo creer.

No sólo son sus eróticos pies lo que se aprecia, sino parte del suelo embaldosado de una piscina. Ahora sé muy bien dónde se encuentra.

Ella siempre juega con ventaja, pero creo que esta vez puedo ganar la partida.

Envío el siguiente mensaje:

Te echo de menos. ¿Cuándo vuelves?

Ni Victoria ni yo somos muy dados a las expresiones almibaradas, o sea que cuando lo lea se va a extrañar.

¿¿??

Su respuesta me lo confirma. La he pillado por sorpresa.

Salgo de mi estudio con el móvil en la mano y camino despacio hacia la parte trasera de la casa. A medida que me acerco, empiezo a oír música. Es ópera, a Victoria le apasiona. Creo que se trata de *Madame Butterfly*.

Cuando llego a las puertas vidrieras que dan acceso a la piscina cubierta me detengo y tecleo el siguiente mensaje:

Hoy he pensado en ti. Lo quieras o no, vas a ser la protagonista de mi próxima novela. Ahora mismo estoy en el estudio, trabajando en ella.

La observo. Desde aquí no puedo verle la cara, pero seguro que frunce el cejo al leer. Toma un sorbo de su copa de vino y escribe con rapidez.

Ni se te ocurra.

Me río entre dientes. Voy a darle una vuelta más de tuerca y luego lo dejo.

Es lo que tiene pasar tanto tiempo solo, que mi imaginación divaga.

Será mejor que te refresques las ideas.

¿Qué sugieres?

Date un baño.

Acabo de ducharme.

Se está impacientando, puedo verlo. Esto de tomarle el pelo, aunque sea por el móvil, me gusta. Espero ansioso y excitado (todo hay que decirlo) su respuesta.

Nada un poco en la piscina, te estás poniendo fondón.

Estallo en carcajadas. Sin embargo, no puedo evitar mirar hacia abajo y comprobar si mi barriga sigue en su sitio y puedo verme los pies. Aliviado de que sea así, apago el móvil, no sin antes enviar el último mensaje.

Mañana sin falta me paso por el gimnasio.

La música de *Madame Butterfly* sigue sonando cuando atravieso las puertas y camino despacio hacia la tumbona donde se encuentra Victoria. Sé que ha detectado mi presencia, pero no se vuelve para mirarme.

Al detenerme junto a ella, me quedo de pie dudando si caer de rodillas o tirarme a la piscina de cabeza. Está completamente desnuda. Tiene un cuerpo espectacular, que cuida, lo sé bien, a veces incluso de forma obsesiva.

No me extraña que haya dado el fin de semana libre al servicio.

Es algo que le he mencionado en alguna ocasión, pues con gente siempre pululando por la casa no puedo, por ejemplo, arrinconarla en la isleta de la cocina y colarme entre sus piernas.

Victoria se incorpora a medias, bebe un poco y por fin se digna mirarme. A pesar de estar sentada, alza la vista con su porte orgulloso.

—Estás perdiendo facultades —me dice en voz baja—. Llevo

esperándote un buen rato para darte una sorpresa y tú nada, haciendo el tonto.

—Se suponía que no regresabas de Lisboa hasta la semana que viene —le digo amable y le birlo la copa de vino para dar un trago.

—¿Tenías planes? —pregunta sarcástica.

—Puede —respondo y la miro con una media sonrisa.

—¿Sin mí? —inquieta y me encanta que flirtee conmigo.

—Procuro tenerlos.

—¿Y por qué has tardado tanto en llegar a casa? Así no hay forma de sorprenderte —se queja un tanto mimosa y yo siento un cosquilleo peligroso.

—El vuelo venía con retraso y si querías darme una sorpresa... —Me detengo conteniendo el aliento, pues posa una mano en mi entrepierna y frota con cierta brusquedad.

—Ignacio, me he escapado y he cogido el primer avión para pasar el fin de semana contigo, espero que aprecies el detalle —susurra sugerente, bajándome los pantalones.

—Mucho. —Trago saliva—. Te lo agradezco mucho —acierto a decir, pues Victoria se inclina y se mete mi pene en la boca—. Joder...

—Sólo dispongo de cuarenta y ocho horas —dice y sabe muy bien lo que eso significa para ambos, pues fueron precisamente cuarenta y ocho horas las únicas que tanto ella como yo necesitamos para establecer una conexión increíble.

—Me conformaré...

—Cuéntame cómo te ha ido en la editorial —me pide mimosa, retomando sus atenciones.

Desde que se ha erigido en mi representante no oficial, mis asuntos económicos han dado un vuelco. Victoria tiene una cabeza privilegiada para los negocios y sus consejos valen su peso en oro.

—¿Ahora? —pregunto con un hilo de voz y ella asiente.

Como puedo, le explico el nuevo acuerdo al que he llegado. Ella murmura algo en señal de aprobación. Yo me tenso de arriba abajo cuando desliza una mano por su cuerpo y comienza a masturbarse sin dejar de chupármela. Enredo las manos en su pelo y procuro no embestir con mucha brusquedad, lo cual es complicado.

Y ella, que lo sabe, que me conoce y disfruta haciéndome sufrir, se esfuerza por volverme aún más loco. Aprieta los labios, succiona con fuerza, se relaja, me araña con los dientes, jadea, y yo, como ejemplo perfecto de debilidad, me corro en su boca en menos de lo que canta un gallo.

—No voy a ser tu próxima protagonista —susurra, subiéndome los pantalones.

Cuando proceso sus palabras, sonrío de medio lado y me inclino para tirar de ella y que se ponga de pie. Tengo que besarla y lo hago a conciencia. Sé que no se ha corrido y me encargo de ello, acariciándola entre las piernas hasta que me clava las uñas en el hombro y gime mi nombre.

—Podrías venir conmigo —musita aún excitada entre mis brazos tras alcanzar el clímax—. En tres, cuatro días a lo sumo, lo habré resuelto todo y después podríamos tomarnos un descanso, unas vacaciones.

Es una propuesta tentadora. Mientras ella trabaja, yo podría ocuparme de mis cosas y un ordenador portátil ocupa muy poco en la maleta.

—Podría, sí —respondo y vuelvo a besarla.

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

Lithium, ℙ © 2011 Geffen Records, interpretada por Nirvana.

BIOGRAFÍA



Nací en Burgos, lugar donde resido. Me aficioné a la lectura en cuanto acabé el instituto y dejaron de obligarme a leer. Empecé con el género histórico. Uno de esos días tontos, me prestaron una novela romántica y, casi por casualidad, terminé enganchada. ¡Y de qué manera! Vivía en mi mundo particular hasta que internet y diversos foros literarios obraron el milagro de dejarme hablar de lo que me gusta y compartir mis opiniones con los demás.

He escrito varias novelas, ambientadas en diferentes épocas. La primera fue *Divorcio* (2011), que pertenece a la serie «Boston» y en la que se incluye también *A contracorriente* (ganadora del VII Premio Terciopelo de Novela). Entre las de ambientación contemporánea cabe mencionar *Treinta noches con Olivia* (2012), que forma parte de una serie divertida y desenfadada compuesta por seis títulos más. También me he aventurado con novelas de temática histórica como *No te pertenezco* (2015) y *No te he olvidado* (2016). Otras de corte más intimista, como *Sin reservas* (2015) y su desenlace, *Sin*

palabras (2016). Asimismo he publicado títulos independientes como *Tal vez igual que ayer* (2016), varias novelas en formato digital, entre las que destaca *No se lo cuentes a nadie* (2017) y, por supuesto, no hay que olvidar la serie «más gamberra» de las que hasta la fecha he publicado: *Quiero lo mismo que tú* (2014), *Dímelo al oído* y *Edición limitada* (2017). Y no podía faltar una de investigación: *Inútil ilusión traicionera* (2018).

Encontrarás más información sobre mí y mis novelas en:

<<http://noe-casado.blogspot.com.es/>>.

Los recuerdos son mentira

Noe Casado

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Muratart / Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Noemí Ordóñez Casado, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-08-18743-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

NOE CASADO

LOS RECUERDOS
SON MENTIRA



zafiro[♥]